



MI BODA
CON UN
Ranchero

ERINA ALCALÁ



Mi boda con un Ranchero

Erina Alcalá



Primera edición en digital: Noviembre 2018

Título Original: Mi boda con un Ranchero

©Erina Alcalá 2018

©Editorial Romantic Ediciones, 2018

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada ©photolucky, ©konstantyn

Diseño de portada: Isla Books

ISBN: 978-84-17474-27-0

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Menú de navegación

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[DOS AÑOS MÁS TARDE...](#)

CAPÍTULO UNO

—¿Que te vas a dónde? —le preguntó Amalia con gran preocupación mientras desayunaban el sábado por la mañana; como todos los sábados tenían por costumbre, después de una semana intensa de trabajo.

Su amiga Amalia, era una chica alta, guapa y rubia. Habían sido amigas de toda la vida. Vivían en el mismo pueblo de la provincia de Cádiz. Eran vecinas de la misma calle, en la que habían jugado de pequeñas.

Fueron juntas al mismo colegio y al mismo instituto. Hasta sus padres fueron amigos.

Desgraciadamente, los padres de Ana murieron en un accidente de coche el verano que ellas terminaron el instituto cuando ambas cumplieron dieciocho años.

Porque la conocía tan bien, fue por lo que se sorprendió tanto de lo que Ana estaba dispuesta a hacer.

—Me voy a Wyoming. Me voy a casar —dijo con una seguridad que nunca había visto en su amiga.

Dado lo tímida que Ana podía llegar a ser en ese sentido y que nunca había salido, si no era a Cádiz capital y en autobús, la vio muy decidida.

—¿Estás loca, Ana? Pero ¿cómo se te ha ocurrido eso? ¿Con quién? —Se quedó con la bolsita de azúcar en la mano y la boca abierta mirándola desconcertada.

—Estoy algo cansada de esta rutina de tantos años. Y no encuentro un hombre que me guste, ni estoy tampoco dispuesta a perder el tiempo chateando con un desconocido. Ni voy a poner anuncios, ni mirar en páginas de esas que la gente mete sus fotos. La mitad de los hombres que hay ahí solo quieren una cosa. Ya lo sabes.

—Entonces, ¿cómo lo has conseguido?

—Vi hace ya más de un mes una agencia matrimonial y me dije que por qué no. Se lo comenté a los americanos para los que trabajo y me dijeron que buscara una agencia matrimonial en Wyoming y lo pensé. Sé hablar inglés, además con acento de este estado. Quiero vivir aventuras y deseo salir de España. Busqué agencias de matrimonio allí y encontré una en un pequeño pueblo pequeño de rancheros: Jackson Ville. Así que escribí y me enviaron por email una encuesta con preguntas y tuve que enviar una foto también. Había un ranchero interesado en encontrar una esposa. Así que este me ha elegido. Solo sé que es un ranchero. No me preguntes más, porque no sé nada más.

—¿Un ranchero? —dijo, mientras miraba a un lado y a otro la cafetería donde desayunaban, porque había gritado. Esperaba que nadie la hubiese escuchado.

—¡Calla, no grites! Tiene un rancho en Wyoming y es joven. Me realizarán todos los trámites a través de una agencia matrimonial seria, con la que me puse en contacto. Solo puedo decirte que un día pensé seriamente en ello y me decidí. Les escribí para decirles las características de lo que estaba buscando. No me han enviado foto de él. Solo sé que se llama Logan. Es lo que he pedido. La duda que tengo es que no conozco cómo es. No he visto su cara. Lo puso él como condición en la misma agencia. Por lo visto tuvo problemas cuando al principio puso su fotografía. No sé por qué. Y decidió quitarla.

—¡Pero entonces no lo conoces! —le dijo su amiga Amalia—. Si no ha puesto su foto es por algo. A lo mejor la quitó porque es un adefesio. —Entonces pareció pensárselo mejor—. O puede ser muy guapo y tienes suerte. Las mujeres lo perseguían como moscas a la miel y ha tenido que quitar su fotografía.

—Lees demasiadas novelas, amiga —dijo riéndose—. No me importa como sea, siempre que no resulte muy, muy feo. Ya tengo casi veinticinco años y es el momento de hacerlo. De hacer algo con mi vida, Amalia. No tengo tiempo para conocer chicos, no salgo ni me apetece. Lo que hay por ahí, está casado o quiere una noche de sexo a la que no estoy dispuesta. Quiero tener una familia. Quiero algo más, ser feliz. Vivir un poco fuera de aquí. Salir a otros lugares —le dijo mientras le daba un bocado a la tostada que se estaba comiendo.

—¿Y si tiene hijos o es viudo?

—No tiene. Lo ponía en su ficha. Tiene treinta años y está soltero. Aparte de que es una buena persona, no sé más. Solo que tiene un rancho de ganado. Tampoco sé cómo es un rancho de ganado. Si es de caballos, vacas, si es..., no sé, Amalia, me da igual. Yo iré a ver qué me encuentro y haré todo lo posible por encajar e integrarme con lo que haya y me encuentre. No pido demasiado y me gusta el campo, y los paisajes que he visto son maravillosos.

Su amiga no estaba muy convencida de todo lo que le estaba contando Ana.

—Soy una gran trabajadora, tú lo sabes. No me importa trabajar. Estoy excitada y nerviosa. Pero, sobre todo, estoy contenta por poder salir de aquí.

—¿Y si es feo, bajito, gordo o tiene más edad y te ha engañado? Suele pasar. Puede ser un obseso sexual. ¿Y si cuando llegues y lo ves no te gusta? De todas formas, estoy preocupada por ti. No sé si debes confiar tanto en una agencia matrimonial del otro lado del mundo. No quiero que te pase nada. Se oyen tantas cosas raras... Si estás cerca, puedo ayudarte, pero tan lejos... Espero que sea ante todo un buen hombre. A mí me daría miedo. Eres una atrevida, hija.

—¡Otra vez! No te preocupes. Si es así, me vuelvo, te lo prometo. He quedado primero con la señora de la agencia. Si veo algo raro, me vengo. Confía un poco. Pero, por otro lado, él sí sabe cómo soy, le envié una foto a la agencia y me ha elegido. Y yo, tampoco soy una modelo de pasarela.

—¡Qué dices mujer!, eres joven, guapa. Eres inteligente, honrada, la mejor amiga que he tenido. Por eso el que no ponga foto, me preocupa un poco. Eres tan guapa...

—Porque me ves con buenos ojos. Por eso eres mi mejor amiga. Voy a hacerlo. Nada ni nadie me lo impedirá. Mi hermana ya está independizada, tiene su carrera en Madrid y novio. Y yo estoy aquí sola y tengo la intuición de que este es el tren que debo coger en estos momentos de mi vida.

—No estoy muy segura. Encontrar marido a través de una agencia no me da buena espina.

—¡No es tan raro! Ya te contaré cuando llegue. Estoy decidida. Nunca he hecho una locura. Es la primera vez y la voy a hacer a lo grande.

—¡Pues esta vez la vas a hacer y gorda!

Ana asintió con una sonrisa mientras terminaba su café.

—Siempre puedes venir a visitarme. Ve aprendiendo inglés —le dijo señalándola con el dedo.

Terminaron el desayuno y se fueron dando un paseo por la playa. Iban en silencio.

Amalia estaba preocupada por su amiga. Nunca había hecho nada igual y le dolía quedarse sola sin ella y los momentos que compartían los fines de semana. Se sintió triste de repente.

Entonces a Amalia se le ocurrió algo.

—¿Me alquilarás tu casa? Así podré independizarme de mis padres y te la cuidaré.

—A nadie mejor que a ti. Así me quedo más tranquila. Sé que tú me la cuidarás bien. Te la dejaré más barata que a cualquiera. El lunes hacemos el contrato si quieres, porque esto va a toda prisa. Cuídamela por si tengo que volver corriendo.

—¿Cuándo te vas?

—El martes —le dijo alegremente.

—¿Tan pronto? —Se quedó boquiabierta y nerviosa, más triste que antes. Y eso que ella no era la que se iba.

—¿Tan pronto? —Ana asintió decidida.

—Son las condiciones. Ya me han enviado los billetes de avión. El resto me lo tengo que pagar yo. Pero no me importa. Estoy decidida a vivir esta aventura.

Ana vivía en un pueblecito precioso de Cádiz, Arcos de la Frontera, en España. Tenía una hermana, María, un año menor que ella, de la que había cuidado desde que sus padres tuvieron un accidente de coche cuando ella tenía dieciocho años y murieron dejándolas solas.

Afortunadamente, no les dejaron deudas, por el contrario, sí pudieron hacer uso de una pequeña cantidad de dinero, aunque esta no hubiese dado para mucho si ella no hubiese trabajado por las dos.

También les dejaron un lugar para vivir, una casita pequeña, familiar, en la que habían vivido felices los cuatro.

Ana acababa de terminar el instituto cuando ocurrió el accidente. Su hermana tenía un año menos que ella y sacrificó su carrera universitaria para que fuera su hermana, quien, al acabar el instituto, pudiera ir a la Universidad y cursar la carrera de Derecho.

Años después cuando su hermana María terminó la carrera, encontró un trabajo y se mudó a Madrid a vivir con su novio que también era abogado. Y así ella, se había quedado sola en el pueblo.

Sola había estado y así era como se sentía desde que faltaran sus padres. Pero tuvo que hacerse la fuerte.

Por su parte, mientras María hacía la carrera de Derecho, se puso a trabajar en un restaurante de comida rápida y así siguió cuidando de ella.

Un año más tarde, se apuntó a la Universidad a distancia. Estudió Dirección y Administración de Empresas por la noche, en los ratos libres que le quedaban.

Seis años le costó sacarse la carrera, porque se matriculaba de asignaturas sueltas, ya que tenía que trabajar. Afortunadamente, su hermana pudo optar a becas.

Y ella, con el tiempo, encontró otro trabajo con una pareja mayor americana de Wyoming que se habían jubilado y asentado en su precioso pueblo y dejó el restaurante de comida rápida para trabajar para ellos. El trabajo era más tranquilo y relajado y le pagaban más.

Limpiaba, cocinaba, hacía a veces de jardinera y de secretaria. Pero con ellos pudo perfeccionar su inglés.

Estudiaba por las noches y fueron de gran ayuda para perfeccionar la parte escrita. Así fue cómo terminó hablando inglés como una nativa con acento de Wyoming.

El matrimonio mayor para el que trabajaba no paraban de hablarle de los parajes de ensueño de Wyoming y enseñarles fotos, así que de tanto hablar de ese lugar de Estados Unidos, le entró el gusanillo y se prometió que algún día lo visitaría.

Visitaría sus ranchos, sus parques, las Montañas Rocosas, sus ríos... La pareja de ancianos le enseñaban fotografías de esos maravillosos lugares y no pudo menos que enamorarse de los paisajes.

Habían pasado seis años desde que sus padres fallecieron. Ahora, su hermana María estaba haciendo su vida lejos de Cádiz. La echaba de menos. Tanto la había cuidado que sentía una soledad infinita. Se sentía tan sola...

Cuando su hermana ganó sus primeros casos en los tribunales, consolidó su posición en el bufete y empezó a ayudar a Ana económicamente. Lo hizo para que se tomara las tan merecidas vacaciones que se merecía. Ana se emocionó, pero no pensaba irse de vacaciones con ese dinero.

No había tenido tiempo para salir. No tenía compañeros de clase, pues la

Universidad era a distancia y solo iba a los exámenes. Estudiaba en casa. Y trabajaba en casa de unas personas mayores y el fin de semana salía con su amiga Amalia.

No había tenido adolescencia y, lo que era peor, ni siquiera la había besado ningún chico.

Su vida la dedicó a trabajar y a estudiar. Y estudiando, como estudiaba en casa, no le dio opción a conocer a hombres.

Huérfana como era, pensó cómo sería tener una familia propia, era lo que más deseaba. Pero no había conocido a ningún hombre por el que sintiera algo tan especial.

Una noche en la que estaba estudiando pensó que podía tener ella su propia familia, aunque fuese de una forma inusual. Y buscó en internet lugares de Wyoming y paisajes. Quería viajar allí.

Les comentó lo de la agencia de matrimonio a los americanos que ella cuidaba. Eran de ese estado que a ella había empezado a gustarle y siempre le hablaban de las Montañas Rocosas, los ranchos y los vaqueros, le picó la curiosidad y pensó que podría... Pensó en lo sola que se sentía, con su hermana lejos haciendo su vida. Quería no sentirse así.

Fue entonces cuando pensó en encontrar a alguien que quisiera lo mismo. Mucha gente se conocía por internet, incluso pagaban para inscribirse en app o en una agencia matrimonial.

¿Y si ella...? Se le ocurrió que podía casarse con un americano, salir de España y poder vivir en uno de esos lugares maravillosos.

La gente conocía a chicos por internet, pero ella no estaba dispuesta a pasar por meses de chateo, y que luego todo fuese una mentira.

Debía de haber agencias matrimoniales serias. Ella solo quería un hombre decente y trabajador que la tratara bien, no pedía un modelo, porque ella no lo era, pero sí alguien que le resultara agradable y le pudiera dar su primer beso.

Así que buscó por internet una agencia matrimonial americana. Una de Wyoming.

Después de pagar las tasas e inscribirse, le llamó la atención un anuncio. En

este no aparecía la foto del hombre en cuestión. Pero sintió curiosidad, como una de sus premoniciones que a veces tenía.

“Busco mujer sincera y trabajadora, entre veinticuatro y treinta años para ser mi esposa y vivir en mi rancho de Wyoming”.

Tan escueto como eso.

A Ana le gustaban las cosas simples y escribió en un impulso a ese escueto mensaje.

Envió su foto y el cuestionario que se le solicitaba. El corazón le palpité con fuerza una vez lo hubo enviado.

Con sus actividades cotidianas se olvidó de ello por un tiempo. Pero no pasó demasiado antes de recibir un email en el que se le comunicaba que era la chica elegida para casarse con Logan Slater.

Este la había elegido como su futura esposa para vivir en su rancho. Ella se sintió enormemente feliz.

Jamás pensó que aquello que escribió en un impulso, tuviese contestación positiva tan pronto. Estaba excitada y nerviosa al mismo tiempo.

Llamó a su hermana para contarle todo. Esta, al igual que su amiga Amalia, le pareció que estaba loca y se preocupó por ella.

Pero ella ya estaba segura de lo que iba a hacer. A su amiga Amalia la vería el sábado y se lo comentaría y a los americanos con los que trabajaba se lo contó en cuanto llegó al trabajo.

Le enviaron por email, la carta que Logan había escrito y le contaba por qué la había elegido:

“Hola Ana, encantado de conocerte por fin. Como verás, esta forma de elegir esposa no es usual. Te pido que confíes en mí, soy una buena persona y te trataré bien. Haré que tu estancia en mi rancho sea como imaginas.

El elegirte a ti, ha sido porque me has gustado nada más ver tu fotografía. Tus ojos serenos y esa mirada sincera y tranquila. Cuando te vi, supe que tendría que elegirte. De todas formas, comprendo que estés algo nerviosa, por no recibir una foto mía. Eso te lo explicaré cuando vengas. Tiene una razón de peso.

Soy una persona normal, pero tuve problemas con enviar la fotografía y espero aclarártelo en cuanto nos veamos. Deseo verte pronto.

La agencia tiene más datos si quieres preguntarle. Te enviarán los billetes de avión. Te estaré esperando.

Hasta pronto. Logan”.

Bueno, la carta era menos escueta que la petición de esposa en la agencia, pero no mucho más larga. Le gustó. Sintió una conexión con ese hombre que no pudo describir. Le parecieron unas palabras honestas, así que se sintió algo más animada.

El viaje corría por cuenta del novio. Con su permiso le hicieron llegar los billetes de avión. Sabía que en cuando pisara el rancho todo estaría preparado para la boda.

Se casarían si ambos estaban de acuerdo. Así que el dinero de su hermana le venía de perlas. Lo utilizaría en caso de emergencia, por si no le gustaba el novio, poder volver a Cádiz.

Y se dijo que sí, que iría.

Aceptada la propuesta le enviaron los billetes de avión: Madrid-Nueva York y Nueva York-Cheyenne.

Desde allí tomaría un autobús hasta el Norte de Wyoming: Jackson Ville. Era el fin del trayecto donde la invitaban a reunirse con una persona de la agencia y su futuro marido.

Y si estaban de acuerdo celebrarían la boda y se iría con él al rancho a vivir su nueva vida.

Se sentía nerviosa y emocionada ante la posibilidad de conocer a su futuro marido. Le costó dormir esas noches pensando en él. Solo tenía unas líneas suyas, en las que le decía que le había gustado y ella se sentía excitada ante la posibilidad de que a ella también le gustase.

Tenía la premonición de que así sería. Su cabeza era una vorágine de emociones. Se lo imaginaba de mil formas distintas. Era una locura.

Con su amiga Amalia, se fue de compras por Cádiz un día antes de marcharse. Estaba nerviosa y emocionada, pues nunca se había subido a un

avión. Preparó dos maletas, compró vaqueros y camisetas, dos o tres vestidos de fiesta, pues supuso que encontrarían alguna ocasión para salir.

Amalia insistió en que además de todo eso se comprara ropa interior de marca: camisones sexys y cortos, algunos transparentes.

Ella dejaba que Amalia le eligiera una inmensa cantidad de ropa, porque parecía que eso la hacía feliz. Todo ello lo pagó afortunadamente con el dinero ahorrado.

Ana tenía guardada una buena cantidad porque era muy ahorrativa. Y por si tuviera que venirse de vuelta, disponía de lo que su hermana le había dado.

Con los nervios a flor de piel por lo que le aguardaba en América, solo le pedía a Dios que fuese un hombre normal y honesto y que se portara bien con ella.

Le habían enviado de la agencia un análisis de que estaba en perfecto estado y ella había tenido que enviar otro por fax, antes de que le enviaran los billetes.

También fue precavida y en cuanto tuvo la idea de irse fue al ginecólogo a que le recetase pastillas anticonceptivas. Todo lo tenía bien pensado.

Se había despedido del trabajo la semana anterior, con gran alegría por parte de la pareja mayor americana para la que trabajaba, que le entregó un generoso finiquito para el viaje. Le dijeron que le encantaría. Que ya no volvería, que se quedaría allí para siempre. Que cuando llegara, se comprara ropa de invierno, un sombrero y unas botas, para no tener que llevar más maletas. Y así parecería una auténtica vaquera.

Después, fue a despedirse de su amiga Amalia.

—Quiero que me llames si el tío es feo, no quieres estar allí o si te lleva a un cuchitril apartado de la mano de Dios. O si bebe o si te maltrata. —Le indicaba con gran decisión su amiga Amalia, machacándola a todas horas—. Si tengo que ir a por ti, no dudes que iré y lo mataré con mis propias manos.

—¡Calla, mujer! ¡Qué exagerada eres! Sé que serías capaz de hacerlo. Supongo que es una agencia seria que investigará a los clientes. No me pongas más nerviosa de lo que estoy, Amalia.

—Vale, vale, pero te voy a echar de menos. Te visitaré. No lo dudes. —

Derramando algunas lágrimas mientras se abrazaban.

—Y yo también te voy a echar de menos, pero me lo tomaré como una aventura que nunca tuve. Piensa que esto es bueno para mí. Y un viaje, el que nunca hice. Y espero que me visites, si me va bien. Te buscaré un vaquero y al final viviremos allí las dos.

Y llegó la hora. Cargada con dos maletas y un gran bolso de mano, tomó el tren a Sevilla. Allí cogió el Ave hasta Madrid, donde la esperaban su hermana y su cuñado, que la llevaron al aeropuerto.

—De verdad Ana, no estoy de acuerdo con lo que vas a hacer. Es un suicidio.

—No es tan grave, si no sale bien, me lo tomaré como un viaje y de vuelta me quedaré un par de días en Nueva York. No te preocupes tanto, hermana.

—Bueno, pero me llamas en cuanto llegues. ¡Promételo!

—Lo haré. Te lo prometo.

—Es lo que quiero. Me apetece y voy a intentarlo y quiero que estés tranquila.

—Me da tanto miedo... Vas a estar tan lejos...

—Igual que si estuviera en Cádiz, al final nos vemos una vez al año.

—Eso es cierto, pero en Cádiz estás a un tiro de piedra, sin embargo, si te pasa algo en un rancho perdido al otro lado del mundo...

—Deséame suerte y ya está. Ya está decidido. Te quiero mucho y no quiero que te preocupes tanto.

—Vale, lo intentaré.

—Venga, debes estar contenta. Tu hermana sale a conocer mundo —dijo Ana contenta.

—Sí, y me deja sola.

—Tienes a Pablo.

El novio de María no quería intervenir en ese asunto entre hermanas, pero le dijo que lo que necesitara, en el momento en que lo precisara, llamase, de día o

de noche. Y así se lo prometió Ana.

Entre lágrimas se despidieron y ella tomó el avión a Nueva York. No le dio miedo volar, pero sí estaba inquieta pensando cómo sería el hombre con el que iba a casarse, si es que al final se decidía. A veces se lo imaginaba como en las películas, otras como un hombre de aspecto desagradable.

Ana solo quería que la tratara bien. Por su parte, ella se comprometería a ayudarlo en el rancho. Era una gran trabajadora.

Durmió un poco, vio una película, volvió a quedarse dormida y cuando despertó al fin, aterrizaron en el aeropuerto de Nueva York.

Preguntó a un guardia de seguridad, la salida del avión a Wyoming, ya que tenía sacado el billete. Aún quedaban dos horas para el vuelo. Y ese aeropuerto era una locura.

Por fin, encontró dónde facturar las maletas, y comer algo, tomar un café y descansar un poco, cuando llegó la hora de embarcar de nuevo.

Volvió a dormirse en el avión.

Cuando llegó a Cheyenne, era de día y hacía un frío que pelaba. Allí, al salir del aeropuerto, preguntó a un taxista dónde tomar un autobús para ir al norte, a Jackson Ville. El autobús salía por la noche de la estación central, así que el taxista que la llevó a un hotel cerca de la estación, ella se lo pidió.

No pensaba estar en la calle sola ocho horas, esperando con ese frío. El hotel estaba bien, era un hotelito sencillo. Se duchó, se lavó el pelo y fue a preguntar a la estación.

El autobús salía a las nueve de la noche y por lo visto, no llegaría a Jackson Ville hasta las seis de la mañana. Era un autobús de largo recorrido. Sacó el billete y se enteró desde qué número de la estación salía.

Luego se fue a comer algo y compró chokolatinas, un par de bocadillos y latas y algún dulce para el viaje. También se compró un chaquetón calentito, unas botas, una bufanda, guantes y un gorro.

Llamó a la chica de la agencia y le dijo a la hora que llegaba a Jackson Ville. Y con todo preparado, se fue a la cama y puso la alarma del móvil un par de horas antes de salir a su último destino.

Sentada en el autobús, le dijo al conductor dónde iba y confirmó que llegarían sobre las seis de la mañana. Así que puso de nuevo la alarma del móvil a las cinco y media de la mañana por si se dormía y se pasaba de estación.

Tuvo la suerte de que iba sola en los dos asientos, así que se acurrucó en ellos y se quedó dormitando.

Nunca había tenido tanto cansancio y sueño en su vida. Ni era tanta la expectativa ante lo que le esperaba. Debía de ser el estrés de los días anteriores y el *jet lag*, que le empezaba a hacer su efecto.

Por fin se durmió. De todas formas, de noche no podía ver ningún paisaje. Ya tendría tiempo de verlo. Iban al norte del estado y allí había vegetación, árboles y oxígeno.

Y un rancho y un ranchero que la tenía nerviosa por conocerlo y quería que todo acabara ya. Quería verlo y no tener esos nervios en el cuerpo.

Sonó la alarma y parecía que había dormido media hora. Ya era de día. Se limpió los ojos y se atusó el pelo largo, recogiénoselo en una cola. Se pintó un poco y se echó colonia fresca. Se miró cómo llevaba la ropa.

Ana era una chica sencilla, de gustos sencillos, extrovertida y graciosa a pesar de todo cuanto le había acontecido en la vida y lo que había luchado por su hermana y por ella misma. Difícilmente se quejaba, pero que tenía su carácter si se lo sacaban. Medía uno sesenta y cinco. Sabía que no era una modelo, pero era atractiva.

Tenía un buen cuerpo, el pelo castaño y largo, una boca de labios carnosos, unos ojos grandes y de un marrón claro de pestañas largas.

En conjunto, era una chica guapa y atractiva. Pero a ella nunca le había importado su aspecto, más que en cuestión de limpieza. Iba limpia y cómoda, poco pintada, siempre amable y sonriente.

Era buena persona, siempre pendiente de los demás y dispuesta a hacer favores a quien lo necesitara.

Para su hermana había sido una madre y una amiga. Y se había sacrificado por las dos porque le correspondía.

Era feliz por naturaleza.

CAPÍTULO DOS

Por fin Ana se bajó del autobús. La estación a la que llegó era pequeña y bonita, era nueva. Del autobús, solo se bajó un señor mayor y ella, y los dos esperaron que el conductor del autobús de largo recorrido sacara sus equipajes del maletero.

Cuando sacó el suyo, Ana tiró de las asas de sus dos maletas, se colgó el bolso de mano al hombro y las arrastró hacia el interior de la estación en busca de la señora de la agencia que la esperaba con su futuro marido.

A esas alturas estaba muy nerviosa por verlo. Y entre el frío helador que hacía y los nervios, iba temblando y necesitaba algo calentito en el estómago.

Lo buscó con la mirada por la estación muy poco concurrida a esa hora de la mañana, pero no vio ningún joven que tuviese alrededor de treinta años acompañado de ninguna mujer.

Lo que sí observó fue a una señora con tacones altos, un moño alto y un traje de chaqueta impecable de color azul. Tenía alrededor de cuarenta años e iba en su dirección con paso decidido. Debía ser la señora de la agencia o al menos a Ana le dio la impresión de que si vestía así a esas horas, sería ella, pero... ¿Y Logan?, ¿dónde estaba?

—¿La señorita Ana Pérez? —le preguntó con amabilidad. En su cara se dibujó una sonrisa.

—Sí, soy yo —dijo Ana, devolviéndole la sonrisa.

—¡Hola, Ana! Eres más guapa en persona. Soy Betty Ston. La fotografía no te hace justicia. ¿El viaje bien?

—Sin problemas. —Le aseguró—. Un poco largo, pero estupendo. He dormido bastante.

La miró de arriba abajo, parecía evaluarla.

—Le gustarás a Logan, estoy segura.

—Espero que me guste él también. —Rio nerviosamente—. No he visto ninguna fotografía suya y eso me hizo dudar al principio. Así que estoy un poco nerviosa.

—No lo dudes, ni estés nerviosa. Te gustará. —La mujer parecía muy convencida—. No hay chica a la que no le guste.

La sonrisa seguía siendo abierta y tranquilizadora.

—¿Dónde está? —preguntó impaciente a esas alturas del viaje.

—Viene de camino. Han tenido problemas con unas vacas en el norte del rancho. Si te parece, podemos ir a la agencia, dejamos las maletas y desayunamos juntas. Allí hemos quedado con él en una media hora, así que nos da tiempo a comer algo.

—Me parece bien. Tengo bastante hambre. Y me vendría bien un café.

Pensó en esa media hora, se dijo, mientras su corazón bombeaba con fuerza.

—Pues vamos a dejar tus maletas en la agencia y a tomarnos un buen desayuno.

Ana asintió.

El trayecto hacia la agencia no fue demasiado largo. La señora Ston la llevó a su coche que lo tenía aparcado fuera de la estación, y desde el asiento del copiloto, Ana pudo apreciar el pequeño pueblo, atravesado por una carretera, con casas y comercios a ambos lados, rodeado de un paisaje con bastantes árboles y vegetación. Incluso pudo contemplar un riachuelo a lo lejos.

Era un pueblo pintoresco y bonito. Pequeño, como a ella le gustaba. La mayoría de las casas eran de madera de amplios tejados. Los comercios estaban debidamente rotulados y se respiraba un aire puro difícil de definir. El pueblo estaba despertando.

Había poca gente por la calle, pues era temprano. En definitiva, estaba en el pueblo típico del Oeste, pero moderno. Ana se sintió como si ella también estuviera despertando a la vida por esa mañana.

La agencia era pequeña y estaba situada a pie de calle en el centro del pueblo. Tenía una recepción también pequeña y detrás se veía un despacho, que debía ser de la señora Ston, pintado en un color verde agua.

Era muy cuco y pudo observar fotos de parejas que se estaban casando, decorando una de las paredes.

Las otras paredes estaban adornadas con cuadros de paisajes que debían ser de allí. Una mesa, dos sillas frente a esta para recibir a los clientes y, en definitiva, todo cuanto debía tener un despacho: impresora, teléfono, fax, etc.

A la derecha se encontraba una pequeña sala de espera y un baño.

—¿Te parece bien si vamos a la cafetería de enfrente?, ponen unos desayunos estupendos —le preguntó la señora Ston—. Mientras, puedes dejar el equipaje en la sala. No entrará nadie. Mi recepcionista se encargará, no te preocupes.

Ana asintió, y una vez que dejó las maletas en uno de los rincones, salieron las dos a la calle en busca de un buen desayuno.

A Ana, el desayuno le pareció exagerado, ya que solo tomaba café con leche y tostadas por la mañana.

Cuando la señora Stone pidió dos desayunos, les trajeron zumo de naranja, café, tostadas con huevos revueltos y beicon. Ana pidió también mermelada, que sería lo más parecido a lo que tomaba en España, ya que no creía poder comerse todo ese plato por la mañana esas horas. Y así se lo hizo saber a la señora Ston con una sonrisa en la cara.

—No estoy acostumbrada a comer tanto tan temprano.

La conversación giró sobre temas triviales, como si quisieran evitar el verdaderamente importante. A la mujer de la agencia le llamó la atención lo bien que Ana hablaba inglés. Comentó que hasta tenía acento de Wyoming. Fue entonces cuando Ana le habló de la pareja de ancianos a la que solía cuidar y que ellos eran de allí. Pero dijo poco más, ya que ella estaba tan impaciente que no podía concentrarse en la conversación.

—¿Cómo es Logan? —le preguntó a bocajarro a la señora que sonrió sorprendida—. Perdona, es que estoy tan nerviosa...

—Es un buen hombre, recto, serio y honesto —lo dijo como si hubiera estudiado las palabras, pero por alguna razón, estas también parecían sinceras—. Es también un buen jefe, según me han contado. Nació aquí y ha vivido aquí toda la vida.

Ana escuchó con atención lo poco que ella parecía estar dispuesta a contarle

de su futuro marido.

—Entiendo. —Pensando que la señora Ston sabía más de la cuenta, pero no quería contarle nada.

—Tranquilízate, ya verás cómo todo va bien.

—¿Y físicamente? No he visto una foto suya. Ya sé que puedo resultar pesada, pero estoy nerviosa.

—La puso en un principio —dijo dando un sorbo a tu taza de café—, pero tuvo que quitarla.

Ana pensó en el porqué de ese hecho.

—Ya le dijimos que sin foto sería más difícil encontrar una mujer, pero él insistió. Y nos prohibió que dijésemos nada referente a su físico, así que me vas a perdonar, Ana. Ya lo verás. La cosa no es tan mala como imaginas. No tardará mucho. Ten un poco de paciencia.

Ana intentó olvidarse de su curiosidad, pero no pudo con tanto secretismo. O era un señor muy feo o era muy guapo, si no, no entendía el problema de la foto. Tendría que esperar un poco más y comprobarlo por sí misma.

Apretó sus manos con nerviosismo y por algunos momentos se hizo un silencio incómodo, hasta que la señora lo rompió.

—De todas formas, si eliges no casarte con él, e irte de inmediato, puedes tomar el siguiente autobús de vuelta —le dijo en tono amable.

Ana asintió, aunque no tenía pensado darse por vencida antes de empezar.

—Has venido de muy lejos, pero tengo la impresión de que te quedarás mucho tiempo. No sé por qué te ha elegido, alguien venida desde la otra punta del mundo, pero algo debe de haber visto en ti que le ha gustado.

—Eso me consuela un poco. Aunque no es suficiente.

—Seguro que haréis una buena pareja, mujer. Ya queda poco.

Le gustaba la señora Ston. Era sincera y profesional. Cuando terminaron de desayunar, cruzaron la calle y entraron de nuevo en la agencia a esperar a Logan.

Entró en una salita donde habían guardado sus maletas y la dejaron sola. La

señora Ston se fue a su despacho y la dejó sumida en sus propios pensamientos.

Ana ojeó, sin ver nada, unas revistas de sociedad que había en una de las mesas de la sala.

Media hora después, escuchó el ruido de la puerta principal y oyó a un hombre hablar con la chica de recepción. El corazón le palpitó con fuerza y contuvo el aliento hasta que la puerta de la sala se abrió.

Entró la señora Ston con un hombre alto y guapo que, con su presencia, pareció ocupar toda la estancia. Tenía los hombros anchos y las caderas estrechas, llevaba un sombrero de vaquero y vestía como tal, unos pantalones negros vaqueros y una camisa del mismo color.

Era impresionante. Su cabello era rubio y esos ojos azules provocarían un desmayo a cualquier mujer. Debía medir casi un metro noventa.

Decidida, se levantó y quedó frente a él. A Ana le pareció que era invisible a ese hombre. Era altísimo e imponente y ella no se lo esperaba después de tanto secreto. Se sintió pequeña ante él.

La señora Ston los presentó:

—Ana, este es Logan, Logan Slater.

—Encantado, Ana —dijo Logan con seguridad y una voz preciosa ofreciéndole su gran mano en la que cabían dos de ella.

—Encantada, Logan —dijo tímidamente y perdiéndose en su mirada de ojos azules. Se sintió intimidada por su altura.

Ana le tendió la mano y sintió una descarga eléctrica en el brazo cuando él la atrapó. La cabeza de ella no le llegaba a la altura de los hombros.

Embobada, vio que tenía una sonrisa preciosa. Y olía a perfume caro, demasiado para venir de un rancho.

La señora Ston los dejó solos en la pequeña sala de espera. Les dio un momento para que hablaran en privado.

—¿Qué tal el viaje, Ana? —le preguntó Logan sentándose en una silla al lado de la suya y mirándola.

—Un poco largo, pero al menos no me he perdido —le contestó nerviosa.

—Hablas muy bien el idioma y hasta tienes un poco de acento.

—Sí —dijo Ana sonriendo—, los señores para los que trabajaba en España eran de aquí y se ve que cogí el acento.

—Eres muy guapa. Más que en la foto que me enviaste.

—Bueno, yo no puedo decir lo mismo, quiero decir... que eres guapo, pero que no sabía el porqué de que no quisieras enviar una fotografía. Ahora lo entiendo.

Ante el nerviosismo de Ana, Logan sonrió. Le gustaba, era pequeña, pero tenía algo especial. Siempre había salido con chicas mucho más altas, pero Ana era distinta. Le gustaba su sonrisa, aunque fuese esa sonrisa tan nerviosa como agradable.

—Ana, te propongo venirte al rancho una semana. No quiero forzar las cosas entre nosotros. Podemos conocernos un poco. Te invito a estar donde vivirás toda la vida si nos casamos. Podrás pensártelo esta semana. Si decides que no, te pagaré tu viaje de vuelta.

—No hace falta, de verdad, para eso tengo dinero. Pero la oferta de una semana, la acepto encantada. Me parece una idea estupenda.

—Ya que no tuviste fotografía, al menos que tengas una referencia de lo que pueda existir entre nosotros.

Ana aceptó la generosidad de Logan y se sintió más tranquila. Era extraño, con él se sentía protegida y nerviosa a la vez.

Logan se levantó y ella hizo lo mismo.

—¿Has desayunado? —le preguntó Logan.

—Sí, he ido con la señora Ston a desayunar, pero si tú tienes hambre, podemos ir de nuevo.

—No, he desayunado en el rancho temprano.

—¡Ah, vale!

—Pues venga, nos vamos al rancho. Te gustará, ya verás. Vamos a comunicárselo a la señora Ston.

Así lo hicieron, y minutos después de despedían de ella. La dejaron especialmente contenta, como cada vez que tenía suerte con una pareja. Les pidió una foto de la boda, para la pared de su despacho. Y ellos, se rieron. Logan le dio un cheque y salieron por la puerta.

—Suerte a los dos —dijo despidiéndose de ellos.

—Gracias a usted —comentaron a la vez.

Y salieron.

Ella sonrió a Logan que amablemente se ocupó de las maletas.

Ahora estaban solos y el corazón le iba a mil por hora, mientras caminaba detrás de él hacia el todoterreno negro que parecía esperarles.

Logan cogió las maletas y las metió en el maletero con toda seguridad. Le había gustado mucho cómo le hablaba y la miraba.

Logan era un hombre hecho a sí mismo, y aunque estaba emocionado y un tanto nervioso, estaba contento de llevar a una mujer a su casa. Desde que la vio, estaba seguro de que Ana era la elegida.

—Esto es extraño para mí —dijo Ana frotándose los guantes, más de nervios que de frío.

—Para mí también, no lo dudes. Nunca pensé hacer esto de esta manera.

—¿Por qué no pusiste fotografías? Eres alto y guapo. No creo que tengas problemas en encontrar a una mujer.

—Tengo problemas, Ana —dijo serio—, venían de todas partes y de todas clases. Algunas mujeres averiguaron la dirección del rancho y este se llenó de mujeres. No me dejaban trabajar, ni a mí, ni a los chicos. Era un infierno. Yo dejé claro en la entrevista las preguntas y sabía qué me gustaría que contestaran.

—Jajaja. No dudo que el rancho se llenara de chicas. Eres muy guapo.

—Pues eso es un problema, no te rías. No tengo tiempo de hacer entrevistas personales. Tengo mucho trabajo en el rancho.

—¿Y por qué yo, desde el otro lado del mundo? —preguntó intrigada.

—Me gustaste. Tenías algo especial. No sé, llámalo intuición. Y me has

gustado.

—¿Aunque sea tan pequeña y tú tan alto? —le dijo incrédula, sin creerse que la hubiese elegido a ella, por encima de las demás, que seguro eran todas mujeres preciosas.

—El tamaño no importa.

Ana soltó una carcajada.

—Eso ha sido bueno. —Por primera vez se reía con ganas.

—No me refería a eso. —Él le regaló una carcajada—. Me gusta tu sentido del humor. Eres graciosa.

—Gracias.

—Espero que nos llevemos bien, Ana. No me gusta perder el tiempo con el trabajo que tengo. Quería una mujer sencilla que le guste vivir en un rancho, en el campo, no una modelo con tacones en un rancho de ganado.

—Yo también vengo a trabajar. No te preocupes. Soy una chica sencilla y trabajadora. Por eso contesté a tu solicitud. No me gustaría ser una mantenida.

Cerró el maletero y la miró con cierta ternura, mientras la acompañaba al asiento del copiloto, le dio la mano y la ayudó a subirse.

—Y ¿cómo te gustaría nuestra boda?

A Ana se le aceleró el corazón y se ruborizó un poco.

—Una boda sencilla —dijo tímida—, íntima, pero como no sé cuántos amigos o conocidos tienes, lo dejo a tu elección. Estoy en tu lugar. Creo que eso debes decidirlo tú.

—¿No quieres participar en los preparativos?

—Yo me pongo en tus manos. Si tienes muchos invitados, pues que vengan. Si no quieres mucha gente en tu casa... Lo que más te apetezca. No tendrás problemas conmigo.

—Vamos a conocernos mientras preparamos la boda. Será un evento bonito. La haremos en el rancho, si te parece.

—Me parece —dijo muy animada. Iba tomando confianza con Logan.

Subieron al coche y se pusieron en marcha. Mientras él iba conduciendo, la miraba de soslayo. Le gustaba.

Era pequeña, pero muy guapa. Tenía un aire exótico que le llamaba la atención, quizás sus ojos marrones claros y grandes o su largo pelo oscuro. No tenía unos pechos exagerados, se fijó él, pero tampoco eran pequeños. Una nariz pequeña y los pómulos altos y una boca de labios gruesos. Una boca preciosa, pensó Logan.

Era delgada, pero tenía caderas y eso lo excitaba. Parecía una pequeña muñeca. Sintió lo mismo que cuando la vio en la fotografía que envió. Pero su aspecto no lo era todo, ya que a la vez le parecía una buena chica. Y eso es lo que de momento más apreciaba.

No creía estar equivocado con ella. Había elegido bien. Aunque aún tenía que conocerla más. Una entrevista en un papel y una fotografía, no eran suficientes para conocer a una persona. Era el día a día, y también las relaciones íntimas.

Carraspeó al pensar en la intimidad que compartirían. Quería un matrimonio al uso. E hijos. Quería hijos a los que dejar su rancho cuando fuese mayor y no se pudiese hacer cargo de él. Y quería más de uno. Él había sido hijo único, y había echado en falta tener hermanos, no deseaba que a sus hijos les pasara lo mismo.

Ese era un tema importante para él. El otro no menos importante, que una mujer tenía que ser compatible con él en la cama. Ese era otro escollo que tenía que solucionar con Ana y tenía que ser antes de la boda.

Para él, era muy importante que una mujer le respondiera en la cama. Era un hombre tremendamente sexual y no podría estar con una mujer que no le apeteciera el sexo.

Lo sentía mucho, pero para él era muy importante su rancho y una mujer a la que hacer el amor cuando volviera por la noche.

No solo sexo puro, sino también comunicación y química. Una mujer que lo deseara como él la debía desear a ella. Jugar y tontear como un adolescente, bromear y que no hubiese fingimiento ni que ella tuviera que hacer el amor por obligación, sino por puro deseo.

En ese aspecto, eso necesitaba. Y si Ana era esa mujer, aparte de lo guapa

que era, si era trabajadora, ya no pediría nada más. Sería feliz toda la vida.

Eso es lo que pedía en una mujer, a pesar de que en su solicitud en la agencia hubiese sido demasiado escueta, él sabía qué quería.

Conocería a Ana esa semana y si no era lo que esperaba de ella, se lo diría sinceramente, con pesar, pero lo haría. Por eso quería tener relaciones sexuales con ella antes de la boda, para comprobar si en ese aspecto coincidían y era lo que él necesitaba en una mujer.

Sabía que nadie era perfecto, ni él mismo lo era, pero sí que quería lo más próximo a la felicidad.

E iba a comprobarlo con ella. Y estaba seguro de que era ella y no se había equivocado.

Sumido en esos pensamientos, salieron de la carretera y entraron por una carretera secundaria asfaltada.

Recorrieron lo que a Ana le pareció un kilómetro más o menos. Vio la entrada del rancho y las vallas que lo rodeaban.

Arriba, entre dos postes había un gran cartel de madera tallada con una inscripción: LOGAN SLATER RANCH.

Siguieron la carretera asfaltada y allí antes sus ojos apareció el rancho. La casa, grande, era maravillosa y lujosa, de dos plantas. Ana suspiró.

Y ella que esperaba una casucha... y todo era moderno. Estaba a su derecha, con un gran porche y dos mecedoras en él para tomar el fresco.

Las flores rodeaban la casa grande y amplia, con vistas a las montañas que se veían a lo lejos.

No demasiado lejos de la casa grande, se veían algunas casas, varios pabellones, cuadras, un gran corral y graneros para los animales. Todo era inmenso. ¿Con quién iba a casarse? Fuese quien fuese, Logan Slater era de todo menos pobre. Jamás hubiese pensado que el rancho fuese tan grande y las vistas tan impresionantes.

—¡Esto es enorme, Logan! —dijo ilusionada y con ganas de verlo todo.

—Sí, señorita, es un buen rancho. Yo diría que el mejor de todo el condado

—comentó orgulloso.

—¡Madre mía!, aquí me perderé si me quedo. ¿Con quién voy a casarme?

—Con un hombre rico —dijo sonriendo.

—¿Por eso no querías poner tu fotografía?

—Por esa misma razón —le dijo parando el todoterreno delante de la casa.

Bajaron del vehículo y acompañó a Ana a la casa grande. De allí salió una mujer de unos cincuenta años. Ana pensó que debía ser la cocinera. Logan se la presentó.

—Esta es Conni, la mujer de Jack, mi capataz. Se encarga de la casa grande y de mí. Ahora de los dos, ¿verdad, Conni? —dijo sonriente. Se notaba que había cariño por parte de ambos.

—Por supuesto, señorito Logan. Es un placer recibir a la señorita. Espero que coma de todo.

A Ana le hizo gracia ese comentario.

—¡Encantada, Conni! Como de todo. No soy delicada.

—Bienvenida, señora. ¡Qué guapa es usted! El señorito Logan ha sabido elegir. Las otras no me gustaban nada.

Logan sonrió ante ese comentario y se sintió satisfecho de que a Conni le gustase, pues a él también le gustaba y tenía siempre en cuenta las opiniones de Conni y de su capataz, el marido de esta, Jack.

—Gracias, Conni. Aún soy señorita. Espero que cuando lleve tiempo aquí, opines lo mismo. Me gustaría integrarme en el rancho como una más.

Conni era amable y risueña. Era una mujer que medía por lo menos un metro setenta, con ojos azules y el cabello pelirrojo recogido en una cola.

Se ve que tenía carácter y llevaba sus botas de vaqueras, camisa y pantalón vaqueros. Toda una mujer de rancho, criada en el campo. Se veía como una mujer con carácter, pero a la vez desprendía cierta ternura y calidez.

—Bueno, yo me voy con los chicos —dijo Logan mirándola—. Tenemos problemas con unas vacas en el norte. Me cambio y luego vuelvo. ¿Te

encontrarás bien, Ana? Cuando vuelva podemos hablar de todo. Siento tener que dejarte nada más llegar, pero el trabajo no espera. Me gusta tenerte en casa —le dijo despacio, inclinándose como una caricia en su oído—. Es tu casa desde ahora. Cuando vuelva, hablamos de todo.

—Claro que sí. No te preocupes. Me quedo con Conni —contestó un tanto azorada por su proximidad.

Logan sentía dejarla nada más llegar, pero el trabajo le impedía quedarse allí con ella. Quizá fuese mejor que ella se adaptara sola y viera dónde iba a vivir.

Aunque a él le parecía que debía quedarse y enseñarle la casa, pero también tenía el trabajo. Se sintió mal por eso, pero ya la compensaría después.

—Enséñale la casa y que se acomode, Conni. Volveré enseguida que solucione el problema de las vallas.

Ana se sintió un tanto vacía, porque la dejaba muy pronto sola, pero comprendió que había ido a trabajar a un rancho y que el trabajo era importante para Logan. Ya habría tiempo de hablar después. Así que intentó animarse y tratar de hablar más con él cuando volviera.

Cuando Logan llegó a la ladera norte, encontró a Jack y a otros muchachos, intentando sacar a unas vacas que se habían enganchado a la valla.

—¡Hola, Jack! ¿Cómo va todo, habéis podido rescatar el ganado?

—Todo está ya solucionado. Esta es la última vaca.

Jack se levantó, se quitó los guantes y se acercó a Logan.

Jack era su capataz, lo más parecido a un padre que tenía. Era alto, uno ochenta medía. Tenía los ojos azules, como su mujer Conni y andaba con pasos largos. Su cara estaba curtida, debido a la edad, y al trabajo. Tenía cincuenta y dos años y solía estar siempre risueño. Era de los mejores trabajadores y el hombre más honrado y capaz que había conocido.

—¿La has traído? —dijo con una sonrisa y algo impaciente por saber las novedades.

—Sana y salva. —Se rio—. Es la elegida y creo que me gusta y os gustará a todos. Es sencilla... Y guapa, como yo quería.

—Vamos, cuéntame más —le pidió el capataz que estaba ansioso por conocer a la mujer que podía pescar a su jefe.

—Es toda una mujer simpática y guapa. No es muy alta. Es pequeña para mí, pero me gusta. Es inteligente y no ha mirado el rancho con ojos codiciosos, como las otras mujeres que vinieron, sino de asombro. —Logan recordó la expresión de Ana al ver el rancho—. Creo que esperaba un rancho sin casa —se rio a carcajadas— y venía dispuesta a echar paja al ganado. Se ve humilde. Pero me ha encantado. Tiene una sonrisa preciosa y creo que tiene el carácter suficiente para ser la señora de este rancho. Siento que se va a quedar conmigo para siempre. Haré lo que haga falta para ello. Me gusta, Jack. Me gusta mucho. Espero que te guste a ti también.

Ese pensamiento enterneció a Logan. Una mujer dispuesta a trabajar y a compartir un futuro juntos. Alguien que no lo quería por lo que tenía y que estaba dispuesta a ofrecerle mucho para construir un futuro los dos juntos.

—Bien, la veré esta tarde cuando acabemos, si me da tiempo y no está muy cansada. Si quieres puedes irte y yo me encargo de todo. No tenías que haber venido. Yo me hubiese encargado —dijo Jack.

—No, así le daré tiempo para que se acomode, vea la casa y hable con Conni o descanse. Ha estado muchas horas de viaje. Casi dos días.

Logan pensó en Ana. Había recorrido un largo viaje hasta él. ¿Lo habría decepcionado? Estaba seguro que no. ¿Pero qué pensaría de él? Logan Slater era un hombre de treinta años, guapo, alto, de un metro ochenta y ocho, rubio y con los ojos azules cristalinos que encantaba a todas las mujeres.

No hubiese necesitado una agencia matrimonial para buscar esposa. Era de los hombres que, cuando pasaba, pisaba con seguridad y todas las mujeres se le quedaban mirando.

Estudió Derecho en la Universidad de Wyoming, situada en Laramie, para estar más cerca del rancho e ir en las vacaciones que tomaba de la universidad. Y cuando terminó los estudios, se dedicó al rancho, que era su pasión.

Sus padres se fueron a vivir a Miami tres años antes, y le dejaron la dirección del rancho a él. Era hijo único y toda su vida transcurrió allí.

Sus padres insistieron en que fuese a la universidad, porque eso le serviría

para adquirir cultura y conocimiento. Y él se fue durante cuatro años. No quiso irse, ni estudiar, podía haber llevado el rancho de igual manera, pero fue un acuerdo mutuo entre sus padres y él, y ahora se alegraba de haberlo hecho.

Pero al terminar volvió enseguida. Añoraba las montañas y se prometió rehacer el rancho y hacerlo próspero.

Cuando cumplió treinta años, se dio cuenta de que quería una familia. Por supuesto no le faltaban las mujeres cuando iba al pueblo o a la ciudad más cercana.

Pero era hora de sentar cabeza. Debido al trabajo que le ocupaba todo el tiempo y a que el pueblo era pequeño y se conocían todos, Logan no encontraba una chica que le gustase ni que le llenase lo suficiente para compartir su vida con ella.

Luego estaba la ciudad más cercana, pero estaba a más de dos horas y ya no iba tan a menudo.

No tenía tiempo de conocer a mujeres ni tampoco ganas de ir todos los fines de semana como si buscase en tesoro en una cueva.

Quizás por eso, puso un anuncio a través de una agencia matrimonial. Llegaban mujeres de todo el condado, todas vestidas de princesas, muy lejos de lo que él esperaba de una esposa con quien ocuparse del rancho.

Cuando las entrevistaba, se convencía enseguida de que no eran lo que él estaba buscando. Estaba perdiendo el tiempo.

Quería una mujer de campo, que no se gastara su tarjeta de crédito en comprarse vestidos y en fiestas a las que no pensaba asistir. Quería una mujer con la que hablar por las noches en la mecedora del porche, cenar y hacer el amor. Tener hijos con ella y que no le complicara la vida.

El amor estaba sobrevalorado, con que tuviera ciertas cualidades, se conformaba. Por eso hizo el formulario con preguntas a las que quería que se respondiera sinceramente, con respuestas concretas. Aquella que respondiera lo que él esperaba de una mujer, sería la elegida.

Por supuesto, aparte de ser compatible con él, algo que sabría al ver el formulario, también tenía que atraerlo sexualmente. El sexo era importante para

él.

Cuando eligió a Ana, le gustó la foto y las respuestas a la entrevista eran perfectas. Y cuando la vio en persona, sintió esa química sexual con ella, que lo había tenido distraído desde que la vio por primera vez.

Mientras Logan estaba sumido en sus pensamientos, en el rancho, Conni llevó a Ana a su habitación en la primera planta. Más tarde tendría tiempo de ver toda la casa.

La habitación era el dormitorio principal. Una estancia tan inmensa como preciosa, de tonos cálidos. Tenía una cama enorme, dos mesitas de noche, una gran cómoda y dos butacas forradas de flores a juego con el edredón y las cortinas. Y una mesita en el centro, ocupando un rincón precioso al lado de la ventana. Le daba un aire de hogar que a ella le encantó.

A cada lado de la habitación había un baño y un vestidor para cada uno. Era de lo más bonito que había visto, todo bien integrado en ese estilo del pasado que le recordaba a las películas del oeste. Ana pensó en el contraste con su vieja casa, que solo tenía un baño para toda la casa.

Connie la dejó deshacer el equipaje, que Logan le había subido al dormitorio principal cuando fue a cambiarse para irse de nuevo al campo.

—Si lo desea puede refrescarse. Ahí tiene el baño y el vestidor. Este es del señorito Logan y este que está vacío, es el suyo. Logan le ha dejado ese espacio. Espero que tenga suficiente. Esta es su mesita de noche y los cajones de arriba de la cómoda son suyos.

—Gracias. Me gustaría que me tutearas, Connie —le dijo Ana—, pero tienes razón, creo que me daré una ducha para entrar en calor y quitarme el cansancio del viaje. Y colocaré la ropa.

—Si necesita algo más, no dude en decírmelo, señorita.

—Connie, llámame Ana. —Se hizo una pausa—. Connie... ¿Cómo es Logan?

—Es como un hijo para nosotros. Es honrado y muy trabajador, y la tratará bien, seguro. Siempre cuida de su gente y se preocupa de todos.

—Gracias, Connie.

—Después baje a comer, le tendré preparado algo que le gustará.

Se duchó y se lavó el pelo. Se vistió con unos vaqueros y una camiseta negra de manga larga y una rebeca a juego, de lana por las rodillas. Y deshizo el equipaje.

En la vivienda se estaba calentito. Tenían calefacción y además un fuego en el salón. Pero la casa era muy grande. Estrenó las botas que se había comprado y bajó a tomar algo como le había indicado Conni.

—Esta casa es grande —dijo, entrando en la cocina donde encontró a Conni—. Más que grande, es inmensa. Mi casa de España cabe en el cuarto de baño de una de las habitaciones.

—Sí —Conni rio divertida por la ocurrencia de la joven—, el señorito Logan le hizo unos cambios hace un año y la ha dejado maravillosa. Los baños estaban un poco anticuados. Si quiere, cuando termine el desayuno, la acompañaré para que eche un vistazo a su casa. A partir de ahora es suya.

—A ver si le gusta esto. —Y le puso unos bocadillos pequeños variados—. ¿Agua, una cerveza o refresco?

—Agua solo, Conni, gracias.

Ana sintió algo cálido en el pecho. Una sensación de orgullo y bienvenida. La habían recibido como a alguien importante y la emoción le embargaba.

—Usted va a ser la señora y podrá hacer los cambios que desee. Eso dijo el señorito Logan. La cocina, en cambio, es mía.

Ana soltó una carcajada, entendió lo que quería decir y le hizo gracia.

—De acuerdo, Conni, no te quitaré tu trabajo. Y prometo comerme lo que me cocines. Y esto está buenísimo.

—Gracias, señorita. Yo solo atiendo al señorito y ahora a usted también. Recojo la casa y hago la comida. Cada dos meses viene un equipo de limpieza y limpian a fondo los cristales y toda la casa.

—¿Entonces qué voy a hacer yo? —preguntó Ana algo preocupada—. Tendré que buscarme algún trabajo.

Se quedó reflexionando sobre ello. Ella venía a trabajar. Debía preguntarle a Logan para que le diera algo que hacer.

No había venido para ser una señora ociosa sin nada que realizar. Así que ese era un punto que debía solucionar con Logan. Quería tener un trabajo en el rancho.

—Le preguntaré a Logan. No puedo estar de brazos cruzados.

—Ya se le ocurrirá algo —le dijo Conni algo sorprendida. Lo cierto es que había pensado que iba a pasarse todo el día paseando por el rancho.

—¿Y los trabajadores? —preguntó curiosa.

—Ellos comen en los barracones y duermen en las casas que ha visto al llegar. Tienen los sábados y domingos libres y van al pueblo. Mani es el cocinero. Y también se encarga de la limpieza del barracón.

—Gracias por la información. Quizá me pase a verlo luego. ¿Cree que podría visitar la casa? —le preguntó cuando dio buena cuenta del plato que Conni le puso.

—La acompañaré.

—No es necesario, Conni, estoy segura que tienes mucho trabajo. Le echaré un vistazo y me iré a descansar hasta que venga Logan.

Conni le sonrió, pero la acompañó, le gustaba esta chica. Era considerada, no como las otras que habían desfilado por la casa.

—Lo que necesite, señora Ana, no tiene más que pedirlo.

—Ana —le dijo—, solamente Ana, Conni.

—¡Ah, no! Señorita o señora —le dijo muy tajante—, sé cuál es mi lugar.

—Bueno, como quieras. Nos llevaremos bien. Pero, ya verás cómo cambias de opinión, mujer.

Conni era un caso, bastante amable y Ana sentía que había entrado con buen pie.

Se quedó pensando que nadie la había llamado señora en la vida. Había sido ella la que había tenido que llamar así a sus jefes cuando había trabajado.

Ana quiso empezar a ver la casa por la planta de arriba. Las escaleras eran anchas, majestuosas, de madera oscura y de calidad, como todo el suelo de la

casa.

Sí, se veía que habían reestructurado la casa. Arriba encontró tres dormitorios más, aparte del principal, todos amueblados de un modo exquisito. Todos tenían baño, menos el suyo que tenía dos. Bueno, el suyo que era el mismo que el de Logan.

Se quedó pensando en su futuro marido. Si Logan le había dicho a Conni que colocara su ropa, es que esa noche él pensaba dormir con ella. Se quedó mirando la gran cama de la habitación. Aquel hecho la tenía un tanto nerviosa. Ni siquiera la habían besado.

Todavía no se habían casado, pero quizás deseaba tener relaciones antes de la boda, aunque solo fuera para comprobar que eran compatibles en ese aspecto. ¿Y ella?, ¿lo deseaba? Alguna vez tendría que ser la primera vez. Si tenía que tener sexo deseaba que fuese con Logan. Ese hombre era espectacular y se sintió atraído por él nada más verlo.

Solo pedía que la tratara con delicadeza, al menos la primera vez. Respiró hondo. Deseaba sentir como todas las mujeres. Sentirse como una mujer satisfecha. Tener relaciones y saber qué era un orgasmo con un hombre, y poder corresponderle. Y eso sí que le daba miedo con un hombre como Logan que seguro que sabía de sexo más que ella con diferencia y sentía no poder estar a su altura. Eso le preocupaba.

Le gustaba Logan desde que lo vio por primera vez en la agencia matrimonial por la mañana, deseaba tener intimidad con él. Quizá no tan pronto, pero respetaría sus decisiones.

De todas maneras, si se hubiesen casado por la mañana, hubieran tenido sexo esa misma noche. No debería preocuparse tanto.

Tampoco era tonta. Hoy en día sabía precisamente qué debía hacer. Lo que dudaba era si debía decirle que era virgen o callar y que lo descubriera él mismo. Casi optó por lo segundo. No creía que hubiera muchas vírgenes con veinticuatro años casi veinticinco. Pero, por suerte o desgracia, era una de ellas.

Ana se dio media vuelta y bajó por la gran escalera central. La parte de abajo de la casa tenía un gran despacho con un sofá que daba al patio trasero. Había una puerta con un baño completo al lado del despacho.

Al otro lado, una pequeña sala de lectura, o biblioteca, que también daba al patio a través de unos amplios ventanales.

Se dirigieron a la parte delantera de la casa. Allí encontró el gran salón comedor que vio al entrar, con un fuego ardiente en la chimenea.

Sin duda era la sala más grande de la casa, junto con la cocina que estaba en el otro extremo, y constaba de todos lo más novedoso el mercado.

Tenía una gran despensa y una bodega pequeña. Había taburetes alrededor de una isla inmensa y una mesa para cuatro comensales en un rincón de la cocina.

Conni entró en ella al terminar de acompañarla a ver la casa, recogió unas bandejas, limpió la isla y se dispuso a irse a su casa.

Conni le dijo que les había dejado comida en la nevera y en el horno, y que se iba a su casa, que si necesitaba algo más se lo pidiese, pero ella le dio las gracias.

No quería que se demorara si debía irse. Solo le quedaba por ver el patio y le dijo a Conni que ella sola lo vería.

Conni le dijo que tenían la cena en la cocina y se fue a su casa.

Cuando terminó su visita, se sintió cansada y se echó en uno de los sofás frente al fuego. Era octubre y hacía frío comparado con Cádiz.

Se quitó las botas y las dejó a un lado. Se tumbó en uno de los sofás, tomando uno de los cojines y una manta pequeña. Pensó en su nueva vida... y en Logan.

Podía ser que tuviese relaciones sexuales con ese hombre tan alto, guapo y sexy que iba a ser su marido. Si nada se lo impedía, así sería. Y seguro no tendría que esperar demasiado. Eso sí que la ponía nerviosa.

Se acurrucó en el sofá.

Le encantó el rancho. Tenía que explorarlo todo y buscarse un trabajo que hacer. Antes de quedarse dormida pensó que el despacho de Logan le había parecido un caos. Debería hacer algo.

Sonrió. Y se quedó dormida pensando en unos ojos azules transparentes como un raso amanecer.

CAPÍTULO TRES

Cuando Logan entró en casa, eran las seis de la tarde y el sol se estaba escondiendo en el horizonte, dando paso a un anochecer de colores anaranjados. La belleza del paisaje en el rancho cuando el sol se ocultaba era maravillosa, con las montañas y los prados de fondo, como un cuadro impresionista.

Logan estaba impaciente por hablar con Ana. Se dirigió a la casa, pero se encontró con Conni en el camino.

—Está dormida en el sofá, seguro. La he visto coger un cojín y una mantita, porque la pobre estará cansada. Seguro que un viaje tan largo la ha dejado destrozada.

—Has hecho bien. Yo me encargo luego.

—Ahora debo irme a casa. La cena la tenéis hecha. Se lo he dicho a ella.

Les dejó la cena en el horno y una ensalada en la nevera.

—Espero que le guste nuestra comida. Seguro que está acostumbrada a otra forma de cocinar.

—No te preocupes. Muchas gracias, Conni. Te lo agradezco. Ya verás que le gustará. Tú cocinas de maravilla —dijo Logan mientras sus pensamientos se dirigían hacia la chica que dormía en el sofá.

—Pues entonces, me voy ya. Mañana hablamos. Adiós.

—Adiós, Conni, hasta mañana.

Aunque Logan tenía muchas ganas de verla y hablar con ella, la dejó dormir mientras subió a la habitación para asearse. Se duchó, vistiéndose después con unos vaqueros limpios que marcaban sus largas piernas, una camiseta azul de manga larga y las botas nuevas que había reservado para la ocasión. Se echó colonia antes de bajar.

Se acercó al sofá donde dormía Ana y le pareció una sirena. Le gustaba lo que veía. Estaba echada en el sofá con el pelo recogido y una serenidad en el rostro que le gustó. Parecía sentirse bien. ¡Qué guapa era! Incluso con la manta echada por encima, le pareció vulnerable, y sintió un instinto primitivo de

protección.

Logan, fue a la cocina, sacó una cerveza y se sentó a observarla en el sillón que había al lado del sofá. Eran las siete de la tarde cuando Ana se despertó.

Ana se sintió aturdida. Se retiró la manta y sintió una mirada sobre ella. Dio un respingo. Se levantó de golpe y lo miró algo desconcertada. Cayó por un momento dónde estaba y con quién.

—Logan... —Sonrió.

—¡Hola, *Bella Durmiente!* —Él le devolvió la sonrisa.

Era un hombre guapísimo, pensó Ana. Alto rubio y con unos ojos azules tan transparentes y claros como el mar en un día de verano luminoso. Llevaba unos vaqueros que abrazaban sus caderas a la perfección.

Se sentó de nuevo lentamente mientras lo miraba.

—Por fin se despertó la novia.

—Lo siento, tenía sueño atrasado de tanto viaje. Debe ser el *jet lag*. Llevo dos días viajando —se excusó ella—. No sabía que viajar cansaba tanto.

Él asintió.

—Conni me ha dicho que te dejara dormir. —Se hizo un agradable silencio que Logan finalmente rompió—. Bueno, cuéntame, ¿qué tal el viaje? ¿Tuviste algún problema?

Por un momento, Ana se sintió fuera de lugar. Seguro que la había estado observando y no sabía qué había pensado sobre ella. Pero es que estaba tan cansada...

—Ninguno —dijo Ana sonriente y algo avergonzada. Se sintió intimidada por cómo la miraba—. Es el viaje más largo que he hecho en mi vida. Bueno, en el aeropuerto de Nueva York, casi me pierdo. Es una ciudad en sí mismo. Tuve que preguntar a mil personas antes de poder facturar las maletas. Pero lo conseguí. Nunca he salido de mi pueblo, así que problemas no, pero largo, sí.

—¿No? ¿Nunca has salido de tu pueblo? —preguntó incrédulo, abriendo los ojos, mientras sostenía la cerveza en la mano.

—Bueno, solo a la capital de la provincia —como supuso que él no lo

entendía...—, ya te lo explicaré alguna vez con un mapa. Tenía pensado ir a Madrid, la capital de España, donde vive mi hermana, pero al final, nunca pude ir por el trabajo. Y como surgió lo de la agencia... Siempre bajaban ella y su novio. Y yo siempre retrasaba mi viaje para ir a verlos.

—Está bien. Conni nos ha dejado en la cocina la cena y yo la verdad tengo hambre después de un día de trabajo. ¿Quieres cenar aquí o en la cocina? Como prefieras.

—En la cocina estaría bien.

Ana se levantó y vio que Logan la observaba.

—Las señoritas primero —dijo, haciéndole una reverencia para que pasara delante de él.

—¡Qué amable!

Avanzaron juntos hasta llegar a la cocina. Ana rebuscó en la nevera y encontró la ensalada que Conni les había preparado. Mientras él sacaba el pollo del horno, Ana puso los platos en la mesa. En silencio colocó la botella de agua sobre la mesa, y Logan sacó otra cerveza para él de la nevera.

—¿Qué te ha parecido el rancho? —Quiso saber Logan cuando se sentaron en la mesa.

—Pues la verdad, muy moderno —dijo sorprendida. Logan no supo muy bien cómo tomarse eso y ella le explicó—: Yo pensaba que venía a uno como las películas del Oeste que he visto en televisión.

Él se rio de sus ocurrencias. No podía negar que Ana le parecía agradable. Le gustaba su pelo largo y las facciones de su cara le resultaban preciosas, mientras hablaba desviando la vista a uno y otro lado para después centrar sus ojos marrones claros en él. Después estaba su cuerpo que a Logan le parecía ideal para el pecado. Le daba la impresión de que ella no era consciente de lo guapa que era.

Logan siguió escuchándola y se dio cuenta de que su futura esposa había venido dispuesta a hacer la comida y arreglar el ganado.

Quizá cuando puso el anuncio buscando esposa, era lo que quería que ellas pensarán. No que era rico, sino que tenían que trabajar y ayudarle para salir

adelante. Pero no tuvo éxito en ese sentido.

La gente se enteró de quién era, y eso que él no estaba en las redes sociales y la agencia le aseguró, una y otra vez, que ellos mantenían una discreción absoluta y mantenían una política de datos protegidos basados en la ley de Protección de datos.

—Las cosas han cambiado mucho desde entonces. Los ranchos no son lo que eran. Están bastante modernizados y hay inspecciones para asegurarse que todo se haga según la ley.

—Entiendo.

—Este rancho lo reformé cuando mis padres me dejaron al cargo y se fueron a Miami —le explicó—. Cuando pensé en tener una esposa, me puse manos a la obra con la reforma. Además, ya lo necesitaba. Cuando vinieron mis padres de visita, que suelen hacerlo en Navidad, se quedaron impresionados. Me gasté más de lo que había pensado, pero mereció la pena.

—Pues es precioso —le aseguró Ana—. Lo has dejado magnífico, por dentro y por fuera, por lo que he visto en la distancia. Me encanta el sitio, la casa... y ya investigaré los alrededores. ¡Y tendré que buscarme algo que hacer! —añadió resuelta—. No suelo estar sin hacer nada. Ya se lo he dicho a Conni. No voy a pasearme por el rancho ociosamente.

»Podría, con mis conocimientos, poner en orden el despacho, las entradas y salidas de material, comida, preparar las nóminas, etc. Tengo la carrera perfecta para saber hacerlo, o al menos intentarlo. ¿Me dejarías? Nunca he llevado un rancho y menos tan grande, pero sería un gran reto para mí. Claro, si no tienes un contable o un gestor que lo lleve.

—Nos dejó hace un par de meses y está todo desorganizado desde entonces. Las facturas amontonadas, algunas sin pagar y todo es puro desorden. Así que, ¡claro que sí!, futura señora Slater.

Ana se lo quedó mirando. Y él tuvo que admitir que le sonaba tan raro...

—Yo apenas tengo tiempo. Así que si lo deseas: eres la encargada de todo el papeleo de este rancho desde ya.

—¡Me encanta! Me hace mucha ilusión —dijo toda emocionada, juntando las

manos y sonriéndole—. No te preocupes, mañana empiezo. Te agradecería un montón tener algo útil que hacer. No sé estar sin hacer nada. Necesito estar ocupada. Ya verás que no te arrepientes de cómo lo gestionaré. Pondré en marcha mis conocimientos. Será otra cosa nueva para mí, un reto, ya que terminé la carrera hace unos meses.

—Mañana tenía previsto que fuéramos a la cabaña un par de días y así descansas y puedes ver parte del rancho. Claro, si te apetece.

—¿A la cabaña? —preguntó ella—. ¿Tienes una cabaña? —Cada vez se sorprendía más de las cosas que podía ver en ese rancho.

—Tengo una cabaña. Me encanta. Cuando era pequeño me llevaba mi padre y ahora voy cada vez que quiero desconectar. Podemos ir y quedarnos hasta el domingo por la tarde —dijo sonriendo, contento y esperando que fuera una sorpresa que le encantara a ella como le gustaba a él subir allá arriba a su sitio favorito—. Será una pequeña pre-luna de miel. Cuando se venda el ganado, ya estaremos casados e iremos a una luna de miel de verdad. Te lo prometo. —Ana asintió—. Y cuando volvamos de la cabaña, prepararemos la boda. ¿Qué te parece el próximo sábado?

—Lo que tú digas me parecerá bien. Si no estás arrepentido aún...

—Tú también puedes arrepentirte —le dijo mirándola a los ojos y derritiéndola por dentro.

—No creo que me arrepienta. Tengo buenas vibraciones —dijo sonriendo. Todo estaba saliendo de maravilla y ella se sentía satisfecha con todos los planes que Logan proponía—. Me gusta lo que he visto, Logan. Y he visto poco. Creo que estaré bien aquí. Es un sitio tranquilo y maravilloso y es lo que estaba buscando.

—¿Yo también soy lo que estabas buscando? —preguntó levantando un tanto la ceja.

—Bueno, no te esperaba tan alto y tan guapo —comentó bajando la vista tímidamente.

—¿Quieres uno más feo? —Él soltó una carcajada.

—Ahora que te he visto, casi puedo asegurar que no te cambiaría por nada.

Sería tonta si lo hiciera.

Ese comentario le sorprendió y le gustó al mismo tiempo. Quería decir que él también le gustaba a ella y eso era un buen comienzo en su relación, a pesar de la timidez que advertía en ella.

—¡Eres guapa! —exclamó—, que sepas que no quería una mujer con tacones altos, tipo modelo. Quiero una mujer trabajadora y con la que pueda hablar de todos los temas y sepa mirar por el rancho y por mí en todos los sentidos.

—Gracias, lo intentaré —dijo, porque creía que en ella había visto todo eso y más. Se puso roja y Logan se dio cuenta de ello.

Cuando terminaron de cenar y recogieron la mesa, volvieron frente salón al lado del fuego.

—¿Quieres beber algo?

—No bebo, ni fumo, salvo algún refresco o cerveza sin alcohol... —Se quedó en silencio—. Pero eso ya lo sabías, ¿no? Lo puse en el cuestionario.

—Sí. Pero se miente mucho en los cuestionarios. —Se quedó mirándola. Esperaba que fuera tan sincera como parecía—. Yo no fumo tampoco, ni bebo. Suelo tomarme alguna cerveza o dos en la cena y no siempre. —Se hizo el silencio por unos instantes, hasta que él mismo lo rompió—. Y ahora... háblame de ti.

—¿De qué tema? Porque en una noche no puedo contártelo todo, si no, no tendríamos nada de qué hablar después.

—Háblame de los hombres que hayan pasado por tu vida. Ese es el tema que me gustaría tratar esta noche. O si prefieres otro... —le dijo al ver que ella vacilaba.

—No, no es que no quiera hablar de ello. Solo que es tan corto... —dijo tímidamente—. No hay hombres en mi vida. Necesitaba tener una familia, otra vida. Estaba cansada de no tener una propia. Cuando mi hermana se fue a la capital, pensé en venir a Wyoming. Estuve trabajando en mi pueblo para una pareja mayor que eran de aquí, del este y me hablaron tan bien de esto... Me enseñaron a hablar inglés, y a amar este lugar antes de conocerlo. Lo hicieron tan bien que al final quise venir a vivir aquí.

Logan no podía creer que esa mujer tan guapa no hubiese encontrado un hombre que le gustase y hubiese tenido que viajar tan lejos solo por haber conocido a una pareja de personas mayores que eran de Wyoming. Era inconcebible.

—Pero a lo que me preguntas, no he tenido tiempo de salir con hombres. He estado siempre trabajando. Mi hermana y yo nos quedamos solas al morir mis padres y tuve que hacerme cargo de ella. Yo solo tenía dieciocho años.

Él la miraba con incredulidad, porque con lo guapa que era, no concebía que fuera posible que un hombre no se hubiese fijado en ella. Él había estado excitado desde que la vio dormir. Quizá se debiera a que hacía más de seis meses que no se acostaba con ninguna mujer y Ana le gustaba. Algo que no había podido evitar comentarle a Jack esa mañana.

—¿Y tú?, ¿qué tal en ese sentido?

—¿De hombres? Hombres, ninguno. —Ella se rio con ganas—. Mujeres desde que fui a la universidad. Tuve alguna novia. Después, solo sexo, pero me he cansado de ese tipo de relación, quiero una mujer para mí, que me sea fiel, sincera y que quiera formar una familia y vivir aquí. Si es tan guapa como tú, es un añadido.

Ana se sonrojó de nuevo.

—Estoy cansado, ¿nos vamos a dormir?

Ana abrió mucho los ojos. Pensó en lo que pasaría a continuación y sintió vibrar su cuerpo, entre el miedo y la inexperiencia que tenía. Estar desnuda con ese hombre podría ser para ella la experiencia más increíble que había tenido en la vida. Más incluso que haber llegado hasta allí. Aun así, le preguntó:

—¿Quieres acostarte conmigo hoy mismo? ¿Sin estar casados aún? —preguntó sorprendida—. Quiero decir que Conni... me enseñó la habitación y he metido mis cosas y mi ropa en la habitación principal.

Él guardó silencio un momento, como estudiándola y se dijo que lo mejor sería ser directo. No había tenido sexo hacía muchos meses y quería saber si en ese aspecto eran compatibles. Era importante para él y ella lo atraía como un imán. Se sentía excitado.

—Sí, quiero acostarme contigo. ¿Y tú? Eres mi futura mujer y me gustas mucho y la intimidad es parte fundamental de esta relación. Además, falta una semana para casarnos. Sería bueno comprobar si somos compatibles en ese sentido. ¿No estás de acuerdo?

Ana pareció pensárselo. Esa propuesta era bastante fría, pero al parecer Logan era un hombre impulsivo y también hábil y experimentado y quería tener todos los cabos atados. No se lo reprochaba, quizá fuese bueno para ella también saber si era compatible con ella.

—Si no lo estás, podemos esperar a estar casados. Pero sería bueno para los dos. Quizá yo no te satisfaga y te lo pienses mejor. Y te vuelvas a España. O a lo mejor no te gusto en ese aspecto.

—Sí. Sí que me gustas, eres muy guapo y atractivo. Pero me intimidas un poco. Acostarme con un hombre que acabo de conocer es para mí algo inusual. No suelo hacerlo

Él le regaló una sonrisa deslumbrante.

—No tengas miedo. No solo soy un hombre que acabas de conocer, sino un hombre que va a ser tu marido en lo bueno y en lo malo para toda la vida. Además, solo me he comido una docena de mujeres, nada más. —Intentó bromear para quitarle hierro al asunto—. ¿Nos vamos arriba? Y ya vemos qué hacemos. Sería bueno que nos conociéramos a otro nivel. —Y realmente lo decía en serio—. Te advierto que duermo desnudo y me gustaría que mi pareja también lo hiciera.

—Te pido paciencia. Estoy muy nerviosa —le confesó—. Es algo que no he hecho nunca. Conocer a un hombre y acostarme con él en el mismo día. —*Ni en el mismo ni en ninguno*, pensó Ana.

Ambos se dirigieron hacia el dormitorio. Ana subió las escaleras que daban al piso superior mientras su cuerpo temblaba. No era su intención, pero subía los escalones como quien va al matadero, pero él le tomó la mano, se la apretó y le dio seguridad y confianza. Supo que la trataría bien. Qué pensaría cuando se diera cuenta de que era...

Conforme entraban en el dormitorio, Ana, supo que necesitaba unos momentos y no sabía de qué hablar.

—Me gusta la habitación. Es preciosa. —No se le ocurría con los nervios qué decir y él se daba cuenta y sonreía.

—Sí, a mí también me gusta. Se decoró pensando en una pareja. —Siguiendo su conversación, pero sentía sus manos sudar y temblorosas en la suya.

—Si me disculpas, ahora vuelvo.

—Te espero. No hay prisa —le dijo, intentando tranquilizarla.

Entró al baño y se puso un camisón de los que le había elegido su amiga Amalia, no de los transparentes, ya que aún no tenía tanta confianza como para eso. Pero sí uno bonito. Era corto, por encima de las rodillas, a juego se puso un tanga diminuto. Suspiró cuando se vio en el espejo del baño.

Pensaba en si le gustaría su cuerpo, si a ella, le gustaría el suyo. Sabía que sí de antemano. Era un hombre espectacular. Tenía miedo.

Al salir del baño, Logan la estaba esperando. Lo vio recostado en la cama con los brazos cruzados. Iba vestido solo con unos slíps y había apartado la ropa de cama. Estaba espectacular, como lo había imaginado y se quedaba corta. Su cuerpo parecía de acero, su pecho duro y sus anchas espaldas le parecían maravillosas. A Ana le dio vergüenza mirar más debajo de su abdomen.

—¡Estás preciosa! La espera ha merecido la pena. —Mirándola de arriba abajo.

Se acercó a la cama, se sentó en ella y lo miró mordiéndose el labio inferior. Estaba temblando. Fue entonces cuando Logan se acercó y le dio un beso cálido en los labios, al principio un simple roce, mientras le acariciaba el pelo.

Ana no sabía qué hacer y se quedó quieta, mientras dejaba que él la guiara. Volvió de nuevo a presionar los labios contra los de ella. Con insistencia y ternura la siguió besando hasta que el beso se hizo cada vez más apasionado.

Poco a poco, Logan le hizo perder el sentido. Su lengua exploraba la boca de ella en una danza sin fin.

Ana pensó que ese hombre, que iba a ser su marido, la estaba desarmando. Besaba como los ángeles. Dejaba su huella en ella como un huracán ardiendo.

Le levantó el camisón y tocó sus pechos que lamió y mordisqueó, mientras ella se derretía de placer. Si el amor era eso, ella estaba en el séptimo cielo, no

debía temer nada.

Sintió los besos de Logan por todas partes, y ella se aferró a los hombros y al cuello de su futuro esposo, para después acariciarle la espalda apasionadamente. Le bajó el tanga, lo que le sorprendió.

Se esperaba que llevara ropa interior menos sexy, ya estaba demasiado excitado para eso y se quitó los slips. Se quedaron desnudos frente a frente.

—Mírame y tócame —le dijo Logan en un tono suplicante de necesidad.

Ella miró, y se asombró de su sexo, grande, duro y erguido para ella y entonces sí tuvo un poco de miedo. Lo tocó y le pareció terciopelo.

Miró a su hombre que tenía los ojos cerrados mientras ella lo tocaba. Decidido se colocó encima de ella que abrió las piernas para recibirlo. Volvió a besarla y la acarició íntimamente, mientras se movió suavemente sobre ella. Y Ana gemía ante el contacto de sus manos en su sexo.

Cuando él empezó a penetrarla. Estaba muy excitado, pero le dio a entender quería hacerlo lentamente. Ella se agarraba a él, esperando lo desconocido.

—Relájate, cariño. —Derramó las palabras en su oído para poco después besarle el cuello. La vio toda contraída, que Ana no podía relajarse.

Ella intentó hacer lo que le pedía, relajarse y disfrutar del momento. Cuando él empujó de nuevo para penetrarla encontró un obstáculo que le impedía avanzar. Se quedó quieto y la miró a los ojos, asombrado, supo que era virgen.

—¿Quieres que siga? ¿Te hago daño?

—Sigue, por favor...

Se abrió paso en su interior, le dolió un poco, pero se le pasó enseguida y cuando él inició un movimiento rítmico llenando el espacio en su interior, Ana empezó a sentir cosas que nunca antes había experimentado. Gimió con cada embestida de Logan y no supo cuando gritó su nombre, porque había alcanzado el clímax justo cuando él se vació en ella.

Cuando las respiraciones se acompasaron, Logan se levantó, abandonó la cama y fue el baño. De regreso le trajo una toalla pequeña y la limpió con ella. Ese acto le pareció un acto de amor maravillosamente delicado. Luego, la atrajo hacia sí y la abrazó con su cuerpo. Echó la ropa de cama sobre ellos y se

arroparon.

Permanecieron un rato en silencio. Él tenía mucho que preguntarle.

—¿Por qué? —preguntó en un susurro.

—Porque nunca he conocido un hombre especial —respondió, sabiendo exactamente a qué se refería—. De hecho, eres el primero que me besa y me toca.

—Eres una especie en extinción. ¿Lo sabes? —Él se había quedado anonadado con lo ocurrido.

—Sí, más bien soy un bicho raro. Nadie es virgen a mi edad, ¿verdad? A lo mejor te he defraudado.

—No —dijo sincero—, aunque nos queden unos días para sellarlo en un papel para mí ya eres mi mujer. Una mujer preciosa y mía del todo.

—Entonces, ¿no estás decepcionado?

—Al contrario, era algo que no esperaba y si te soy sincero, nunca me he acostado con una virgen, pero no estoy para nada decepcionado. Me puedes llamar anticuado, pero siento que eres mía solamente. Y si no sabes nada de sexo... Aprenderemos juntos.

Quedaron abrazándose en silencio unos instantes.

—Hoy ha sido una noche especial y te agradezco el regalo que me has hecho.

—¿Te he gustado de verdad? —dijo con una inocencia que a Logan le enterneció. Sintió una vena de ternura y protección que nunca había experimentado antes.

—Para ser la primera vez ha estado perfecto, pequeña. No te preocupes. La práctica nos llevará a hacer el amor de forma sublime.

—¡Eres perfecto! ¡Ha sido perfecto! No sabía que pudiera sentir eso con nadie. Pero tu cuerpo, me encanta.

Él soltó una carcajada.

—No, no soy perfecto. Tengo muchos defectos como todo el mundo. Y tu cuerpo sí que me pone a mí a mil.

—Me parece extraño todo esto —dijo, como si aún no se lo creyera—. Conocerme, hacer el amor y estar así contigo. Pero es como si te conociera de toda la vida. Nunca había sentido una conexión así.

—Sí, he de reconocer que lo nuestro no es muy normal. Pero es una forma como otra cualquiera de casarse y conocerse. Pero reconozco que hay mucha química sexual entre nosotros.

—¿Sabes?, cuando me elegiste, me sentí alegre, contenta, ilusionada. Pero tengo una amiga, Amalia, que me decía: “Si es feo o es un adefesio te vuelves. Si es un obseso sexual, también, o me llamas y voy”. —Se rieron juntos—. Me has tenido todo el viaje pensando cómo eras. Y cuando llegamos a la agencia pensé cuando te vi, que me mandarías de vuelta.

Logan rio por lo absurdo que le parecía esa opción.

—La primera impresión que tuve de ti es que eras impresionante —acabó diciendo Ana.

—Eres pequeña y graciosa. ¡Me encantas! —La apretó más contra sí y suspiró—. Tener que ir a España a buscar una mujer... debo estar loco.

Ana lo abrazaba por la cintura y Logan acariciaba uno de sus pechos. En un momento le pellizcó el pezón. Ella lanzó un suspiro cuando volvió a excitarse. Sintió la otra mano de Logan bajar hacia su sexo, abriendo sus pliegues y moviéndola sensualmente. Ana estaba expectante por lo que ocurriría.

—¿Lo vamos a hacer otra vez?

A él le pareció encantadora su ingenuidad y siguió moviendo sus manos mientras la besaba. Ana se volvió valiente y se atrevió a tocar su sexo, largo y duro, estaba excitado. Pudo sentir cómo a Logan le gustó mucho su atrevimiento.

El orgasmo fue tan intenso como inesperado y él aprovechó para entrar en ella y hacerle el amor más apasionadamente que antes. Hizo que ella siguiera su ritmo y consiguieron un orgasmo al unísono que los llevó a una dimensión desconocida para ella.

—Si esto es hacer el amor, creo que me acostumbraré fácilmente —le dijo enterrando su rostro en el cuello de Logan—. Me va gustando esto. Es como un

gusanillo que te atrapa.

Logan se rio. Su futura mujer era graciosa y tenía chispa. Le gustaba que ella respondiera a sus caricias con las mismas ganas que él.

Tenía que reconocer que nunca pensó que esa mujer podría encajar tan bien con su cuerpo. Y aunque era inexperta en temas sexuales (algo que egoístamente lo complacía), era una persona abierta y extrovertida.

—Me gusta tu piel —dijo somnoliento—. Creo que deberíamos dormir un poco. Mañana sábado, madrugaré para dejar listo el tema de los animales y ver qué chicos se van a quedar el fin de semana de guardia. Tú puedes quedarte un rato más en la cama.

Ana se pegó más a él con los ojos cerrados, satisfecha de cuanto había sucedido entre ellos. Se sentía feliz.

—Después de lo de esta noche, no quiero que te canses. Vendré sobre las siete y dormiremos un poco más, luego le diremos a Conni que nos prepare comida para pasar el fin de semana.

—Lo que tú digas. Si es que puedo moverme mañana.

—Te moverás. —Se carcajeó él—. Haré que te muevas temprano. Ya tendremos tiempo de enseñarte el rancho y el trabajo que hacemos. Si te interesa —añadió.

—Claro que me interesa. Me gustaría estar al tanto de todo si voy a llevar la contabilidad. Miraré todo, conoceré a los chicos y me pondré al día con ese desorden que tienes en el despacho.

—¡Esa es mi chica! —Abrazándola contra su cuerpo.

La besó y se acurrucó contra ella. Le gustaba su calor y su olor fresco y su piel suave. Se quedaron dormidos.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, Logan ya no estaba en la cama, pero cerró los ojos y siguió durmiendo un poco más. Entre el viaje y la noche de pasión con Logan, no se sentía los huesos del cuerpo. Y cuando volvió a despertar, él se había duchado y se estaba metiendo en la cama con ella de nuevo.

—¡Ay, qué frío estás!

—Vengo a que me caliente una mujer latina. ¡Ven aquí!

Y ella estaba dispuesta a repetir lo de la noche anterior. Era extraño cómo en un día habían llegado a tener esa compatibilidad en muchos sentidos. Eran abiertos y extrovertidos, tenían el mismo sentido del humor y Ana deseaba a ese hombre con todas sus fuerzas.

Había descubierto el sexo y ahora quería aprender a darle placer. Y aunque era inexperta, le gustaba tomar la iniciativa en todas las cuestiones y esta no estaba dispuesta a dejarla pasar.

Se dio la vuelta hacia él y se atrevió a acariciarle el pecho, a besarlo en el cuello y en los labios... Fue bajando su mano hacia su sexo, que respondió enseguida a su tacto.

—¡Estás jugando con fuego, latina! Aprendes rápido.

—Tú tienes la culpa. Has abierto la caja de Pandora —dijo riéndose juguetona.

Lo acarició y Logan la atrapó entre sus brazos, haciendo que se pusiera sobre su cuerpo, para que cabalgara sobre él. La penetró llenándola con su pene.

Ella lo ponía a cien. Logan pensó que quizá fuera que hacía mucho tiempo que no tenía una relación sexual. O bien significaba que esa pequeña inexperta se había convertido a sus ojos en la reina del sexo.

Lo que sentía con ella no recordaba haberlo sentido con ninguna otra mujer. Aún se sentía aturdido por la intensidad de sensaciones que compartían. Si no tenía cuidado se convertiría en un vicio y estaría todo el día deseando que llegara la hora de poseerla.

Le hizo el amor apasionadamente. Y así con un deseo voraz, moviéndose dentro de ella, llegaron de nuevo a un clímax explosivo.

—¡Madre mía! Hoy cuando me levante, no voy a poder andar, seguro.

—¡Pobrecita! Yo tendré la culpa —le dijo riendo—. Vamos a descansar un rato más.

Dejaron pasar unos minutos, hasta que sus respiraciones se calmaron. Tras un rato que permanecieron en silencio, Ana le dijo a Logan, mientras acariciaba

su pecho delicadamente:

—Tengo que decirte algo, Logan —dijo de pronto.

—Dime, pequeña.

Intrigado por lo que pudiera decirle, la miró con preocupación. Se puso serio y apoyó un codo en la almohada mirándola.

—Tomo pastillas anticonceptivas, por eso no te he pedido que te pusieras preservativo, a pesar de nuestros análisis, los que nos exigió la agencia —le explicó—. No sé si eso te molesta. Pero no sabía a qué me enfrentaba y prefiero que, si nos va bien como matrimonio, y nos enamoramos y queremos tener hijos, sea porque lo decidamos los dos. No quiero que pienses que quiero atraparte como esas mujeres que dices que venían pensando en ser ricas —le dijo preocupada de que Logan pudiera pensarlo—. Algunos hombres piensan eso.

Logan quedó en silencio un tiempo que a Ana le pareció eterno.

—Yo no soy algunos hombres y no creo que tú seas una de esas mujeres. Me alegro de que me lo digas —le confesó—. Yo opino igual que tú. Salvo en una cuestión. Creo que el amor está sobrevalorado. Nunca me he enamorado y creo que nunca lo haré.

Ana contuvo el aliento mientras pensaba en lo que Logan le acababa de decir.

—Eso es muy triste y me decepciona un poco —tuvo que confesarle—. Pero al menos espero que nuestra convivencia sea buena. Si no nos enamoramos, seremos amigos y confidentes compartiendo sexo. Lo más importante es que nos respetemos y nos seamos fieles. Eso es para mí lo más importante. Y que me trates bien. Tenía miedo y era algo que me preocupaba cuando tomé la decisión de venir aquí.

Logan le apartó un mechón de la cara y la miró con ternura.

—De eso no te quepa la menor duda. Sé tratar bien a una mujer, y más, cuando es la mía. Te respetaré y cuidaré de ti. Te seré fiel y espero lo mismo de tu parte. Esos serán nuestros votos. Es lo mínimo que podemos hacer para que este matrimonio funcione. —De pronto sonrió y su humor pareció mejorar

visiblemente—. ¡Y ahora a dormir un poco más!

Le dio una palmada en el trasero mientras le daba un beso fugaz en los labios.

—¡Ay! Es una buena forma de empezar a tratarme bien —dijo riendo.

—Me gusta jugar. Tendrás que acostumbrarte, pequeña.

—Bien. —Asintió contenta—. Tú lo has querido. Me vengaré en algún momento.

Logan soltó una carcajada hasta que volvió a apretarse contra ella.

—Mmmm, ¡qué bien hueles! —Enterró su cara en los cabellos de Ana.

Se quedaron dormidos hasta que el sol estuvo en lo alto.

CAPÍTULO CUATRO

Cuando se despertaron, era tarde. Se vistieron con algo de prisa. De todas formas, desayunaron en la cocina y recogieron la comida que Conni les había preparado.

—¡Conni! —exclamó Ana—. Nos has puesto comida para un regimiento. Mira que solo vamos dos días.

—Conni es muy exagerada. Tendrás que acostumbrarte a ella y a su cocina —le dijo Logan mientras recogían la comida que la cocinera les había preparado en la cocina—. Te aconsejo que no te metas en su terreno. ¿Verdad, Conni?

Conni asintió sonriendo, mientras terminaba de recoger las bolsas con las que le había metido la comida y que se hallaban en la encimera. Ana la miraba y quiso ayudar a Logan a llevar la comida, pero este no la dejó.

—¡Cómo lo sabe! —Le guiñó un ojo—. La señorita tiene que comer mucho ahora.

Ana parpadeó dándose cuenta de que le había dado un doble sentido a sus palabras. Sin querer pensar mucho en ello y con una amplia sonrisa, ella y Logan se pusieron en marcha.

Cuando salieron en busca del todoterreno, Logan le dijo:

—Eso te lo ha dicho con doble intención. —Logan la agarró de la cintura mientras avanzaban hacia el vehículo—. Sabe que voy a dejarte exhausta.

—¡Exagerado! —Le dio una palmada en el trasero mientras reía.

—Pero ¡qué vengativa eres! Anda, sube.

—Me gusta tu trasero, tengo un hombre guapo y que está muy bueno. —Le guiñó un ojo continuando la broma—. Tengo que aprovecharme.

Logan soltó una carcajada.

—Eres la leche —le dijo divertido—. No eres lo que esperaba. Te devolveré —dijo riéndose con ella.

—Me gusta tu sentido del humor —dijo acercándose a ella e intimidándola.

—¿Solo eso? —Ella puso las manos en las caderas como una buena vaquera, sin miedo a ese hombre alto e intimidante.

—No me tientes, latina. Ni me provoques. Eres muy pequeña para eso. Espera que lleguemos a la cabaña.

La cogió en brazos y ella se rio a carcajadas.

—¡Tonto, puedo yo sola! —exclamó agarrándose a su cuello.

La metió en el todoterreno.

—Me gusta cogerte. No pesas nada y eres pequeña y manejable.

Y entre bromas emprendieron el viaje hacia la cabaña, mientras Conni los observaba a través de la ventana de la cocina.

Se rio cuando Logan la cogió en brazos y la metió en el todoterreno. Meneó la cabeza y pensó que aquello llevaba buen camino. Le gustaba la pareja que formaban Ana y Logan. Mucho.

Subieron con el todoterreno por el camino de tierra que llevaba a la cabaña.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —preguntó Ana.

—En unos tres cuartos de hora estaremos allí. —La miró mientras conducía.

Ella se quedó pensando que su rancho debía ser enorme para tardar tanto en recorrerlo. Pero el paisaje era una preciosidad.

—¿Tan grande es tu rancho?

—Tan grande es nuestro rancho —afirmó, incluyéndola de alguna manera en esa vida juntos que iban a construir—. Tardaríamos en recorrerlo dos días enteros. Lo atraviesan dos riachuelos. Uno lo verás cuando lleguemos a la cabaña. Esta es tierra de pastos. La parte de la cabaña es más arbolada. Para disfrutar. —Logan siguió hablando con orgullo de ese lugar—. Esa cabaña la hicieron mis padres cuando yo era pequeño y desde siempre era mi sitio favorito. Cuando subíamos algún fin de semana que mi padre no tenía tanto trabajo, yo dormía en un sofá cama y bajaba al arroyo a jugar. Ahí he sido muy feliz, por eso es muy importante para mí y te traigo para que lo conozcas. Cuando reformé la casa el año pasado, también reformé la cabaña y la equipé de todo lo necesario. —Parecía como si le contara algo muy íntimo—. Ya lo necesitaba, cuando quiero hacer una escapada y estar solo vengo un par de días o paso una noche y me renuevo. Suelen limpiarla cuando vienen los equipos de limpieza cada dos meses. La encontraremos en condiciones.

Iba escuchándolo maravillada mientras admiraba el paisaje de la tierra que los rodeaba y los árboles que de vez en cuando aparecían en la gran pradera. A lo lejos había un grupo de vacas pastando y un par de vaqueros supervisando el ganado. El cielo no podía ser más azul.

Miró a su futuro marido. Se dio cuenta de que Logan era un hombre detallista y organizado, excepto en el despacho, pero ese no era su terreno, pronto sería el suyo.

Sin embargo, era muy trabajador y ponía su corazón en todo lo que hacía. Le iba gustando la faceta de ese hombre tan guapo que ya consideraba suyo desde la noche anterior.

Logan se preocupaba por todo: por la gente, por el rancho, por el ganado y ahora por ella. ¿Por eso había modificado la casa y la cabaña? Creía que sí, quería que la mujer que estuviera con él fuese lo más feliz posible y no le faltara nada. Y eso, decía mucho de un hombre.

Hacía frío fuera, pero ellos estaban calentitos en el todoterreno gracias a la calefacción.

—La vista es maravillosa, Logan. Me encanta. Esto es precioso, la naturaleza, las montañas a lo lejos...

—Sí que lo es —dijo mirándola, pero ella no se dio cuenta.

—Ya me lo advirtieron mis jefes y no se equivocaron. Me dijeron que ya no volvería más a Cádiz y me parece que tendrán razón. Me gusta la playa, pero la montaña es preciosa.

Todo le parecía maravilloso y estaba entusiasmada. Iba hablando con Logan, señalándole esto o aquello. Estaba disfrutando del camino y él se sintió orgulloso y sonreía por cómo ella veía todo, con un optimismo exacerbado.

Era una mujer que se acostumbraría al campo, y no solo eso, sino que se enamoraría del lugar, como él. Ya lo estaba por cómo se comportaba y miraba todo. Y eso es lo que siempre había buscado. Supo que era ella, que no se había equivocado al elegirla en ningún sentido. Le puso la mano en la pierna y ella se la agarró apretándola con cariño, pero siguió hablándole de lo que veía.

—¡Estás entusiasmada!

—Sí, es mejor de lo que pensaba. Me gusta, me gusta mucho —dijo sincera—. Cuando pensé en venir hasta aquí, creía que era una tierra preciosa, pero hasta que no he llegado y la he visto, no me he dado cuenta de que de verdad lo es.

Se apretaron las manos y se miraron en silencio por unos segundos. Después Logan le señaló algo al final del camino.

—Mira, Ana, allí está la cabaña. —Notó orgulloso en su voz.

—¡Está hecha con troncos de madera!

—Sí. Así es, con troncos de madera, como se hacen todas las cabañas. —Él sonrió como si no supiera que le resultaba tan extraño.

—Como en las películas. —Con la boca abierta admiró lo bonita que era.

—Como en las películas —convino Logan riendo más fuerte—. Cuando lleguemos voy a ver si hay troncos suficientes para encender el fuego o tendré que cortar algunos más. Hace un poco de fresco y cuando anochezca hará más frío.

Cuando aparcaron frente a la casa, Ana la miró embobada, pero apenas pasaron unos segundos se dispuso a recorrerla. La cabaña a primera vista estaba formada por un salón con chimenea, una cocina pequeña y abierta al salón, pero

equipada con todo. Una mesa de madera con dos sillas. Al fondo, dos puertas daban una al dormitorio y otra al cuarto de baño. Era pequeña, pero estaba decorada con buen gusto.

En la cocina encontró latas y bebidas en los estantes. Enchufaron la nevera y la llenaron con la comida que Conni les había preparado. En el dormitorio, Ana colocó la ropa y quitó el escaso polvo que había encontrado. Cuando quiso darse cuenta, Logan estaba cortando más leña para que no les faltara durante la noche.

Cuando ella acabó, salió a dar un paseo alrededor de la cabaña y entró corriendo mientras Logan estaba encendiendo el fuego.

—¡Logan! Hay una especie de jacuzzi con agua caliente fuera —dijo toda alterada y entusiasmada.

—¡Qué loca! —exclamó sonriendo al ver que no corría peligro—. Me habías asustado. Es una especie de jacuzzi natural. Aquí hay muchos.

—¿Y siempre está el agua caliente?

—Siempre. Está a una temperatura para meterte y bañarte. Así son los jacuzzi naturales que tenemos en el rancho. Hay unos cuantos repartidos por la zona.

—Perfecto. Voy a meterme ahora mismo. —Y se fue corriendo al baño.

—¡Qué mujer! —dijo meneando la cabeza de un lado a otro, mientras sonreía—. Cuando acabe con la leña voy contigo.

Se metió en el cuarto de baño, se desnudó y se puso uno de los dos albornoces (el más pequeño) que había colgados tras la puerta del baño. Salió corriendo después de atarse las zapatillas.

Logan la vio pasar corriendo con el pelo sujeto en un moño alto. Se rio viéndola comportarse como una niña con un caramelo en la feria. Tenía mucho que descubrir de esa mujer que la vida le había enviado. Bueno, más bien la agencia matrimonial.

Era una mujer muy cercana, besucona, que abrazaba a la gente. Abierta y alegre. La oyó chillar de alegría y se la imaginó metiéndose en el jacuzzi. Movi6 la cabeza sonriendo.

Cuando Logan terminó de cortar la suficiente leña, se metió en el baño para ponerse el albornoz. Instantes después se fue a buscarla.

La vio con los ojos cerrados disfrutando del jacuzzi. Disfrutaba de todo lo que la rodeaba.

¡Cuántas cosas le faltaban por conocer de ella! Y ella por conocer las de él.

—¿Me hace sitio la señorita? —le dijo mientras se abría el albornoz y se quedaba cubierto tan solo con unos slips.

—Perdone, señor —dijo ella fingiendo sorpresa—, pero no lo conozco lo suficiente como para que se meta aquí conmigo... desnudo.

—Me llamo Logan. —Él puso la mejor de sus sonrisas—. Nos conocimos anoche. Y no estoy desnudo. Llevo calzoncillos.

—¿En serio? —preguntó alzando una ceja—. En ese caso, le haré un hueco, pero que sepa que yo estoy desnuda. Tenga cuidado.

Él entró en el jacuzzi y se acercó a ella. Cuando la tocó, se dio cuenta de que estaba desnuda de verdad.

—¿Y se mete en el agua desnuda con desconocidos? —preguntó quitándose los calzoncillos y tirándolos fuera del jacuzzi.

—Solo si son guapos y sexys.

Abrió las piernas para él, que estaba ya excitado. Logan se arrimó a su sexo y la pegó a la pared del jacuzzi agarrándola por las caderas. Ella lo abrazaba por el cuello y él le mordisqueó los pezones. Cuando Ana le tocó el trasero duro y prieto, lo atrajo hacia ella con ojos oscurecidos de deseo.

—Creo que estás aprendiendo rápido, pequeña latina. —Avivándola con calientes embestidas.

—Tengo un buen maestro que me excita bastante —dijo gimiendo y aferrándose a su espalda para pegarlo más a ella.

Logan la penetró más profundamente. Ella gritó de placer y se acomodó a su ritmo frenético y salvaje.

Era puro y delicioso sexo y ella le acompañó como si fueran uno hasta quedar exhausta junto a él.

—¡Eres perfecta! —gimió en su oído—. Esto es perfecto. Eres lo que estaba buscando. Ahora sé que sexualmente somos compatibles. Además de tener un cuerpo que me excita bastante, el sexo contigo es especial. Para no tener experiencia, eres puro fuego. Te deseo tanto... me tendrás detrás de ti como un perro fiel todo el día.

—¿Lo dices en serio? —preguntó algo sorprendida.

Besándola en los labios una y otra vez siguió hablándole dulcemente:

—Créelo, lo digo muy en serio.

—Pero tú si has estado con muchas mujeres y yo no tengo experiencia.

—Eso es lo que más me gusta de ti, que solo has sido mía. Y no serás de nadie más.

—¡Machista! —Le dio un empujón en el brazo, y le echó agua en la cara jugando, pero él la abrazó y la besó apasionadamente.

—Lo digo en serio, Ana. No quiero que nadie te toque salvo yo.

—No tengo la menor intención de tener a nadie más. Y tú tampoco tendrás a nadie más. Así, estaremos a la par. Eres mío. Tú, celoso, yo, celosa.

—No he tenido tantas mujeres como piensas. Tampoco he sido un santo, pero tú eres distinta. Encajas en mi cuerpo. Estás hecha para mí, me respondes y no finges —dijo, pensando en lo mucho que le gustaba hacer el amor con ella—. Respondes a mis caricias sinceramente, sin ambigüedades. Y me gustaría estar casado contigo.

Ella se emocionó con sus palabras y lo besó porque también era suyo.

Jugaron un poco en el agua, riendo y acariciándose. Al rato, salieron a comer algo. Conni les había hecho una empanada y una ensalada.

Al volver a la pequeña cabaña, estaba caldeada y se sentaron al lado del fuego. Y comieron con avidez lo que Conni les había preparado. Después de que Ana recogiera los platos y Logan se ocupara de meter dentro la leña...

—¿Quieres ver la tele? —le preguntó Logan acomodándose junto a ella en el sofá.

—No, quiero estar aquí contigo, tranquila y en silencio. Esto es paz. Contigo,

me siento protegida, segura y relajada.

Estuvieron abrazados en silencio un buen rato mientras contemplaban las llamas del fuego. Ana se tumbó en el sofá y puso la cabeza sobre las rodillas de Logan que acarició su pelo con deleite.

—¿Crees que lo nuestro saldrá bien? —le preguntó ella algo insegura.

Logan puso cara interrogante y esperó a que ella le hablara de sus temores sin preguntar nada.

—Verás, vengo del otro lado del mundo, tengo costumbres distintas y otra cultura diferente a la tuya. No tengo experiencia con los hombres, ni mucho menos en ranchos. ¿No crees que es una locura? —Reflexionó ella—. A veces me da miedo. Miedo de no estar a la altura, a tu altura, a lo que exiges de una esposa. Ahora mismo estoy muy bien y me da miedo que estos momentos cambien. Que no me apoyes o no me ayudes, o que no encaje en tu vida. Que me enamore de ti y luego tenga que irme.

Logan siguió acariciándole el pelo, conmovido por lo que le decía.

—Vamos, pequeña latina, no pienses tanto, no te agobies —le dijo con una sonrisa que ella no pudo ver—. Iremos poco a poco y el tiempo dirá. Te integrarás en el rancho, que es a partir de ahora nuestro. Lo que yo tengo es tuyo. Vas a ser mi mujer y voy a hacer que esto funcione. Pondré todo de mi parte.

Después de unos segundos de silencio, Ana empezó a sentirse mucho más segura.

—Generalmente nunca me rindo y tú me gustas mucho —dijo Logan—. Me excitas y me vuelves loco. No quiero que pienses tanto, déjate llevar, ¿vale? Y ya veremos lo que la vida nos depara.

—Gracias, Logan. Te lo agradezco, en serio. Eres muy generoso, pero de todas formas... hubiera preferido que fueses más pobre.

Eso le valió a Logan una sonora carcajada.

—¡No me lo puedo creer! A todas las mujeres les gustan los hombres ricos.

Ella se incorporó para mirarle y se encogió de hombros.

—Soy rico, pero porque trabajo mucho. Y tengo que darles una manutención mensual a mis padres por haberme dado el rancho. Ya lo sabes. El resto es nuestro y trabajaremos duro para conservarlo. Tú, con las cuentas y yo con todo lo demás. El rancho ya es muy próspero, pero lo haremos más. Tengo confianza en ti. Serás mi mano derecha.

Ella no pudo parar de sonreír mientras le escuchaba hablar. Parecía que confiaba en ella.

—Así que sí, soy un hombre rico —siguió diciéndole— porque trabajo mucho. No quiero que prefieras a otro. Prefiéreme a mí, como soy: rico, guapo, alto, sexy... y con un gran apetito referente al sexo.

Ana soltó una carcajada y se apretó contra él.

—Eso no tienes que decírmelo.

Ella se dejó abrazar y disfrutó del silencio cómplice que se instauró entre ambos. Más tarde, Ana siguió hablando de sus inseguridades.

—Pero en serio, Logan, yo no tengo mucho dinero, ya lo sabes. Te expliqué en la entrevista que había trabajado duro para mi hermana y para mí. He ahorrado lo que he podido. Y mis trabajos ya sabes cuáles han sido. No he cobrado mucho por ellos, salvo lo suficiente para que viviésemos mi hermana y yo. Y el poco alquiler de nuestra casa que me paga mi amiga Amalia y que mi hermana no quiere que sea para ella.

—No necesito que tengas dinero. Te lo he dicho y te lo repito, yo tengo por los dos y todo es nuestro a partir de ahora. Todo lo mío es tuyo. Y todo cuanto se compre, será con el dinero que haya en la cuenta del rancho. Tenemos dos cuentas, una para la casa, la nuestra y otra para el rancho. Me gustaría que guardaras tu dinero y no lo utilices. Si no, me enfadaré.

Ella se emocionó y no pudo evitar que brotaran de sus ojos algunas lágrimas.

—No llores, pequeña, la vida ha sido dura contigo, pero ahora estoy yo aquí. No estarás nunca sola, y no me gusta que pienses que voy a reprocharte nada. Formarás parte de mi vida y serás muy capaz de dirigir un rancho a partir del lunes y te ganarás tu sueldo.

—Eres un hombre especial. Generoso, honrado. No creo que pueda haber

tenido más suerte en la vida que el haberte encontrado. Doy gracias a Dios por haber entrado en mi vida y haberte conocido.

Dichosa lo besó en la boca y Logan le correspondió. Metió la mano entre el albornoz y ya no pudieron detenerse.

Tras hacer el amor, se quedaron dormidos un par de horas. Cuando se despertaron, él le propuso tomar un café y vestirse para dar un paseo. Bajarían al arroyo por un sendero de tierra y disfrutarían del paisaje.

El paseo fue muy bonito: plantas y flores, árboles y el riachuelo, donde bebían los animales.

Se sentaron un rato y Logan aprovechó para contarle acerca de su infancia y de que la cabaña era su lugar favorito. La había reformado a su gusto, teniendo en cuenta el paisaje, tal como había hecho con la casa. Después de los recuerdos le explicó la paz que sentía en el campo.

Aunque fue a la universidad, Logan nunca se adaptó a la ciudad. No veía el momento en que llegaran las vacaciones para ir a casa. Le hubiera gustado tener algún hermano, pero sus padres no pudieron tener más hijos. Así que era el niño mimado de papá y de mamá.

Mientras lo escuchaba, Ana pensó que no entendía cómo, con la cantidad de mujeres que habrían pasado por su vida, no había encontrado a la ideal para compartirla.

Sin duda, Logan era un hombre especial, guapo, alto, inteligente, generoso, tenía conversación, era culto, tenía una carrera, era trabajador y gracioso.

Hasta ahora, no le había visto defectos. Ninguno. Incluso estaba bien dotado. Se sonrojó al pensar esto último.

Llevaban un rato charlando y Logan quería hacer las cosas como se debían. Así que subieron de nuevo a la cabaña porque empezaba a anochecer y hacía frío ya.

Se sentaron cerca del fuego de nuevo, porque aún era temprano para cenar. Ella era preciosa a la luz del fuego, donde estaban sentados.

La atmosfera que se respiraba se tornó romántica y él aprovechó para acariciarle el pelo y besarla en la boca, en el cuello. Y en silencio, se levantó.

—Espera un momento. No te muevas. Tengo algo para ti —dijo él de pronto.

—¿Para mí?

—Sí, pequeña, ahora vengo.

Ana vio cómo se dirigía al dormitorio, y al volver llevaba una cajita en la mano, que abrió frente a sus ojos. Era un anillo de compromiso.

—Logan, esto..., esto vale una fortuna, no era necesario. No necesito nada caro.

—¿No te gusta? —preguntó fingiéndose decepcionado.

—¡Es precioso!

—Quiero hacer todo como se debe, así que, señorita Ana —dijo poniéndose de rodillas le hizo la pregunta—: ¿Te quieres casar conmigo?

—Sí, quiero. Sí, quiero. —Ana se puso a saltar de la emoción. Luego lo besó y besó sin parar.

Estirando el dedo anular, dejó que Logan le pusiera el anillo de compromiso. Y sellaron el acto con un beso apasionado.

El anillo de compromiso era maravilloso con un diamante de gran tamaño. Ella lo miró asombrada. Nunca había tenido en la mano algo tan valioso. Se sintió muy emocionada. No tanto por el valor económico, sino por el valor emocional en sí que tenía.

Aquella noche hicieron el amor apasionadamente. Sin duda, era algo que sabían hacer bien, y era una buena forma de empezar a conocerse.

A la mañana siguiente, se despertaron y dieron un buen paseo por los prados hasta que estuvieron cansados. Al volver, prepararon el desayuno y se sentaron en la puerta de la cabaña para charlar y admirar el paisaje.

—¿Te he dicho esta mañana que estás preciosa?

Ella se sonrojó, todavía no se acostumbraba a ciertas atenciones. Sin que se lo esperara, la sentó en su regazo. A Logan le gustaba tocarla, sentirla cerca.

Tiempo después, antes de la comida, se metieron de nuevo en el jacuzzi y

jugaron un rato como dos adolescentes. Volvieron a hacer el amor, como si no lo hubiesen hecho nunca, de una forma erótica y sensual, explorándose el uno al otro.

La pequeña escapada terminaba. Comieron, apagaron el fuego y descansaron un rato antes de irse de la cabaña.

Volverían de vez en cuando. Logan se lo dijo. Y a ella le gustó la idea, porque era un lugar con encanto, íntimo y a partir de ese momento especial, ya que allí habían compartido su primer fin de semana.

Cuando llegaron a la casa grande, dejaron las bolsas de la comida en la cocina y Logan le dijo:

—Vamos al despacho, tengo que darte algo.

Ana lo siguió, y allí le dio una hoja con las contraseñas del ordenador.

—También tienes las contraseñas de dos tarjetas de crédito para hacer los pagos y para sus gastos. Además de la combinación de la caja fuerte.

—Pero Logan, no necesito que me des las tarjetas.

—Sí, sí que las necesitas, llevarás las cuentas y pagarás a los proveedores. Luego las veremos y repasaremos juntos, de vez en cuando. Cuando tú lo consideres.

—¿Alguna cosa más? —preguntó ella sobrecoyida mientras se le escapaba la risa.

—Sí. —Logan le devolvió la sonrisa—. Una copia de las llaves de la camioneta, el todoterreno y el coche.

—Mmmm... debo gustarte mucho para que me dejes tu coche. ¿Estás seguro que quieres que conduzca también el coche? ¿Te fías de mí? Mira que no sé conducir...

—Así es. —Logan asintió—. Lo puede llevar cualquier muchacho si lo necesitas y tendrás que aprender a conducir, cielo. En cuanto a las transferencias, puedes hacerlas para pagar las nóminas y todo lo que se necesite. Todas las contraseñas las llevas aquí anotadas. —Y le dio una agenda pequeña—. A los peones se les paga con los cheques que hay en este cajón. Algunos chicos prefieren transferencias, ya irás viendo.

—¡Cuánta responsabilidad! —Suspiró algo apabullada—. Las tarjetas están a mi nombre, ¿cómo sabías que me quedaría?

—Intuición. Yo tengo las mías. No te preocupes. Mañana te pones al día —le dijo él dándole un beso en los labios—. Lo harás bien. También tienes un seguro de salud a tu nombre y en cuanto nos casemos, hay que ir a solucionar el tema de la nacionalidad. Será americana también.

—Gracias por tu confianza en mí. Intentaré hacer lo mejor que pueda. Me organizaré a mi manera, si me das permiso.

—Lo tienes. Este es tu espacio. Y no quiero que compres nada con tu dinero. ¡Guárdatelo!

Agotada y algo sobrecogida por todo lo que le estaba pasando, subió al dormitorio siguiendo a Logan. Estaba exhausta.

Esa noche durmieron como amantes abrazados.

Logan tenía que madrugar y le dijo a ella que se podía levantar más tarde.

Al día siguiente, Ana tenía previsto hablar con el cocinero de los trabajadores y dar una vuelta por el rancho antes de meterse todo el día en el despacho.

Pensó en ello, el despacho era un descontrol, el cajón de arriba de la mesa estaba lleno de facturas revueltas unas con otras, pero ella lo pondría al día cuanto antes. Ya tenía unas cuantas ideas.

Pero ahora tenía que dormir, se acurrucó entre los brazos de Logan y pensó en la suerte que había tenido. Todos parecían buenas personas.

Logan había confiado en ella. Nadie te da las claves de sus cuentas bancarias, ni de sus tarjetas de crédito, ni siquiera las tarjetas de crédito, si no confía en uno. Desde luego, era especial y honrado y el hombre más bueno que había conocido nunca.

Debía haber visto lo mismo en ella, si no, de ninguna manera depositaría tal confianza en ella. Para agradecerse, Ana se prometió que iba a poner en práctica sus conocimientos en el rancho.

No le fallaría, ni le defraudaría, a él ni a nadie. Se sentía feliz y solo llevaba allí dos días.

CAPÍTULO CINCO

A la mañana siguiente se levantó a las ocho. Logan ya se había ido al trabajo, ya que él se levantaba antes de que saliera el sol, sobre las cinco de la madrugada. Se vistió, hizo la cama y por costumbre recogió el cuarto para dejarlo en orden.

Cuando bajó a la cocina saludó a Conni.

—Buenos días, Conni, ¿qué tal estás? —preguntó Ana muy animada.

—Muy bien, señora, ¿le pongo el desayuno?

—Tostadas, café con leche y zumo de naranja, Conni. No estoy acostumbrada a meterme más en el estómago por la mañana recién levantada.

Lo dijo porque ya estaba viendo que Conni querría darle un par de huevos con beicon.

—Con el tiempo, se acostumbrará. Aquí se desayuna fuerte. Y más cuando llegue el invierno y la nieve.

Por su bien esperaba no acostumbrarse nunca o engordaría, aunque tenía con quién hacer ejercicio por las noches.

—De todas formas, suelo comer poco recién levantada. La costumbre en España. Pero, como tú bien dices, ya me acostumbraré a esto. Poco a poco.

Las mujeres se pusieron a hablar sobre la escapada a la cabaña. A Conni le gustó que la nueva señora de la casa estuviera a gusto. Se la veía feliz.

—¿Has visto a Logan? —le preguntó después de dar un sorbo al café.

—El señorito Logan está con mi marido en la parte norte del rancho. Han ido a ver el ganado.

—¿Hay algún problema con el ganado?

—No, no se preocupe, señora. Hay que estar al tanto, por si alguno se enreda en alguna valla o si están bien. Suelen estar en esa parte, porque ahí, hay más pastos.

—Bien, algún día iré a esa parte del rancho. El rancho es enorme, Conni.

—Sí que lo es, señora Ana.

—Si te soy sincera, cuando Logan puso en el anuncio que tenía un rancho, creí que era pequeño y estaba dispuesta a trabajar con los animales.

Conni se rio con ganas.

—No te rías, Conni. Nunca había visto un rancho tan enorme. Pero, aun así, trabajaré para ayudar a Logan y que sea próspero. Le llevaré toda la documentación. El despacho es un caos, todo en pleno desorden. Y en la universidad estudié Dirección de Empresas, así que espero poner mis conocimientos para organizar lo que tiene en los cajones.

—Es lo que necesita el señorito Logan, una mujer sencilla y trabajadora como usted. El contable nos dejó hace un par de meses y el señorito no ha tenido tiempo y no le gusta tampoco. Esperaba contratar uno, pero si lo va a llevar usted, mejor que nadie de fuera.

—Gracias, Conni. Te agradezco la confianza. En cuanto ponga en orden todo el papeleo que tiene en el despacho, y me ponga al día, voy a aprender a conducir y a montar a caballo.

—Eso estaría bien, señorita. Y sería muy necesario si va a vivir aquí. El señorito Logan se alegrará mucho. Y podrá acompañarlo a dar paseos y ver los sitios que solo se puede acceder a caballo.

Cuando terminó de desayunar, se bajó del taburete y dejó los platos en el fregadero para ahorrarle trabajo a Conni. Eso le valió una mirada de reproche, con la que ella respondió con una sonrisa.

—Gracias por el desayuno, Conni. Voy a dar una vuelta por los establos y a ver a Mani.

Esperaba no perderse. Aquello era inmenso.

Salió con una sonrisa en los labios y al llegar a los establos saludó a uno de los trabajadores, quien se ofreció a enseñarle los mejores caballos que tenía su futuro marido. Algunos de pura raza.

Era un muchacho muy agradable y se veía que le gustaba su trabajo. Las cuadras estaban impecables y modernizadas. Había cinco, cada una con treinta cubículos. Y luego estaban los establos para las vacas. Aquello era inmenso.

Al rato, también le enseñó las vallas que hacían las veces de rodeo, y de

espacio para la doma. Se puso la mano sobre los ojos a modo de visera mientras veía a un par de hombres que se llevaban a los prados un buen grupo de caballos.

Al otro lado había graneros y maquinaria, y otro trabajador le dijo dónde estaban los campos de sembrados de grano para los animales.

Se presentó a los trabajadores que iba encontrándose a su paso.

Y cuando ya lo había casi revisado todo, entró en un pabellón que se suponía era donde descansaban y comían los trabajadores.

—Buenos días —dijo al entrar.

Algunos hombres se la quedaron mirando con curiosidad, pero ella no perdió la sonrisa.

—Buenos días —respondieron casi al unísono.

—¿Podrían decirme dónde puedo encontrar a Mani?

—Ese creo que soy yo —dijo un hombre moreno, alto y atractivo.

Ella no supo qué decir. Esperaba encontrarse a un hombre mayor, pero Mani tendría unos treinta y cuatro años.

—¡Hola! —saludó de nuevo—. Soy Ana... La futura esposa de Logan.

—Vaya suerte que tiene el señorito Logan, si lo llego a saber pongo yo un anuncio.

—Jajaja. Bueno, siempre estás a tiempo. Y si no, se lo digo a mi amiga Amalia.

—Bueno, bueno, casi prefiero encontrar yo a las chicas, las que me buscan...

—Esta te gustaría, estoy segura.

—El que no estoy seguro de gustarle, soy yo.

—Bueno, Mani, veo que tienes sentido del humor. Me caes bien.

—Lo mismo digo, señora.

—Ana, solamente —le dijo Ana.

—Ana solamente —contestó con sorna, Mani.

Tenía una sonrisa radiante y era muy bromista y simpático. Congenió con él enseguida. Había sido cocinero en la ciudad, según le dijo, pero le gustaba la vida del rancho, del campo y disfrutaba de su trabajo.

—Me encargo de la limpieza del barracón, y de la cocina de los chicos.

—La verdad es que está todo perfecto.

—Espera que te voy a enseñar dónde pasamos la mayor parte del tiempo.

—Venga. Estoy deseando ver esto.

—Gracias. —Se dirigieron a los chicos que había al fondo del salón.

—Chicos, esta será la señora Slater. Así que ya sabéis. Es la jefa. —Y estos saludaron. Había cuatro o cinco chicos jóvenes.

—Mani...

—Se encargan del ganado. Aquí —dijo señalando el espacio—, es donde comemos, en esta gran mesa y allí más adelante frente al fuego, la televisión. En ese estante están los juegos de mesa, las cartas. Las utilizamos sobre todo durante la semana. O vemos el televisor. Allí hay sofás o sillones suficientes para todos. Los viernes, o nos vamos al pueblo de fiesta por las noches, o a comprar por las mañanas. Tenemos libres sábados y domingos. Pero hacemos guardias. No se puede quedar el rancho solo.

—¡Ah, bien!, está todo planificado

—Sí, aquí, en la entrada al comedor, está el cuadrante.

—Vamos a la parte alta. —Le invitó Mani.

—Vamos. Esto es enorme, la verdad.

—Somos muchos trabajando, señora. Arriba hay habitaciones individuales, con su armario y enfrente, varias duchas y baños suficientes. Un gran cuarto de lavandería, con lavadoras, secadoras, armarios y útiles de limpieza y tablas para planchar. Y algunas planchas, todo muy organizado como ve. Y comemos y cenamos abajo. Lo que has visto.

Cuando bajaron de nuevo a la cocina, Ana, le dijo:

—Parece que no lo pasáis mal. Te las arreglas muy bien, Mani, está todo

impecable. Algún día vendré a comer con vosotros y probaré tu cocina.

—Cuando quiera, señora. Aquí siempre será bien recibida.

Cuando pasaron por las largas mesas con banquetas, Ana le propuso sentarse.

—En realidad, he venido a hablar contigo de un tema.

Mani tomó asiento frente a ella, esperando con curiosidad para saber qué podría decirle la jefa el primer día.

—No es nada malo, simplemente tengo que proponerte algo.

Ana le preguntó por las compras que debía de hacer para mantener el barracón.

—No tiene ningún misterio. Voy una vez al mes al pueblo para hacer la compra. Y cuando Logan se desocupa, va a pagar la cuenta.

—Bien, vamos a hacer las cosas de manera diferente a partir de ahora, Mani. Un mes me parece mucho tiempo para guardar comida. Voy a llevar la contabilidad del rancho. Si te parece bien, vas a acompañarme al pueblo una vez a la semana. Si tienes tiempo, claro. Iremos tú y yo en la camioneta y nos traeremos lo necesario para una semana, tanto para el barracón como para la casa. ¿Podrás?

—Sí, señora.

—Podemos salir sobre las nueve de la mañana y estar aquí para el mediodía. Hoy es lunes. ¿Qué te parece los jueves?

—Perfecto, les dejaré los sándwiches preparados para media mañana a los chicos y cuando venga, coloco y preparo la cena.

—Muy bien. Te espero el jueves en la puerta de la casa grande con tu lista de lo necesario para una semana. Si ya has comprado o tienes productos, haz una lista de lo que falte, aunque sea poco. Así, nos vamos poniendo al día

—Sí, señora. El jueves a las nueve estaré allí con mi lista.

Ana se sentía satisfecha. ¡Primera prueba superada!

Se despidió de Mani y cuando iba camino de la casa grande, se encontró con

Jack. Ella aún no lo conocía.

—¡Hola, señora Ana! Soy Jack, el capataz del rancho. —Alargando la mano para saludarla. Ella le correspondió y se saludaron.

—¡Hola, Jack!, ¿qué tal está? Por fin lo conozco.

—Muy bien, señora, y usted, ¿se está adaptando?

Ana asintió con entusiasmo.

—Me encanta el rancho.

—Si puedo ayudarle en algo, no dude en decírmelo —dijo él amable.

—Lo cierto es que sí, Jack. Quería hablar contigo y preguntarte una cosa. Los productos para animales u otros para el rancho, ¿te encargas tú de hacer los pedidos?

—Sí, señora. Todo eso nos lo traen mensualmente.

—Muy bien, Jack, cuando los traigan y te den las facturas me las pasas al despacho a partir de ahora. Me pasas también las facturas de reparaciones o de gasolina de la maquinaria, de cualquier cosa. Voy a llevar la contabilidad. Intentaremos pagarlas cuando las traigan.

—¿Así que alguien por fin va a poner orden?

Ella rio con ganas. Jack parecía saber que el despacho de Logan era un caos.

—Lo voy a intentar.

—Muy bien, señora. La verdad es que el señorito para eso es un poco desastre.

—Ya lo sé, Jack —dijo intentando no sonreír demasiado, al fin y al cabo Logan tenía otras cualidades que no eran la contabilidad. No debía burlarse de él —. A ver si me pongo al día pronto. A propósito, ¿dónde está Logan?

—Se ha quedado en las cuadras hablando con uno de los chicos. Me ha dicho que en un momento vendría a tomar algo fresco.

Ana asintió, lo mejor sería entrar y ponerse a trabajar. Pero antes de que pudiera dar un paso, un coche deportivo y descapotable rojo, llegaba levantando polvo por la carretera asfaltada que llevaba al rancho.

Ana frunció el ceño.

—¿Quién es esa?

Jack cerró la boca y la miró como si no supiera muy bien qué contestar.

Algo no andaba bien.

Cuando el coche paró frente a la casa, la puerta del deportivo se abrió y del asiento del conductor bajó una rubia espectacular de piernas largas y tacones de aguja, impropios para un lunes en un rancho de ganado.

Por si fuera poco, su atuendo distaba mucho de ser el adecuado para las tareas del establo.

Llevaba un vestido rojo tan ajustado que parecía una segunda piel. El tono destacaba entre los colores ocres del paisaje. Al igual que el rojo de sus labios captaban la atención de quien quisiera mirarla.

La rubia, con andares de modelo, pasó indiferente delante de ellos, sin saludar siquiera con una sonrisa perenne de superioridad en los labios. Se dirigía a las cuadras.

Ana se quedó con la boca abierta por la grosería.

—¿Quién es esa? —le preguntó a Jack.

Él suspiró derrotado.

—Esa se llama problema, señorita Ana. Tenga cuidado con ella. No nos la podemos quitar de encima.

Ana frunció el ceño. No le gustaba nada lo que veía.

—Gracias, Jack, entiendo. Sigue tú, que luego tengo que hablar con Conni.

Pero Ana no se fue, se quedó alrededor de la valla, casi escondida entre unos arbustos.

La rubia entró a las cuadras como si fuesen suyas. Allí encontró a Logan, revisando la pata de un caballo. Se acercó a él intentando no pisar donde no se ensuciara los zapatos de diseño que llevaba.

Logan se puso nervioso. Esperaba que Ana no hubiese visto nada, ni al coche ni a la rubia, que estuviese en el despacho. Ya era hora de que solucionara

ese problema.

Era el único resquicio que le quedaba por rematar del anuncio, pero parecía que, a la rubia Megan, no le entraba en la cabeza. Iba a dejar de ser educado y tomar otras medidas más radicales.

Tanto Jack como Conni estaban al tanto de la situación y Jack les había advertido que solucionara el tema antes de que viniese la futura señora Slater.

Logan quería solucionar las cosas por las buenas, pero parecía ser que Megan no lo entendía y tenía miedo de que Ana se enterase, después de los votos que se habían prometido de fidelidad. Podría pensar lo que no era y nunca había existido nada entre él y la rubia. Y eso le podía causar problemas que no eran necesarios y que no necesitaba en esos momentos, con lo bien que estaba con Ana.

Cuando la vio de nuevo, sabía que no iba a darse por vencida.

—¿Otra vez, Megan? ¿Cómo tengo que decírtelo? No quiero que vengas.

—¡Hola, querido! ¿Cómo estás hoy?

—Estoy bien, pero ya estás llegando a mi límite. Tengo a mi novia aquí y me caso el sábado, así que te quiero fuera de mi rancho y no vengas más. —Dejó al caballo y se levantó, se fue hacia ella.

—Vamos, Logan, sé que no me has olvidado. Fui la primera que vine a este rancho.

—No sé cómo decírtelo. No puedes entrar y aparcar tu coche frente a mi puerta. Mi novia está aquí y no quiero problemas.

—Vamos, Logan, estoy enamorada de ti y lo sabes, y sabes que te gusto.

—No sé quién te ha dicho eso o cómo has sacado esas conclusiones, pero no me gustas. Espero que lo entiendas de una vez. —Y ella lo tocaba como una gatita.

Logan le quitó la mano y fue a coger un gancho para seguir limpiando la pata del caballo, alejándose de ella y siguiendo lo que estaba haciendo.

—¿Tomamos una copa y hablamos? Tenemos que hablar, Logan.

—¿No es muy temprano para una copa? Estoy trabajando y no bebo.

—Bueno, te tomas un café. Quiero que me tomes en serio, Logan. Soy la mejor mujer que puedes tener aquí en tu rancho. Seré una buena esposa y una gran anfitriona cuando demos fiestas.

—No voy a dar fiestas en mi rancho. No salgo tampoco. Así que te aburrirías aquí. A no ser que me ayudes con las vacas.

—No seas sarcástico. Tú no pondrías a tu mujer a trabajar con las vacas. Y si no sales no te preocupes, puedo ir al pueblo o a la ciudad, de compras. No me aburriría nunca.

—Y ¿con qué dinero irías de compras?, ¿trabajas en algo?

—Si soy tu mujer no necesitaría trabajar en nada.

—Mira, Megan, me cansa tu palabrería. Quiero que te vayas de una vez.

—Bueno, pero porque estás trabajando y te comprendo. Mañana vuelvo.

Logan se irritó bastante y dejó lo que estaba haciendo y la cogió de la muñeca, tirando de ella hasta la puerta.

—No seas bruto —le dijo una vez que estaban en la puerta—. No me puedes tratar así, cielo. —Mientras le tocaba el pecho, acercándose a él demasiado— Hasta mañana, cariño.

—No vengas más, Megan, te lo digo en serio. No quiero problemas.

Y cuando Megan se fue, Logan se quedó con los nervios a flor de piel. No quería ser duro, pero debía tomar ya una decisión. Megan se estaba pasando de la raya. No entendía cómo no se daba por vencida por más que le decía que no.

O era corta de mente o pensaba que él cedería.

Pero lo que más temía Logan era que Ana la viera. Por más explicaciones que pudiera darle no sabía si ella lo creería. No quería que Megan se metiera sola con él en las cuerdas. Se podía pensar lo que no era en absoluto. ¡Maldita mujer!

Por ella y muchas como ella fue por lo que tuvo que quitar el anuncio. Al principio puso su fotografía, como era normal en los anuncios que la agencia matrimonial pedía. Pero cuando un día empezaron a llegar coches y chicas al rancho de todo el condado, se extendió como la pólvora.

Él llamó a la agencia y esta le dijo que no entendía cómo se habían enterado

de la dirección del rancho. La agencia era seria y le recomendó quitarla y eso hizo.

Tampoco entendía cómo localizaron el rancho, porque él no estaba ni estaría nunca en las redes sociales ni tenía tiempo para eso.

Tuvo que decirles a todas que no buscaba esposa, que había sido un error. Llegaban morenas, gordas, flacas, rubias, pelirrojas. Perdió días de trabajo y nervios.

Hasta que la cosa se calmó y dejaron de venir. Entonces la agencia volvió a poner su anuncio, esta vez más escueto y sin fotografía.

Pero Megan era diferente. Era la mujer más pesada del planeta y Logan estaba ya harto. Al principio venía una vez a la semana, pero se acostumbró a pasearse por el rancho y a saber dónde estaba en cada momento y llegaba como si estuviera en su casa e iba en busca de Logan o preguntaba a los trabajadores dónde estaba. O se metía directamente en las cuadras a buscarlo.

Ya había elegido a Ana y ya estaba allí y no quería que fuese más al rancho. Pero el rancho estaba abierto y ella entraba cuando le apetecía y había que ponerle cotas.

Pensó en contárselo a Ana lo antes posible. No quería que lo pillase dentro de las cuadras y pensara lo que no era. No iba a hacerle daño. Y mucho menos ahora que la iba conociendo.

Tenía que pensar en algo. O que los chicos estuvieran al tanto y la echaran, o tomar otras medidas que no le iban a gustar. No entendía un no por respuesta.

Se volvió a meter en las cuadras muy preocupado, en cuanto la vio irse con el coche.

Sabía que esa mujer era una de tantas que buscaba un marido rico y él no estaba dispuesto a mantener a esa mujer.

Además, no le gustaba físicamente a pesar del buen cuerpo que tenía. No era su tipo. Puede que lo hubiese sido años atrás, pero ahora su tipo era una mujer pequeña y morena, graciosa y suya.

Ana se quedó un buen rato detrás de las vallas. Veinte minutos estuvo, hasta que vio salir a la rubia y detrás a Logan.

La rubia le tocaba el pecho como una gata en celo, meneando las caderas y cierto es que le pareció ver a Logan retirarse de ella y quitarle la mano. Pero algo estaba pasando allí y tenía que averiguarlo. Y tenía que descubrirlo ya.

No estaba por la labor de que nadie viniera a visitar a Logan y meterse con él veinte minutos en las cuadras a solas.

Un aguijonazo de celos la invadió cuando la rubia le tocó la camisa y lo manoseó como si le perteneciera.

Antes de poder hacer nada, la rubia se fue tan rápido como había llegado.

No sabía qué pensar, pero iba a averiguar qué pasaba allí. Se lo había prometido. Su fuerte no era la paciencia, pero siempre había esperado una explicación para las cosas. Se dirigió a la casa en cuanto la rubia subió a su descapotable y se fue por el camino levantando una polvareda de tierra.

Entró en la casa y se encontró a Jack hablando con Conni en la cocina.

—¿Cuántas veces viene la rubia? —les preguntó sin preámbulos.

—Casi todos los días —contestó algo inseguro Jack, mirando a su esposa.

Ana se quedó pensando en qué podía hacer con esa molestia en su vida.

—No quiero que le digan a Logan que la he visto. Esto lo solucionaré yo sola.

Los dos se la quedaron mirando.

—No piense que el señorito le hace caso —dijo Conni como si quisiera defenderlo—. Es que es una mujer muy insistente y muy pesada.

—Pesada diría yo, sí.

Conni asintió.

—Desde que el señorito puso los anuncios buscando esposa no se rinde.

—Se rendirá, Conni, no te preocupes. —Y lo decía con convicción—. No sé cómo llevar un rancho todavía, pero sí mi casa y mis pertenencias. Y te juro que antes del sábado, que me case, se habrá ido para no volver jamás.

El matrimonio se miró y sonrieron. Le gustaba la forma de actuar de Ana. Si era así con todo, no cabía duda de que era la mujer que Logan necesitaba.

—Conni, quería hablar contigo de una cosa.

—Dígame, señora.

—Vamos a ir al pueblo a comprar los jueves. Una vez a la semana. Lo que necesites para la semana, me lo das en una lista. Todo cuanto sea necesario para la casa, ¿vale? Un mes me parece mucho tiempo para guardar productos. Ya le he avisado también a Mani. Y como el pueblo no está tan lejos...

—Por supuesto. ¿Cómo va a ir al pueblo? —le preguntó inquieta.

—Me va a acompañar Mani. Aún no sé conducir. Es otra de las cuestiones que tengo que resolver en cuanto ponga en orden esa pila de papeles que hay en el despacho.

—Está bien, señora.

—En cuanto a ir al pueblo, lo haremos todos los jueves. Lo que tú necesites para tu casa, si quieres te lo podemos comprar también. A no ser que tú quieras ir con Jack.

—Gracias, se lo agradezco. Le daré mi lista y el jueves por la mañana, tendrá la de la casa en la encimera de la cocina, preparada para cuando se vayan.

—Gracias, Conni. Eres un sol. —Se acercó y le dio un beso.

A Conni le gustó la cercanía y aunque la conocía de pocos días, le pareció que era lo mejor que entraba en el rancho desde hacía mucho tiempo.

Luego subió al dormitorio y miró la caja fuerte. Allí estaban como le dijo Logan, las escrituras del rancho y unos tres mil dólares.

CAPÍTULO SEIS

Y por fin bajó al despacho. Aquello era un caos de facturas. Primero miró cómo llevaba el contable dos meses atrás la contabilidad. ¡Un desastre que no entendía!

Se bajó dos programas de internet, en los que ella había trabajado en la carrera para hacer su trabajo fin de grado. Uno para el rancho y otro para la casa.

Quería llevar las cuentas de forma independiente. Una vez hecho eso, empezaría por donde se dejaron de pagar las facturas, las entradas y salidas, que coincidían con el primer día de los dos meses anteriores cuando el contable

abandonó.

Posteriormente sacó el cajón de las facturas para ordenarlas. En eso estaba cuando entró Logan.

—¡Hola, guapa! ¿Has desayunado? —le preguntó.

—Sí, a las ocho o así.

Como estaba sentada en la silla del despacho, él se puso detrás y le metió las manos por la camiseta tocando sus pechos. Sin embargo, Ana estaba un poco preocupada por el tema de la rubia. Casi le molestaba que Logan la tocara.

No sabía si había tocado a la otra porque no sabía nada, y se sentía perdida, preocupada y un tanto decepcionada.

O solucionaba ese tema pronto, o iba a sentir un cierto malestar cuando Logan la acariciara, porque cuando la había visto con ella, dentro de las cuerdas, no sabía qué pasaba allí porque no lo veía.

Pero, de momento, solo tenía cierta preocupación. Tenía que investigar más a fondo ese tema.

—¡Estás loco! Puede vernos Conni.

—Sí, he estado loco toda la mañana pensando en tocarte. Me tienes excitado todo el día.

Se dio la vuelta, cogió su mano y la llevó a su sexo. Ella se dio cuenta de que realmente no mentía.

—Eres insaciable. Si hace apenas unas horas que lo hicimos.

—Sí, pequeña, pero tengo ganas de ti a todas horas.

—¿En serio? —le preguntó mirándolo para ver si podía adivinar que era verdad.

Él asintió.

—He estado pensando todo el día en una mujer preciosa rodeada de papeles. Solo tengo media hora para tomar un sándwich y en lo único que puedo pensar es en tomarte a ti.

—¡Pero si acabamos de levantarnos! ¡Qué hombre!

Logan la miró y no pudo aguantarse por más tiempo.

Cerró la puerta del despacho con llave y echó la cortina que daba al patio. La cogió por la cintura y la levantó para sentarla sobre la mesa. Le quitó la camiseta y los pantalones antes de que ella pudiera protestar. Con movimientos igual de rápidos hizo lo mismo, se desnudó para después volver a tomarla y llevarla desnuda al sofá.

—No tengo mucho tiempo, pequeña. Este va a ser rápido.

Ella ya estaba húmeda y excitada y la penetró sin compasión, le tapó un grito con la boca y mientras su lengua exploraba su interior siguió meciéndose sobre ella, ahogando sus gritos de placer. Su sexo palpitaba y seguía el ritmo que él marcaba.

Las piernas de Ana rodearon la cintura de Logan, se deshizo de su boca y jadeó con fuerza con cada embestida. Gritó al sentir que él explotaba caliente en su interior.

—¡Madre mía, Logan! Eres un loco —le dijo, mientras recobraba la respiración.

—¡Oh, Dios! Eres una pequeña latina que me enciende hasta la raíz del pelo. Estoy caliente por tu culpa todo el día y eso que estamos en invierno.

—Y tú eres un americano alto y guapo al que no me puedo resistir.

Se besaron perezosamente, laxos del sexo.

—Deberíamos parar antes de que no pueda volver a controlarme.

Ella rio y se incorporó cuando vio que Logan buscaba su ropa. Se vistieron entre arrumacos. Se vistieron y se dirigieron a la cocina para que Logan pudiera tomar su sándwich. Ella también tomó un par de ellos y un zumo. Cuando acabaron, la besó apasionadamente sin importar que Conni estuviera delante.

—Debo irme. Volveré para la cena.

—Está bien. —Ana lo miró alejarse—. ¡Te he visto reírte, Conni!

Conni lo hizo con más fuerza llevándose la mano a la boca.

—Es que nunca he visto al señorito Logan besar a nadie así.

Ana, contenta, meneó la cabeza y con una sonrisa de satisfacción, entró de nuevo al despacho.

Pero a pesar de lo que había ocurrido en el sofá hacía unos minutos, había un tema que le preocupaba: la rubia. Y tuvo ganas de llorar. Se sentía frágil y vulnerable.

Tenía que solucionar ese problema. Y lo resolvería a su manera si él no le contaba nada. Quizá es que no quería preocuparla. Ni quería ni podía pensar mal de él.

Pero por lo que Jack le había dicho, era una pesada que no se daba por vencida. Por lo que eso significaba que venía con bastante frecuencia. Ya vería qué decisión tomaba. De momento, tenía que poner en orden ese desaguisado del despacho.

Estuvo horas poniendo en grupos las facturas. Una vez agrupadas, quedaba saber cuáles estaban pagadas y cuáles no. Pero eso ya lo haría al día siguiente, pues su cerebro necesitaba descansar.

Ya, en los próximos días haría las anotaciones en las tablas y cuando fueran al pueblo compraría el material de oficina que faltaba y que ya había anotado en una la lista de compra qué necesitaba para la oficina.

Ya era tarde. Conni se había ido ya a su casa. Les había dejado la cena como todos los días. Logan llegaría pronto para la cena y ella decidió salir al patio para esperarle.

Las macetas y flores estaban un poco secas y cogió la manguera, que conectó a la salida de agua del porche para regarlas. Eso la relajaba.

Le encantaba regar las flores y el pequeño huerto que había sembrado. Fue dando la vuelta a la casa, regando las de alrededor. El olor a tierra mojada la envolvió y se sintió encantada.

Una vez terminó, decidió darse un paseo por el otro lado del rancho. Subió a una pequeña colina desde donde se veían unas vistas espectaculares. Ya iba refrescando. Logan ya le había advertido que los inviernos eran muy fríos, pero ella se había llevado el abrigo.

Se sentó en una piedra desde la que se veía la casa y todo el conglomerado de

cuadras y la casita de Jack y Conni. Más allá, estaba el otro riachuelo del que le había hablado Logan. Otro día se acercaría por allí.

Y en cuanto tuviese la contabilidad en orden, dedicaría un tiempo a aprender a montar a caballo y sacarse el carné de conducir.

Así podría ir a ver a Logan y pasear con él a caballo por el rancho o visitar el pueblo sin depender de un conductor. Por algún motivo quería que estuviese orgulloso de ella.

Estaba inmersa en sus pensamientos cuando vio que Logan subía la colina. Seguro la había visto desde abajo. Cuando llegó hasta ella le sonrió.

—¿Qué?, ¿admirando tus propiedades?

Ella le respondió con una sonrisa que a él le pareció preciosa.

—¡Qué tonto eres! Estaba admirando la belleza del paisaje. No he querido ir muy lejos por si me perdía —le confesó—. Estaba descargándome la cabeza de tantos números. Y aquí arriba se está muy bien.

Él asintió. Se acercó más hasta sentarse a su lado.

—Estaba preocupado hasta que te he visto aquí arriba. Ya va haciendo fresco. —La abrazó cariñosamente por un instante para darle calor—. ¿Bajamos? Estoy muerto de hambre. Y tenemos que hablar de la boda del sábado.

Ella asintió antes de darle un dulce beso en los labios. A los pocos minutos, bajaron cogidos de la mano. Se ducharon antes de la cena y se pusieron cómodos. Ana se vistió con un chándal nuevo de los que se había comprado en Cádiz cuando fue de compras con su amiga Amalia.

—¿Eso qué es? —preguntó en tono jocosos, tomándole el pelo.

—Un chándal para estar cómoda. —Lo miró con desaprobación—. ¡Mira que eres...! Como si no te hubieses puesto uno en la universidad...

—¡Vaya vaquera estás hecha!

—Aún me estoy adaptando —refunfuñó—. Anda, bajemos a comer y deja de tomarme el pelo, bobo —dijo dándole un empujón.

Tomaron la cena en la cocina, y ella le preguntó qué había hecho durante el

día.

—Tenemos becerros nuevos. Han parido un par de vacas esta mañana. Además, he estado pensando en comprar caballos nuevos y vender algunas vacas...

—Y eso, ¿por qué?

—Porque con los caballos jóvenes obtenemos más ganancias que con el ganado que tenemos que engordarlo durante una temporada más larga.

—Tú sabes más de eso que yo. Si lo crees conveniente, debes hacerlo.

—Yo quiero que tú también vayas aprendiendo a manejar las compras y ventas. Y sepas en qué es mejor invertir en cada momento.

—No te preocupes, que contigo voy a aprender rápido. Aquí tienes una buena alumna.

—Alumna ¿para qué?

—Para todo, vaquero. —Y Logan la besó en la boca.

Ana lo observó en silencio. No sacó el tema de la rubia, ni ella tampoco. Y eso es lo que le molestaba a ella, que no tuviera la suficiente confianza para contarle qué ocurría con esa rubia. Y se sentía muy contrariada. Pues quería que Logan se lo contara y no se callara las cosas.

Descansaron después de cenar. Se sentaron en el sofá como hicieron la primera noche. Él puso la televisión para ver un partido y ella se quedó dormida en su regazo.

Cuando acabó el partido, él la despertó para ir a la cama.

—¡Vamos, *Bella Durmiente!* Es hora de dormir.

Y la llevó al dormitorio por las escaleras. A pesar del cansancio se metieron en la cama e hicieron el amor, despacio y sin prisas.

Se estaba acostumbrando al calor del cuerpo de ese hombre. Hacer el amor con él, aunque no tenía con qué compararlo, era perder la cabeza por completo, colmarse de placer.

Le gustaba el tacto de su piel y su aroma. La forma en que le hacía el amor y

la tocaba. Su boca, su sexo y su lengua. ¡Todo!

Cuando volvía del trabajo, se duchaba, se echaba colonia y olía muy bien. Siempre se vestía con vaqueros limpios, negros o azules y sus botas nuevas.

Elegía camisetas azules o negras que hacían que su pelo rubio destacara. Siempre iba arreglado. Incluso para trabajar le parecía guapísimo. Hasta ahora daba gracias a Dios por la suerte que había tenido.

Pero estaba sintiendo una unión que iba más allá del puro placer. Era calidez y amistad, era una conexión espiritual que la hacía sentirse unida a él.

Logan por su parte, pensaba que tenía suerte de haber encontrado una mujer tan guapa y agradable. Era sincera, adorable y graciosa y le caía bien a Conni y a Jack que eran lo más parecido a sus padres que le quedaba en el rancho. Sería una buena esposa para él. Estaba seguro. Y sexualmente, no tenía ninguna queja

—Pequeña... —le susurró.

—Dime.

—La boda será el sábado a las cinco de la tarde. Todos los chicos están invitados. Ya está todo listo, el cura, el catering, la orquesta, todo.

—¿Nos va a casar un cura? ¿Y vamos a tener catering y orquesta?

Logan le había dicho que debían hablar de la ceremonia, pero al parecer ya estaba todo decidido.

—Pensé que eras católica... y que querrías una boda con toda su parafernalia. A mí me gusta y así puedo invitar a la gente que conozco y hacer una fiesta en el rancho —dijo él esperando que ella aceptara—. Hace tiempo que no hay ninguna fiesta aquí. Tengo que presentarte como es debido.

—Soy católica —le dijo ella—, pero ¿y tú?

—Yo también soy católico, pero no voy a misa los domingos.

—Entonces estamos a la par. Me encanta la idea. Tengamos pues, orquesta, baile, cura y comida.

—Pues ya está, ¡decidido! —exclamó contento, como si se hubiese quitado un peso de encima—. Vendrá el cura a las cinco para casarnos si te parece bien.

—Perfecto.

—Jack y Conni serán los padrinos. Porque mis padres no vendrán hasta Navidad. —Ana asintió—. Vendrá una empresa de catering, que estarán aquí por la mañana y lo prepararán todo frente a la casa grande. La orquesta tocará al otro lado. Habrá música y tarta. Todo está organizado. Solo ocúpate de llevar tu vestido. Me gustaría que llevaras un vestido de novia, como debe hacerse en las bodas. He invitado a unos cuantos rancheros de la zona y algunos amigos del pueblo.

Ana estaba con la boca abierta.

—Cierra la boca, novia. ¿No te gusta?

—Al contrario. Me sorprendes.

—Eso pretendía, pequeña latina. Me gusta sorprendente. ¿Qué creías que ibas a tener una boda oculta? No vamos a invitar a todo el pueblo, pero sí a los que conozco. Ten en cuenta que llevo viviendo aquí toda la vida. Y muchos nos conocemos.

—Buscaré un vestido el jueves. ¡Dios mío, qué hombre más loco me ha tocado!

Él le respondió con una carcajada, apretándola contra su cuerpo.

Al día siguiente, después del desayuno, Ana llamó a su hermana María:

—Hola, María ¿cómo estás?

—Eso quiero yo saber, hermana, estoy impaciente porque me cuentes todo. Aparte de saber que has llegado bien, no sé nada más. ¿Cómo es todo? Ya puedes empezar a soltar por esa boquita.

—Pues es un rancho maravilloso. Es enorme, pero enorme. Logan es millonario y eso me molesta un poco. Bueno, no me molesta, sino que me siento inferior.

—No seas tonta, no eres inferior porque tengas un hombre millonario. Si él no le da importancia y te ha elegido, no se la des tú. ¿Te gusta?

—Mucho, de momento me trata muy bien, es espectacular, guapo, muy alto, un vaquero. Tiene unos ojos de infarto, azules claros como el mar y su cuerpo es

perfecto. Y además es simpático y buena persona.

—¿Te has acostado con él? —Se mantuvo un momento en silencio...

—Sí, quería saber si éramos compatibles en la cama antes de casarnos el sábado.

—¿Y?

—Y eres una hermana muy cotilla. Espectacular. Creo que es mi hombre. Con él me siento..., me siento, en las nubes. Tiemblo cuando me toca y sabe hacerme muy feliz.

—Me alegro mucho por ti, Ana. Me tenías preocupada. Comprenderás que lo tuyo no es lo más normal del mundo, que te fueses tan lejos, a casarte con un hombre que no conoces, a la aventura. Estaba muy preocupada.

—Pues ya puedes dejar de estarlo. Además, voy a llevar la gestión del rancho.

—¿Pero tan grande es?

—Más de lo que imaginas. Tiene barracones para los chicos, para el ganado, casas para el capataz, y hemos estado en una cabaña preciosa en la montaña el fin de semana. Nos llevamos comida y hablamos de nuestra vida. Es paciente y amable y me regaló un anillo de compromiso con un diamante blanco maravilloso.

—Eso ya dice algo, al menos que te trata como a una novia de verdad y te toma en serio.

—Sí, María, y si vieras las vistas desde la cabaña... tiene dos arroyos y todo lo que abarca la vista es el rancho. Ya sabes que eso no me importa. Me importa que me quiera.

—¿Y cómo es la casa?

—Espectacular, de revista, en serio. No puedes imaginar que haya una casa así en medio de estos valles, en un rancho. Todo es moderno. Tengo mi propio despacho y un huerto y jardín y hasta piscina.

—Me alegro mucho por ti, hermana.

—Luego tengo a Conni, que es la cocinera y Jack, su marido, es el capataz. Son como dos padres para nosotros. Y a Mani, que es simpatiquísimo y me río

mucho con sus cosas. Es el cocinero de los vaqueros y se ocupa de los barracones, ya le he dicho que le voy a presentar a Amalia en cuanto venga. Tengo un montón de fotos hechas con el móvil. Luego te las envío.

—¿Vas a comprarte un vestido de novia, de novia?

—Pues claro. Creo que le gustará a Logan. Quiere que todo sea como una boda normal, aunque la está preparando en el rancho con cura y un catering, baile, tarta y todo.

Ana se quedó callada un instante.

—¿Qué pasa? ¿Te has quedado callada?

—Hay algo que me preocupa en toda esta historia. Me desazona.

—Vamos, suelta, a ver qué será. Si todo lo que me cuentas es maravilloso.

—Hay una rubia que viene a diario con un deportivo rojo. Unos tacones altísimos, como de veinte centímetros, un vestido ajustado y pechos de silicona. Para el coche y sin decir nada a nadie va en busca de Logan a las cuadras.

—¿Y eso?

—Eso quisiera yo saber. Qué hacen allí media hora y por qué Logan no me dice nada.

—Y ¿por qué no le has preguntado nada?, o se lo preguntas tú directamente.

—Tengo miedo. Sé que era el tipo de mujeres con las que salía en la ciudad. Me lo dijo Mani y ahora no estoy segura de por qué me eligió a mí, teniendo ese tipazo aquí a diario.

—Vamos a ver, Ana, ese hombre es tuyo, se va a casar contigo el sábado y no puedes permitir que te lo quite ninguna rubia con deportivo rojo. Nosotras somos andaluzas, con carácter y tienes que luchar por eso o resolverlo.

—El primer día que la vi, entró en las cuadras y salieron al cabo de media hora. Me escondí detrás de unas vallas y arbustos, pero ayer ya vino y al salir de las cuadras hablaron fuera. No lo vi muy contento y le decía que se acababa, que iba a casarse conmigo el sábado. Y me fui corriendo. No pude oír más nada. Esa es la única preocupación que tengo, por lo demás sería magnífico. Pero tengo una idea.

—¡Qué se te habrá ocurrido!

—No estoy dispuesta a perder a Logan, ni que esa tipa entre en mi propiedad. ¿No dice Logan que es mi propiedad tanto como la suya?, pues es mía.

—Jajaja, ¡estás loca, hermana!

—Y me da igual que Logan se enfade. Esto se va a acabar. Ya no va a volver a entrar a mi rancho. Voy a coger a Jack y una escopeta y le voy a meter tal miedo en el cuerpo, que se le van a quitar las ganas de venir a por mi hombre. Es mío y no me lo va a quitar nadie.

—Jajajaa. Hermana, ¿te has enamorado en dos días?

—No lo sé.

—Ponte un sombrero vaquero.

—Desde luego.

—Y me cuentas qué tal ha ido.

—Te lo contaré, serás la primera. Ya verás.

—Quisiera ver eso. A mi hermana la dócil defender su propiedad. Jaja. Cuando se lo cuente a Pablo, no se lo va a creer.

—Cuando tengáis vacaciones, quiero que vengáis al rancho a verme.

—No dudes que te visitaremos. Un abrazo, Ana, tengo que dejarte. Cuídate y no seas loca.

—Adiós, hermana, te quiero.

—Yo también te quiero.

Luego llamó a su amiga Amalia y también le contó todo. Estaba emocionada y contenta. Muy feliz.

—Te envidio. Quiero un vaquero —le dijo con envidia su amiga Amalia.

—Tengo uno para ti cuando vengas. Se llama Mani y es cocinero. Y es guapísimo.

—No me lo digas o me voy a tu boda. Si no fuese por el trabajo...

Cuando terminó de hablar, dio un paseo por la zona de los barracones y las cuadras y saludó a varios trabajadores. Se presentó a cuantos chicos iba viendo y estuvo un rato charlando con ellos.

Fue a ver a Mani, que le presentó a otros cuantos hombres y ya casi conocía a todos los trabajadores. Se sabía sus nombres y casi su historia. Mani le iba contando un poco la historia de cada uno, de dónde eran, cómo llegaron al rancho.

—Eres una enciclopedia, Mani.

—Jajaja, sí, soy un vaquero cotilla —dijo irónicamente.

—Bueno, ya sé a quién preguntar cuando necesite saber algo.

—A tu disposición estaré siempre.

—Oye Mani, ya que sabes tanto de todos, estará mal que yo te lo pregunte, pero y tu jefe, ¿cómo es con las mujeres?

—Ay, la investigadora privada investigando a su futuro marido.

—Entiéndeme, Mani. Sé que es tu jefe, pero un cotilleo...

—Es un buen chico, tranquila. No sale al pueblo. Cuando lo he visto salir ha sido a la ciudad más cercana y hace tiempo que no va. Digamos que las mujeres con las que salían eran...

—Princesas modelos...

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó sin sorprenderse.

—He visto a la rubia y su coche un par de días. Es costumbre que venga. No sé qué pensar, Mani.

—Piensa que es la pesada de turno que no se da por aludida y que tu novio es demasiado educado. Si fuese yo, le hubiese dado una patada en el trasero ya hace tiempo, pero Logan es demasiado paciente.

—Jajaja. ¡Qué cosas tienes! No te veo yo a ti hacerle eso a una mujer.

—No creas. No me conoces todavía. Pero si Logan sale contigo debe ser que tiene buen gusto.

—Gracias, Mani, eres un sol. Lo imagino. Es el típico hombre que no salía

con una mujer como yo.

—Pues se va a casar contigo para no ser su tipo.

—Eso me preocupa un poco. No sé qué vio en mí.

—Yo sí que lo sé. Eres guapa, tienes carácter, eres simpática y aunque pequeña tienes un buen cuerpo.

—Sí, seguro, jajaja...

Entró Logan sin que se dieran cuenta y los estuvo observando y escuchó la última conversación. Se sintió tremendamente celoso. Sintió una sensación que no le gustó nada. Verla a ella sentada en la encimera tomando café, mientras Mani pelaba patatas y le decía que era guapa y tenía buen cuerpo... y Ana, riéndose y tonteando con el cocinero. Cuando ella lo vio, no hizo ademán de ponerse nerviosa ni una pizca, pero él parecía enfadado.

—¡Hola, Logan! Estaba hablando con Mani.

—¡Hola, Logan! —dijo Mani—. Has tenido mucha suerte. Tu novia es encantadora.

—Lo sé —dijo un tanto seco—. Me la llevo. Tengo que hablar con ella.

La bajó con sus brazos de la encimera de la cocina y de la mano la sacó del barracón.

—¡Hasta luego, Mani!

—¡Hasta luego, Ana!...

Casi corría delante de ella y ella no podía seguirle el paso. Cuando salieron del barracón, ella se soltó.

—¿Qué pasa? No puedo seguirte el paso.

—No quiero que entretengas a los hombres.

—No lo entretenía, estaba pelando patatas. Y estábamos hablando de cosas de los trabajadores. Me contaba anécdotas. Te has comportado como un Neandertal.

—Te deseo, Ana, y verte así con otro hombre...

—Vamos, Logan, pero si es Mani, aquí solo hay hombres. Vas a tener que acostumbrarte a verme, hablar con ellos y espero que te comportes. Porque solo tengo ojos para mi hombre, si es a lo que te refieres. Y mi hombre, eres tú.

—¿En serio?

—Y tan en serio. Yo nunca te sería infiel y espero que tú tampoco lo seas.

—Soy un hombre de palabra.

—Que me encanta y me excita —le dijo al oído empinándose a su altura.

—¡Eres una bruja! Me tienes loco.

—Y celoso. Prométeme que te comportarás —le advirtió.

—Siempre me comporto en la cama bien.

—Tonto, ya sabes a qué me refiero.

—Lo intentaré. Tengo que ir a las cuadras. —Y la besó con tanta pasión que la dejó temblando en el suelo—. Sé buena, ¿eh?

Está loco, ¿han sido celos?, pensaba ella. Imposible. No estaban enamorados, era muy poco tiempo para tener unos sentimientos tan profundos. Era el sentido de posesión de todos los hombres.

Inmersa en esos pensamientos iba a la casa para meterse de nuevo entre papeles, cuando llegó de nuevo el descapotable rojo y bajó de nuevo la rubia sin mirarla siquiera, camino hacia las cuadras, como hizo los días anteriores. Esta vez la siguió, se quedó fuera de las cuadras y oyó la conversación que mantenía con su marido:

—Vamos, Megan, me caso el sábado. Ya te lo dije. No puedes venir al rancho. Mi novia está aquí.

—Yo no he visto a ninguna mujer. Me estás mintiendo.

—Estoy prometido. No fuiste la elegida. Te pido amablemente que no vengas más o me veré obligado a tomar otras medidas que no te van a gustar.

—Sé que te gusto y no me daré por vencida. Vendré todos los días hasta que te des cuenta de que soy yo la elegida.

—Vas a hacer que dé orden de que no puedas entrar al rancho.

—No harías eso. Estás colado por mí y lo sabes —le decía con una sonrisa gatuna.

—Tengo que trabajar. Quiero que te vayas. No quiero problemas. He sido demasiado educado, pero si tengo que dejar de serlo, lo seré.

—Bueno, me voy, pero mañana me darás respuestas. No pienso irme mañana hasta que no hablemos.

—No tengo nada que darte ni que hablar contigo. No sé quién eres y quiero que me dejes en paz de una vez.

Ana salió corriendo y se fue tras las vallas para que no la vieran. Ya sabía de qué iba eso, pero se iba a terminar. Su Logan era demasiado educado, pero ella no lo era. Eso acabaría al día siguiente. Y se le ocurrió una idea.

Buscó a Jack y lo encontró en otra de las cuadras.

—Jack...

—Dígame, señora. —Se acercó solícito a ella.

—¿Hay látigos? —preguntó a Jack.

—¿Látigos? ¿Para qué quiere un látigo? —contestó este extrañado.

—¿Quizá para asustar a una rubia platino mañana cuando venga?

—Eso quiero verlo. No me lo perdería por nada del mundo.

—¡Estás invitado! Estarás en primera fila como espectador.

—Creo que ahí en el fondo hay uno. Espere, que voy a mirar.

Y le sacó uno de cuero negro con un mango de madera.

—Aquí tiene uno. Espero que este le sirva.

—Gracias, Jack. ¡Es perfecto! Mañana espera mi llamada por la mañana, no te vayas muy lejos porque voy a necesitarte.

—¡Como usted diga!

—¡Hasta luego, Jack!

—¡Hasta luego, señora Ana!

Jack se quedó pensativo mirándola cómo iba hacia la casa y deseando que llegara el día siguiente para ver qué tenía preparado la jefa. No se lo perdería por nada del mundo.

El día siguiente fue como el anterior; en el despacho, se dispuso a separar las facturas que estaban pagadas de las que no lo estaban, de la selección que había hecho el día anterior. Como todas estaban juntas, decidió pagarlas de la cuenta del rancho, ponerse a cero sin deber nada y a partir del jueves que iban a comprar, pagar cada partida con una cuenta, o de la casa o del rancho. Pero de ninguna manera a partir de ese momento, se iba a quedar nada sin pagar.

Hizo la cuenta de lo adeudado y miró si se podía pagar de la cuenta del rancho, se quedó paralizada de la cantidad que tenía Logan. Sabía que era rico, pero no tanto. Se asustó un poco, pero tenía trabajo que hacer y pagó las facturas sin pagar.

Llamó a los acreedores diciéndoles que se había hecho la transferencia y dejó para el día siguiente que iba al pueblo, imprimirlas y guardarlas, ya que no tenía tinta en la impresora. Y ella quería aparte de tenerlas archivadas en el ordenador, guardarlas en unas carpetas que iba a preparar para cada partida de cosas y meterlas en un archivador anual. Así lo llevaría para distinguir los pagos. Aquello había sido un caos astronómico y no había nadie que lo entendiera, pero a partir de ese momento todo iba a cambiar.

Hizo un breve descanso y llamó por el móvil a Jack. Eran las diez y media de la mañana más o menos.

—Jack, ¿dónde estás?

—En las cuadras.

—¿Puedes venir a la casa?

—Sí, señora. Ahora mismo.

—Te espero en la puerta de casa, trae un rifle descargado. Me vas a acompañar.

—¿Para qué quiere un rifle?

—Tú, tráelo y no le digas nada a Logan. Te espero en diez minutos, ¿puedes?

—Sí, señora. Ahora mismo voy.

A los diez minutos llegó Jack puntual con el rifle y ella le dio las llaves de la camioneta azul.

—Vamos a la entrada del rancho —apuntó.

El capataz no quiso preguntar nada más. La miraba de soslayo decidida a hacer algo. Quería ser protagonista de lo que a Ana se le ocurriera. No sabía ni qué pretendía, pero estaría bien averiguarlo. Cuando llegaron a la entrada del rancho, le dijo a Jack que parara la camioneta. Y Jack la detuvo.

—Echa como dos metros atrás la camioneta y la dejas cortando el paso, de forma lateral.

—Como usted diga.

—Tú te quedas con el rifle en la mano. Baja de la camioneta y te apoyas en ella.

Le hacía gracia toda la preparación concienzuda de Ana. Jack no se había visto en otra igual. Parecía aquello una película de vaqueros que estaban protagonizando.

Ana iba vestida como una vaquera, con botas, vaqueros, una camiseta estrecha, una chamarra de flecos y un sombrero vaquero con el pelo suelto y el látigo doblado en la mano. Esperaron.

Esperaron como un cuarto de hora. No sabía qué esperaba Ana, pero la jefa, era la jefa, aunque se hacía una idea. Cuando apareció un deportivo rojo camino del rancho, supo qué iba a pasar.

El deportivo no tuvo más remedio que pararse antes de entrar porque la camioneta le cortaba el acceso al rancho. La rubia con vestido estrecho y tacones de aguja se bajó del coche y Ana fue a su encuentro.

—¡Aparta la camioneta imbécil! —dijo la rubia a Ana, mirándola de arriba abajo con un tono cortante y despectivo.

—Y eso, ¿quién lo dice? —le contestó Ana estirando el látigo.

—Voy a ver a Logan. —dijo toda decidida, haciendo ademán de montarse en el deportivo.

—Me temo que eso no va a poder ser. Logan no está.

—Sí está y me espera. Así que, ¡apártate de mi camino, idiota!

—Vamos a ver si nos entendemos tontita —le contestó en un tono bajo y relajado, pero firme, acercándose a ella—. Soy la sueña de este rancho y vas a hacer dos cosas. Una, vas a coger tu coche deportivo, tu pelo teñido y tus tacones de aguja y no vas a volver a este rancho en tu vida o te denunciaré por invadir una propiedad privada. Este es el capataz y es testigo. Y dos, mira mi mano. Estoy prometida, me caso el sábado con Logan y como vea una llamada tuya al móvil de mi hombre, te denunciaré por acoso. ¿Te ha quedado claro? Yo no repito las cosas dos veces.

Y mirando a Jack le hizo un amago y este hizo que cargaba el rifle dispuesto a apuntar. La había entendido perfectamente. Ella se fue acercando más a la rubia con el látigo en la mano y esta, asustada, sin decir palabra, trastabilló hacia atrás, se montó en el coche y se fue a mil por hora.

—Bien, Jack, vámonos a casa, que tengo que trabajar, este problema está solucionado, creo.

Jack iba sonriendo y pensando en lo valiente, graciosa y ocurrente que era aquella mujer. Tenía que contarle el caso a Conni en cuanto llegaran. Y por supuesto a Logan. ¡No se lo iba a creer!

Cuando llegaron a casa, Ana se fue al despacho a seguir trabajando hasta que viniese Logan y tomar algo juntos como hacían siempre que él venía a media mañana si no estaba en los campos.

Jack entró a ver a Conni, que le preparó un zumo y le estuvo contando la anécdota que había vivido con Ana.

—Esa mujer tiene agallas. Es lo más valiente que ha pasado por aquí hace tiempo.

—Me gustaría haber visto la cara de la señorita corriendo con los zapatos, jajaja.

Al cabo de una hora, entró Logan en el despacho, cerró la puerta con llave, corrió las cortinas y encendió la luz. Ella pensó que se avecinaba tormenta. Que Jack le había contado lo de la rubia. Se lo esperaba.

—¡Hola, cariño! ¿Cómo va el día? —Haciéndose el ingenuo—. ¿Tienes que

contarme algo?

—¿De qué? —le dijo, haciéndose la tonta ella también.

—Ya sabes de qué.

—No, no lo sé y tú, ¿tienes algo que decirme?

—Sí. Tengo algo que decirte, pero te lo diré en el sofá, ¡ven aquí!

Ella se acercó al sofá un tanto desconfiada de lo que pudiera decirle. Quizá estaba enfadado, quizá le gustase la rubia de verdad o tuviera una relación con ella, que ella por supuesto no iba a consentir de ninguna manera.

La cogió y bruscamente la sentó en sus rodillas.

—¡Eres la vaquera más valiente que me he echado a la cara!

Y la besó apasionadamente. Le levantó la camiseta y mordisqueó sus pezones que se pusieron duros al instante. Ella se aferraba a su cuello.

—¿En serio has hecho lo que me ha contado Jack? —dijo riéndose.

—Sí, eres mío y no voy a consentir que ninguna rubia de zapatos de tacón de aguja, me pase por las narices en mi propia casa.

—Te voy a demostrar lo tuyo que soy, pero tenías que habérmelo dicho.

—No, hay cosas que una mujer debe hacer sola.

—Eres de lo que no hay. Me gustas. Me encanta que una mujer defienda a su hombre. —Y terminaron en el sofá haciendo el amor desesperadamente. Como un agradecimiento. Cuando terminaron y recobraron las respiraciones, él se echó a reír mientras la abrazaba.

—No te rías de mí, ¿tenías una relación con ella?

—No. Era una de las que se presentaron como mi posible esposa y no sé cómo averiguó la dirección del rancho. Se ha vuelto pesada. No quería que la vieras. Le dije que no volviera, y una y otra vez volvía.

—Pues ya no volverá más.

—Seguro que no. Hasta a mí me hubieras dado miedo con ese látigo. Jajaaja.

—Vamos a tomar algo, venga. Deja de hacer el tonto.

—Después de un beso que te mereces.

—Besucón...

El día continuó de igual manera. Cuando volvió Logan por la noche se le veía cansado. Ella le dijo que al día siguiente jueves, iba a con Mani al pueblo a hacer la compra semanal.

Si no le gustó que fuese sola con él, no lo demostró. Esperaba que confiara en ella. Nunca le fallaría en ese sentido. Cenaron y se acostaron pronto. Y se quedaron dormidos al instante.

A la mañana siguiente, Conni le tenía preparado el desayuno y la lista que le había pedido. También le dio dinero y una pequeña lista para su casa, si le quería hacer el favor.

—Claro que sí Conni, lo que necesites, no tienes más que pedirlo.

Se acercó a ella y la agarró por detrás abrazándola, rodeando su cuerpo.

—Eres muy guapa, Conni, te quiero.

—Calla, zalamera y déjame hacer las cosas.

—Así me gusta, que no me llames señora. Ahora sois mi familia. Bueno, me voy. Ahí está Mani con la camioneta. Sé buena...

—Te voy a dar...

Conni estaba cogiendo cariño a esa mujer. Se hacía querer. Era muy cariñosa y bromista y a ella le encantaba su señora. Le estaba cogiendo confianza.

CAPÍTULO SIETE

Cuando iba a subirse a la camioneta, venía Logan. Y antes de subirse, se abrazó a él, y lo besó. Él le correspondió al beso y Logan le dijo a Mani que tuviera cuidado. Generalmente compraban en un almacén, así que cuando llegaron al pueblo, Mani paró en la puerta del mismo y le dieron las tres listas de la compra y mientras las preparaban por separado, le dijo a Mani que tenían que ir a una papelería a comprar.

Así que fueron y ella compró todo cuanto necesitaba: carpetas, folios, tinta para la impresora, cuadernos de contabilidad, bolígrafos, lápices, un archivador

con carpetas, un mueble para el mismo, etc. Pagó con la tarjeta del rancho y se llevó la factura pagada.

Fueron también a una tienda de ropa, se compró otro chaquetón, unas botas negras nuevas, calcetines gordos para el invierno y unos guantes nuevos de cuero, algunas camisetas de interior. Y un par de vaqueros.

También le compró un par de jerséis a Logan y un par de vaqueros. Pagó con su tarjeta particular, porque eso no lo quiso cargar ni al rancho ni a la que tenían para la casa grande.

Posteriormente se fueron a tomar una hamburguesa. Porque ella quería entrar a una cafetería americana.

—Vamos, Mani, mientras nos preparan la compra, me voy a tomar una hamburguesa americana.

—Vas a probar la mejor hamburguesa del condado —dijo todo animado y contento.

—Venga, que te invito. Paga la jefa.

Él pidió una doble y un café y ella una simple bien hecha con una cerveza sin alcohol.

—Madre mía, qué grandes. Esto tiene una pinta...

Estuvieron hablando de Logan. Él le contó que era un buen jefe y un hombre honrado. No le gustaba salir. Ni beber ni fumar, si acaso un par de cervezas.

Trabajaba como uno de ellos y nunca había visto en él una mala palabra a sus trabajadores. Nunca había venido una mujer al rancho, salvo la rubia, pero la jefa la había echado.

—Ya ha corrido la voz, ¿eh?

—Jajajja, sí, menuda es la jefa defendiendo lo suyo.

—Menuda es, sí, jajaja

—Lo del látigo es lo mejor. Imagino a Jack con el rifle. Pobrecito, lo mal que debió pasar.

—Sí, eso estuvo gracioso. Yo creo que lo pasó demasiado bien. Bueno, y tú ¿de dónde eres, Mani?

—De Montana.

—¡Qué bonito!, otro estado que me gustaría visitar. Algún día iré.

—Es precioso. Pero este estado no le va a la zaga.

—¿No tienes hermanos?

—Sí, mis padres viven. Tiene un almacén y mis hermanos le ayudan. Dos hermanos tengo. Soy el mayor. Pero a mí me gustaba más el trabajo del campo, del rancho. Voy a verlos una vez al año cuando tomo vacaciones. Pero no soy de estar detrás de un mostrador. Me gusta la cocina. Desde que veía cocinar a mi abuela y era pequeño.

Le estuvo contando anécdotas de cuando sus hermanos y él eran pequeños.

Mani no dejó que pagara, así que ella le dijo que el próximo jueves pagaba ella. Le había encantado la cafetería de Bonny y la hamburguesa.

Se dirigieron al almacén y pagó la cuenta de Conni con el dinero que ella le dio. La de la casa grande con la tarjeta de la casa y lo del rancho con la del rancho. Y se llevó las facturas pagadas. El dueño se quedó mirándola.

—¿No está bien así? —preguntó Ana, por si faltase algo.

—Sí, pero no estoy acostumbrado a que me paguen en el momento.

—Pues este rancho a partir de ahora, lo hará. ¿Recibió la transferencia por lo que se le debía?

—Sí, señora. Ahí lleva las facturas selladas —le dijo señalándoselas.

—Ana. Puede llamarme Ana. Voy a casarme con Logan, encantada. Nos veremos el jueves que viene.

—Encantado, Ana y bienvenida a este pueblo. Logan estará orgulloso.

—Eso espero. Yo también estoy orgullosa de él. Un saludo, señor...

—Llámeme Max. Como el almacén.

—Pues hasta el jueves, Max.

Cuando salían con la camioneta cargada, Mani le dijo:

—A todo el mundo que conoces, le caes bien.

—¿De verdad?

—Eso he notado. Eres una persona muy educada y simpática. Logan tiene suerte.

—Yo también. Y ahora, vamos a por lo más importante. Voy a comprarme un vestido de novia. Y tú vas a ayudarme a elegir.

—Pero si yo no sé nada de eso...

—Sí sabes, eres de ciudad y no tengo a nadie más que me ayude. Te ha tocado.

Fueron a una boutique que tenía algunos vestidos de novia preciosos y eligió uno sencillo de media manga, y encaje tipo sirena, con escote de barco que también le gustó a Mani.

Un velo con piedrecitas, un ramo de flores blancas pequeñas. Y unos zapatos de tacón alto. No le hacían falta arreglos. Pues con los tacones le quedaba genial.

Mientras se lo envolvían todo y Mani lo llevaba a la camioneta, ella se llevó un conjunto de medias blancas a media pierna, y un conjunto blanco de encaje interior. Pagó con su tarjeta y se fue.

—Logan se va a quedar de piedra. ¡Estás guapísima con ese vestido! Es una preciosidad —le dijo con admiración.

—Gracias, Mani, pero ni una palabra. El vestido de la novia siempre es un secreto.

—Sin problemas. Soy una tumba.

Cuando llegaron al rancho, Mani le ayudó a descargar lo de la casa grande. Ella llevó lo de la boda a su vestidor y lo colgó para que no se arrugara. Le ayudó a meter el material de oficina y el mueble al despacho y dejó en la cocina todo lo demás, incluso lo de Conni. Y se llevó la camioneta al barracón para descargar lo suyo.

—¡Conni, te ayudo a colocar!

—No, señora, ya me ocupo yo. Ya tengo todo hecho. Hasta la cena. Vaya usted y ponga en orden el despacho. Veo que ha comprado un sinfín de cosas. ¿Quiere tomar algo?

—No, gracias, Mani y yo hemos comido una hamburguesa en el café de Bonny y estoy llena.

Se dirigió al despacho y puso las facturas con las demás. Y ordenó el despacho colocando cada cosa como ella quería. Y se dispuso a fotocopiar las facturas de los dos meses que había copiado el día anterior. Las archivó. Estaba un poco cansada.

Aún tenía que pasarla a las carpetas y quiso terminar el trabajo. Todavía le quedaba ponerse con las nóminas.

Eso lo haría los días siguientes. Por ese día, había terminado.

Salió a dar un paseo hasta que viniera Logan. No quiso irse muy lejos. Al volver, se tumbó en el sofá. Logan tardaba y decidió esperarlo. Conni ya se había ido. Cerró los ojos lo que le pareció un momento.

Oyó entrar a Logan, darle un beso y subir a ducharse. Cuando estaba en la ducha, ella subió, se desnudó y entró con él. Quería sorprenderlo y él se sorprendió.

—¡Vaya, vaya, qué sorpresa! Una mujer desnuda en mi ducha y es preciosa. Eres mala. ¿No estabas durmiendo, eh?

La abrazó y la enjabonó, tocándola íntimamente despacio y ella tomó el control por esta vez. Fue bajando hasta ponerse de rodillas y tomó su sexo erguido primero con las manos acariciándolo y luego lo acarició con la boca.

—¡Vas a matarme, nena! No hace falta que... Oh Dios, pequeña —dijo tembloroso.

—¡Déjame y déjate llevar!

—¿Dónde has aprendido tanto? —decía entre gemidos.

—Tengo un buen amante...

Siguió haciéndole el amor con la boca hasta que él no pudo más y se derramó entre la lluvia del agua. Después, cuando recobró la respiración y se hubo

recuperado, la agarró por los brazos, la levantó a pulso contra la pared de la ducha y se hundió en ella, tanto, que cuando llegaron juntos al clímax ella gritó de placer y él también. Fue un orgasmo salvaje y caliente.

Se besaron, se enjabonaron y se vistieron para la cena.

—Si me das la bienvenida así todos los días, seré un marido muy satisfecho.

—Lo tendré en cuenta, vaquero.

Mientras cenaban, le preguntó cómo le había ido en el pueblo. Le dijo que bien, como había pagado. Le comentó que cuando terminara con las nóminas le contaría cómo llevar la contabilidad del rancho.

Que había comprado un archivador y un mueble que le gustó para ir metiendo carpetas. Y que había comido la mejor hamburguesa del mundo con Mani en el café de Bonny mientras les preparaban el pedido.

—¿Y no te has comprado nada para ti?

—Sí, algo de ropa y unas botas nuevas. Te he comprado a ti también unos jerséis y dos vaqueros. Espero que te estén bien. La dependienta me dijo que eran los que solías comprar, pero que no había problema en cambiarlos.

—¿Y con qué dinero has pagado la ropa? —le dijo muy serio, porque se imaginaba que había pagado con su dinero.

—Con el mío.

—Y ¿para qué te di la tarjeta? —le dijo algo enfadado.

—No te enfades, quería comprar yo algo. Te prometo que la usaré la próxima vez.

—Eso espero, preciosa, o me enfadaré contigo.

Se acercó a ella, la agarró por la cintura y la besó. Era una buena mujer y no solo eso. No podía quitarle las manos de encima.

Que hubiese pasado un buen rato con Mani comiendo una hamburguesa, le dolía un poco, quería que disfrutara solo con él. Sabía que era egoísta, pero tendría que desquitarse, y eso le dio una idea.

El viernes irían al pueblo y cenarían en un restaurante a las afueras. Tendrían

una cita distinta, como una despedida de solteros, pero ellos dos juntos. Algunos fines de semana irían a la cabaña y otras saldrían por ahí.

El dueño del rancho de al lado iba a celebrar una barbacoa con música en dos sábados y pensó que sería un buen día también para intercambiar con sus vecinos y divertirse. No iba a condenarla a estar todos los días trabajando.

Sabía que había trabajado muy duro esos días para poner en orden el papeleo y se merecía una buena recompensa, y el sexo no era todo. Aunque ella no se quejaba de nada. Siempre estaba animada y contenta.

El viernes intentó poner al día las nóminas. Observó que Logan no tenía nómina y eso iba a arreglarlo. Ella también tendría una acorde a su trabajo. Estuvo mirando en internet cuánto cobraba allí un contable y se asignó un sueldo. Y a Logan le asignó el sueldo más alto de todos. Los de Logan y ella irían a la tarjeta particular de la casa.

El rancho era aparte. Consideró que cuando vendieran ganado, también metería en la cuenta de la casa un 20 %. Y al final de cada año, dejar una cantidad única en la cuenta del rancho y el resto iría a la cuenta particular. Así sabría si había ganancias en el rancho. De otro modo era imposible saber qué pertenecía a cada partida. Y los beneficios que daba el rancho cada año.

Ese viernes, llegó material y grano para el ganado. Hizo pasar al despacho a la persona que lo trajo y le pagó la factura. Le dio un cheque por el total y lo anotó.

No quedaba nada por pagar. Estaban al día y tenían mucho dinero. Logan era rico y ella lo supo cuando vio las cuentas, pero si hacían una buena contabilidad, evitaría que el dinero se gastase en lo que no debía.

Cuando eran casi las cinco y media de la tarde, se duchó, se vistió, se puso el abrigo y se sentó en el porche a esperar a Logan. Iban a salir esa noche. Y además era el día antes de casarse. Estaba especialmente nerviosa.

Estaba meciéndose en una mecedora admirando la puesta de sol y sintiendo la paz del rancho. Los trabajadores se oían a lo lejos cómo iban recogiendo para arreglarse e irse al pueblo de fiesta.

Generalmente se iban los viernes y sábados, menos los que se quedaban de guardia. Los domingos se quedaban y veían los partidos o jugaban a algo, ya que

el lunes madrugaban.

Cerró los ojos y se sintió feliz. Sintió los labios de Logan en los suyos y abrió los ojos y lo miró. Miró sus ojos azules transparentes y se dio cuenta de que estaba enamorada de ese hombre alto y guapo.

Y sintió miedo, miedo de que él no sintiera nunca amor por ella. Se había enamorado de Logan muy pronto, pensó. Pero era ya un sentimiento irreversible. Lo abrazó por el cuello y le devolvió el beso. Él notó algo extraño.

—¿Qué te pasa, pequeña latina?

—Nada, estaba sintiendo esta paz. Soy feliz.

—¿De verdad es eso? No quiero que echés nada en falta.

—Y no lo echo. Bueno, hablo con mi hermana, pero ella está muy ocupada. Podemos invitarlos en unos meses, si quieres. Y mi amiga Amalia quizá venga en junio del año que viene. Le presentaré a Mani. Creo que harían una buena pareja.

—Vaya, mi novia de casamentera. Ya sabes que esta es tu casa, puedes invitarlos cuando quieras.

—Gracias, pequeño. Eres tan bueno conmigo...

—Bueno, bueno, me duchó y nos vamos. Te voy a sacar fuera esta noche. Es nuestra. Como una despedida de solteros.

—Me encanta. Date prisa que te espero aquí. Yo me he duchado ya.

Cuando se duchó y bajó olía tan bien y estaba tan guapo...

—¡Hueles tan bien!

—¡Tú sí que hueles bien! Casi estoy por poseerte aquí mismo y no salir ni nada de nada.

—De eso nada. Me he vestido para ir fuera. Luego tendrás tu recompensa.

—Voy a llevarte a un sitio a las afueras donde hacen una carne estupenda. También hay pescado.

—¿Es una cita?

—Es una primera cita con mi chica y la única antes de que sea mi esposa.

—Eres un hombre estupendo. No me arrepiento de estar aquí contigo. Hice bien en escribir a esa agencia.

Logan no supo qué decir. La levantó del asiento, cerró la casa y de la mano se fueron al coche. Antes de subirse, la besó en los labios. Y emprendieron el camino al restaurante.

Ana había elegido un vestido ajustado por encima de la rodilla, de manga larga verde oliva, con encaje y un escote que dejaba asomar sus senos. Unos pendientes de perlas, un abrigo corto negro, por la cadera, guantes de vestir negros porque refrescaba, medias negras y unos tacones negros altos. Un bolso de mano. Maquillaje y perfume, completaron su atuendo.

Logan iba con un jersey de cuello alto negro y vaqueros negros. Un abrigo negro de vestir y botas negras relucientes. Le sentaba bien el negro. Al ser rubio, resaltaba su pelo. Ella se había hecho un moño alto, con algunos mechones que le caían alrededor de la cara.

—¡Estás guapísima esta noche! Siempre puedes arrepentirte, volver al rancho y...

—No te vas a librar de llevarme a cenar esta noche. Ya te lo he dicho. Me ha costado mucho arreglarme. Vamos a cenar.

—Pero que sea rapidito.

—Bobo... jajaja...

Esta vez fueron en el coche. Un Ford último modelo, color gris oscuro. Atravesaron el pueblo y a la salida del mismo, había un pequeño e íntimo restaurante, con una pequeña luz roja en la puerta. Tenía pinta de ser un restaurante caro y eso le extrañó, pues había visto un par de cafeterías en el pueblo, pero no restaurantes y menos de ese tipo.

Cuando entraron, el dueño lo saludó como si se conocieran de toda la vida. Según le dijo a Ana, su hijo, que estaba en Nueva York trabajando, había sido uno de sus mejores amigos. Le presentó a Ana y le dijo que había tenido suerte, que en el pueblo se hablaba de lo simpática y abierta que era.

—Supongo que en un pueblo pequeño, no hay secretos —dijo Ana.

—Aquí somos como una gran familia —le contestó John, el dueño del restaurante con una amplia sonrisa.

Los acomodó en un rinconcito íntimo y acogedor y les dio la carta. Pidieron pescado para variar, ya que solían comer mucha carne en el rancho.

Y también pidieron gambas y otras delicias que les puso John, el dueño del local. De postre pidieron un cóctel de frutas. Y champagne.

—La comida está buenísima. No pensé que en este pueblo existían este tipo de restaurantes. ¿Sabes que en Cádiz comemos mucho pescado frito? La mayoría de las comidas son tapas. Pequeños platos y la mayoría son de pescado. Son famosas. Están buenísimas, alguna vez iremos juntos y te quedarás encantado con las tapas.

—Alguna vez me enseñarás tu ciudad. Te prometo que iremos.

—Oye, Logan... ¿no te has enamorado nunca de verdad?

—Esa pregunta tan profunda... No, nunca lo he estado. Ya te dije que mis relaciones con las chicas eran más bien sexuales. Ni siquiera de adolescente sentí eso que todos decían. ¿Tú te has enamorado alguna vez?

—Sí, sí me he enamorado, una vez.

Él sintió un latigazo que no le gustó. Últimamente le pasaba eso con ella. Y no le gustaba sentirlo. Era posesión. Ana había sido su mujer. Él, su primer hombre, incluso en besarla como un hombre, pero, aun así, que ella hubiese tenido sentimientos por otro hombre o verla sonreír y bromear con Mani o con cualquiera, no le gustaba nada, aunque supiera que era algo natural y de forma ingenua, sin intención ninguna.

—Me enamoré de un niño que se llamaba Javi. Tenía ocho años y estaba en la escuela.

—¡Pero qué mala eres! —Ella se echó a reír y él la cogió de la cintura, la atrajo hacia sí y le plantó un beso en la boca.

—No me pongas celoso. Soy posesivo y me estaba poniendo celoso. Y tú, eres mía. Yo te hice mía. Tu cuerpo entero me pertenece.

—¡Qué cosas dices!, y tú, ¿eres mío?

—Hasta el último nervio de mi cuerpo. No pienso nada más que en ti. Estoy como un adolescente. Duro a todas horas. —Le cogió la mano y se la puso en su pantalón para que supiera lo excitado que estaba.

—Logan, contente, que estamos en el restaurante.

—Con ese escote, difícilmente. Además, debajo del mantel no se ve nada.

Le puso las manos en las piernas y subió su mano. Se dio cuenta de que llevaba unas medias con liga a media pierna.

—Por Dios, mujer, ¿quieres matarme? ¡No te puedes poner unas medias hasta arriba!

—Mi amiga insistió en que comprara algunas así, para casos especiales. Son más sexys. Y este es un caso especial. Además, las altas son más incómodas.

—No sé si aguantaré hasta que llegemos a casa, pensando qué llevas debajo.

—No llevo nada más que las medias. —Él se atragantó con el champagne y ella se reía, mientras le daba unos golpecitos en la espalda.

Subió las manos hacia arriba y se dio cuenta de que era verdad.

—Eres una descarada. Estás húmeda.

—Si me tocas me pongo, así que no me toques mucho, pequeño.

—Mira cómo estoy. Ahora me costará salir de aquí.

—No, solo quería excitarte. Además, te pones el abrigo y no se nota nada.

—Para excitarme, no te hace falta esto, con pensar en ti, tengo más que suficiente.

—Es que te excitas con nada, quería que fuese una noche erótica y lo descubrieras al llegar a casa, pero como no puedes tener las manos quietas...

—Eres una pequeña bruja. Algo me has hecho.

—Sí, algo te he hecho. Ordenarte las facturas y echar a una rubia espectacular del rancho.

—Jajaja, estás loquita. Anda, vámonos. Voy a descubrir ese vestido y las medias.

Pagó Logan y salieron al fresco de la calle. Cuando iban de vuelta vieron un local en el que había gente fuera y se oía música.

—¿Eso es música?

—Sí, aquí es donde los muchachos vienen a tomarse unas copas y a bailar si tienen suerte.

—¿Podemos tomarnos algo o es un lugar indecente?

—¿Quieres bailar?

—Me encantaría. Un ratito solo. ¿Vale?

—¡No llevas nada debajo! —dijo él recordándose.

—Nadie lo sabe excepto tú, y el vestido es casi por la rodilla.

Entraron muy a pesar de Logan que quería llevarse a su novia y hacerle el amor hasta explotar de deseo. Pero se merecía lo que quisiera. Entraron en el local y saludaron a los chicos del rancho que había allí. Mani le pidió bailar.

—¿Puedo robarte a la novia un baile, Logan? —Le dijo.

—Un baile solo te la dejo, Mani, luego tiene que bailar con su novio. Tendrás que buscarte otra chica para ti.

Mani le enseñó algunos pasos de música country y ella que tenía buen ritmo y sabía bailar muy bien, aprendió rápido. Se estaba divirtiendo.

Cuando la música cambió, le dio las gracias a Mani, ya que Logan venía hacia ella. Empezó una música lenta y él la cogió posesivo y la arrimó fuerte a su cuerpo. Ella sentía su excitación y su calor. Su olor a colonia cara y le encantaba bailar con él. Encajaban a la perfección.

—¿Te divertías con Mani?

—Logan, Mani es un buen amigo para mí, deja de ser tontillo. El único hombre para el que tengo ojos es para mi casi marido. Que me deja sin fuerzas todas las noches.

—Esta no será distinta. Jajaja...

—Eso espero. Que cumplas como un hombre.

—No me provoques, pequeña.

Se besaron, siguieron bailando y cuando cambió de nuevo la música, ella hizo que bailara un par de piezas sueltas. Bailaba muy bien y se sorprendió.

Pensaba que era un hombre que solo bailaba música lenta, pero Logan, era una caja de sorpresas. Al cabo de estar una hora allí, se fueron.

Cuando llegaron a casa, aparcó el coche en el garaje y entraron en la casa. Cerró la puerta, le tomó la mano y la pegó a la pared.

—¡Quiero ver ahora eso que llevas!

—¿No quieres ir arriba?

—Luego. Tenemos tiempo de sobra.

Le subió la falda del vestido y aunque no se lo quería creer, ella no llevaba nada debajo. Se puso de rodillas y lamió sus pliegues. Y ella se moría por su boca experta. Echó la cabeza apoyándola en la pared y explotó como nunca antes ante su boca.

—Aún no hemos acabado —dijo todo excitado.

La cogió por la cintura y se bajó la cremallera y la penetró contra la pared empujando con fuerza una y mil veces hasta que juntos alcanzaron un orgasmo salvaje y bestial.

—Si te vistes así, acabarás conmigo, pequeña latina.

La cogió en brazos y la subió al dormitorio.

El sábado se levantó temprano como todos los sábados. Ella se quedó un rato más en la cama hasta que él llegó de dar la vuelta al ganado. Se duchó y se acostó de nuevo con ella. Se arrimó y le dijo al oído:

—Hoy es el gran día. Espero que no te vayas a arrepentir.

—No podría hacerlo. No me gusta viajar en avión demasiado.

—¿Estás nerviosa?

—No, ¿y tú?

—Un poco, creo que tenerte acortará mi vida.

—No digas bobadas, jaja.

—Es que me muero un poco cada vez que entro en ti.

—Eso es vida, vaquero. —Mientras acariciaba su pecho desnudo.

—¿Vivimos un poquito?

—Vivamos...

Y empezaron el día de su boda haciendo el amor.

Los padres de Logan quisieron darle una sorpresa. ¿Cómo no iban a asistir a la boda de su único hijo? Llamaron a Jack cuando llegaron al pueblo, para darle una sorpresa a Logan y mientras este estaba arriba en la colina con Ana, ellos llegaron al rancho y se acomodaron en uno de los dormitorios, esperando a la hora de comer para ver a su hijo y a su nuera.

El resto del día como lo tenían libre, se dedicaron a pasear y cuando llegó el mediodía, el rancho se llenó de gente de acá para allá llevando flores, mesas y entonces sí que ella subió a la colina con Logan, y desde allí veían el jolgorio de preparación de la boda.

Cuando llegó la hora de comer, bajaron y los padres de Logan estaban en la cocina con Conni. Logan no se lo esperaba y se alegró tanto... que se emocionó.

Hizo las presentaciones de sus padres a Ana. Se saludaron y comieron en la cocina, hablando de todo, de cómo se habían conocido, de si a ella le gustaba el rancho. Logan les explicó que ella llevaba toda la contabilidad y trabajaba mucho. Ella les habló de dónde era y de su vida y ellos estaban encantados con su nuera.

—Solo espero que seáis aquí tan felices como lo hemos sido nosotros —dijo la madre de Logan emocionada.

—Mi hijo merece una mujer trabajadora y sencilla como tú. A él siempre le ha gustado el rancho. No ha querido ir a otro lado.

El padre de Logan estaba encantado con los cambios que su hijo estaba haciendo en el rancho. Sabía que su hijo haría todo lo posible por mejorarlo. Estaba orgullo de él y sabían que era un hijo trabajador.

Después de conocer a Ana, sabían que, a pesar de la forma de conocerla, era la mujer que le convenía a su hijo. Y cómo la miraba, se notaba que la adoraba, que era la mujer de su vida y ellos no podían ser más felices que viendo feliz a su hijo.

Luego subieron a echarse una siesta arriba y ella puso la alarma del móvil a las tres y media, porque a esa hora venía una peluquera y una maquilladora que Logan se empeñó en contratar. Quería que todo estuviese perfecto.

Él se vistió en otra de las habitaciones y frente a la casa del rancho se hizo un arco de flores y se pusieron sillas para los invitados, dejando un pasillo para que pasaran los novios.

El cura esperaba. Todos los invitados estaban sentados ya.

Salió el novio, guapísimo, con un esmoquin negro. Conni estaba al lado de Logan, de su brazo hicieron el pasillo y se sentó en la primera fila, dejándolo al lado del cura. Cuando salió la novia al pasillo, Logan no había visto nada más precioso en su vida.

Iba del brazo de Jack y se sintió emocionado. Se iba a casar de verdad, con una mujer guapa, honesta, graciosa, sensual, erótica y muchas de las cualidades que él había pedido.

La ceremonia fue preciosa y emotiva. Leyeron sus votos de fidelidad, intercambiaron las alianzas y posteriormente, los invitados los saludaban y dejaban sus regalos en una mesa para tal fin.

El menú que Logan había elegido fue estupendo, cortaron la tarta y celebraron un baile con la orquesta. La fiesta duró hasta casi las dos de la madrugada.

Cuando los invitados se fueron y todo el mundo empezó a recoger, ellos metieron los regalos para verlos al día siguiente. Los dejaron en la sala de lectura, frente al despacho. No quisieron que Jack y Conni ni sus padres les ayudaran. Los mandaron a descansar. Ya habían hecho bastante.

El rancho quedó en silencio como si no hubiese pasado nada, a las cuatro de la madrugada. Todo había cambiado, ahora eran marido y mujer y una alianza en sus dedos lo demostraba. Ahora sí que estaban casados. Era suyo. Y era suya.

Empezaba su nueva vida. Una nueva etapa. Pero ella no quería que nada cambiara el hecho de estar casada con la semana que había pasado en el rancho. Quería que todo fuese tan maravilloso como lo estaba siendo.

Hicieron el amor de madrugada y en silencio, como si sus padres pudieran oírles, como si fueran adolescentes, pero fue maravilloso. Compartieron un instante en la noche difícil de olvidar. Sus cuerpos eran uno, como sus vidas.

El domingo también se levantó temprano Logan, y volvió a la cama. Era muy trabajador y aunque apenas había dormido, hizo lo que como todos los fines de semana realizaba. Una vuelta al ganado y luego, se acostaba otro rato con ella.

Se levantaron tarde, desayunaron y Logan le propuso dar un paseo a caballo.

—Si no sé montar aún. En cuanto termine el papeleo, voy a aprender. También tengo que sacarme el carné de conducir. Son mis próximos objetivos cuando deje todo esto listo. ¿Se han levantado tus padres?

—Están dando una vuelta por el rancho. Han desayunado temprano. Así que, ¿qué me dices?, ¿un paseo a caballo?

—Si no sé montar, Logan, ¿y si me caigo? —dijo insegura.

—No te pasará nada. Yo te enseñaré. Pero mientras, podemos ir en mi caballo los dos.

—¿Estás seguro? ¿No me caeré de verdad?

—Sí, estoy seguro y no dejaré que te caigas el primer día de casada.

—Entonces, me arriesgo.

Y se montó detrás de él en el caballo. Se agarró fuerte a su cintura. Fue una sensación bonita, aunque iba con algo de miedo. Logan le decía que se relajara y disfrutara del paisaje. Y el temor se le fue pasando.

Subieron a la parte norte donde estaba el ganado y se encontraba una de las mejores vistas del rancho en todo su esplendor. Desde allí se podía divisar casi todo el rancho y las montañas.

Ella estaba maravillada. Se bajaron y se sentaron junto a un árbol, observando el paisaje.

—No me extraña que no quieras irte de aquí. Esto es precioso, maravilloso.

¡Ojalá nos enamoráramos y formáramos una gran familia!

No sabía por qué le había dicho eso, ni cómo salieron esas palabras de su boca. Logan se la quedó mirando...

—No sé, Ana, pero yo estoy dispuesto a que lo nuestro funcione. Ahora, somos un matrimonio. Lo pasamos bien, quizá en un par de años nos planteemos tener hijos. Quiero antes disfrutar de ti y de nosotros. En cuanto al amor... No sé si es necesario para nosotros. Solo sé que estoy muy feliz contigo y eso me basta.

Ana se quedó pensando que tenía razón, pero otras parejas se decían que se amaban, que se querían, y las palabras también eran importantes. Él le demostraba que la cuidaba y que era importante para ella. Hasta ahora había fidelidad, respeto y sexo del bueno.

El tiempo diría si ella iba a necesitar algo más o se conformaría con lo que tenía ahora mismo.

La semana siguiente pasó rápida. Fueron a despedir a sus padres, que se quedaron unos días en el rancho, a Cheyenne, al aeropuerto, y tras despedirlos, se quedaron una noche allí, ya que el viaje era muy largo.

Se quedaron en un hotel precioso de cinco estrellas. Ella no quería gastarse tanto, pero él se reía. Le decía que era como una mini luna de miel. Que disfrutara y no se preocupara del dinero por una noche.

Cenaron en un buen restaurante, precioso e íntimo, y después dieron un bonito paseo por la ciudad. Hicieron el amor por la noche. Se sentía el hombre más afortunado del mundo, cuando ella se quedó dormida en sus brazos y él la contemplaba.

Sabía que ella quería amor, que era una romántica. Y a él le costaba decir esas palabras. Solo sabía que ella era su vida. No sabía si eso era amor, pero los sentimientos que tenía hacia ella eran profundos y se sentía aturdido por lo que sentía con ella y por lo que compartía con ella. Cuando hacía el amor con Ana, y cuando no lo hacía también.

Al día siguiente volvieron al rancho.

Ella terminó todo el papeleo y preparó las nóminas para final de mes, para

hacer las transferencias a cada uno de los trabajadores. Algunos querían cheques, y que Logan las firmara y le diera una copia a los trabajadores y otra para guardarla.

Había conseguido poner en orden todo en dos semanas. El jueves fue a comprar con Mani al pueblo. Y esa semana, ella pagó las hamburguesas.

Se estaban haciendo muy amigos. Le hablaba de su amiga Amalia y le decía que en cuanto la conociera harían muy buena pareja y él se reía.

—Eres una casamentera. Yo estoy bien así.

—No digas eso, Mani, cuando veas a mi amiga, te quedarás embobado, lo sé. Vendrá en junio del año que viene. La he invitado.

—Está bien, si tú dices que me casaré con ella, lo haré. Jajaja.

—Tú riéte, riéte. Ya verás...

Ella ya se había hecho a todo el entramado del rancho y se propuso salir más a ver el exterior, poder ella sola acostumbrarse a conducir la camioneta, que era más fácil que conducir en España, ya que no tenía marchas.

También quería aprender a montar. Logan le había asignado una yegua y fue a verla el miércoles. Era preciosa. Así que todas las mañanas iba a saludarla y le llevaba una zanahoria. Se llamaba Perla. Y con el tiempo y ayuda de Logan, aprendió a montarla sin miedo. Pero eso ocurriría unos meses más tarde.

El sábado, una semana después de casarse, fueron a visitar el rancho de sus vecinos, ya que habían sido invitados a la fiesta que daban: una barbacoa. Según Logan, todo el mundo iba en vaqueros y con sus sombreros, así que eligió unos vaqueros negros, botas negras y un jersey verde con un pañuelo verde estampado. Su abrigo y los guantes. Se hizo una cola alta y se maquilló poco.

Logan también se vistió con vaqueros azules y un jersey de cuello alto azul.

—¡Estás guapísima, mujercita!

—Tú también estás fenomenal, encanto.

—Jajaja. Eso no se le dice a un hombre.

—Tú no eres un hombre cualquiera, eres el mío y te diré lo que me apetezca, guapo. —Y él le dio una palmada en el trasero riéndose.

—Cualquier día te vas a enterar, tramposo.

La barbacoa era magnífica y todo el mundo fue encantador. Conoció a los rancheros cercanos, a sus mujeres e hijos que no habían estado en su boda, también a los que habían estado en la boda dos semanas antes. A otros ya los conocía, gente del pueblo e incluso de otros condados.

Ana se mostraba encantadora con todo el mundo. Logan la observaba de vez en cuando, era tan extrovertida que se relacionaba con todos y tenía como un haz de luz que brillaba por sí sola. A todos les encantaba.

Hasta los niños iban tras ella enseñándoles sus juguetes. Sintió un gran regocijo al mirar a su mujer. Había tenido suerte con esa pequeña latina que, en vez de pedir joyas, estaba trabajando para ahorrar en el rancho. Era una gran mujer.

Cuando algún hombre se acercaba a ella, sentía malestar. Tuvo que reconocer que estaba celoso y estar celoso quería decir, que estaba enamorado de ella. Pero eso debía ser una tontería. Él no se había enamorado nunca.

Claro que nunca había conocido a una mujer como Ana. Estaba deseando llegar a casa y hacerle el amor como si la acabase de conocer. Se sentía como un adolescente encendido y siempre dispuesto para ella. Ana lo encendía hasta la médula. Era una química sexual tremenda lo que sentía hacia ella. Nunca pensó que pudiera pasarle algo así.

Cuando se propuso buscar una esposa, fue más bien para tener alguien con quien compartir las noches y un poco la soledad en las noches. Alguien sencilla y tranquila que fuera su compañera y fuesen sexualmente compatibles, pero Ana era lo mejor que le había pasado en la vida.

Había puesto su mundo patas arriba. Era diferente, tremendamente sexual y erótica una vez que descubrió el sexo con él y se abrió como una flor y lo ponía a cien. Era generosa y buena, y tenía carácter si tenía que luchar por lo que consideraba suyo.

Tenía ciertos rasgos de tranquilidad, pero poseía lo que había pedido y una lista inmensa de más cualidades que le encantaban. Y verla allí departiendo con todo el mundo, tan guapa y sonriente, lo hacía sentirse jubiloso y feliz.

Cuando se despidieron de todo el mundo y cogieron la camioneta para ir al

rancho, ella le dijo:

—¡Qué bien ha estado!, ¿verdad? Algún día daremos nosotros una, ¿quieres?

—Lo que hagas o planees me parecerá bien. Aquí los rancheros solemos hacer barbacoas e invitar a la gente.

—Lo haremos más adelante. En un mes o dos —dijo Ana.

Esa noche fue especial y cuando hicieron el amor fue muy distinto. Ella ya lo amaba, pero Logan sintió algo muy especial. Entró en ella, lentamente, cubriendo todos sus ámbitos con una ternura desconocida en él. Y cuando acabaron no dejó de besarla.

Entre ellos, solo faltaba decirse las palabras adecuadas, pero Ana sabría esperar, no abandonaría, conseguiría que Logan se enamorara de ella, como echó a la rubia del rancho conseguiría tenerlo a él en cuerpo y alma.

Quería sentirse amada también con palabras. Algo más que preciosa, nena o pequeña latina. Eso eran palabras que le llegaban al alma, pero había otras más importantes y ella se atrevería a decírselas si él no se las decía más adelante.

El domingo lo dedicaron a que ella le explicase su plan de acción para el rancho. Logan no se esperaba que ella hubiese hecho ese trabajo tan concienzudamente, tan ordenado y perfecto. Le pareció más que bien. Pero le dijo que cuando quisiera comprarse algo que lo hiciera con el dinero de los dos.

—No necesito nada, Logan. Solo a mi marido.

Algunas veces y aunque no lo había hecho desde que ella vino al rancho, Logan y algunos muchachos tenían que irse a la parte norte, por una semana o varios días y ella debía quedarse sola. Otras veces debían ir a otros condados e incluso a otros estados por unos días para comprar o vender ganado.

Era la primera vez que Logan se iba por unos días a otro estado a comprar los caballos que le había comentado que iba a comprar hacía unas semanas antes y a ella le iba a costar acostumbrarse. Pero eso era el trabajo y el rancho. Y a eso se debía.

Con el tiempo, aprendió a montar y a conducir la camioneta, el coche y el todoterreno. Se sacó el carné de conducir. Iba con Mani los jueves al pueblo. Cogía cariñosamente a Conni y la besaba o abrazaba y salía corriendo para que

esta no le diera con lo que llevara en la mano.

Por las mañanas trabajaba un rato en el despacho, luego daba una vuelta a ver a su yegua. Y a veces, la montaba por las cercanías.

Cuando Logan se iba por días o a comprar ganado fuera y tardaba un par de semanas, lo echaba tanto de menos...

Pero ella siempre encontraba algo que hacer, leía, paseaba, escuchaba música en la pequeña biblioteca, iba donde Mani a echarle una mano en la cocina, porque Conni no la dejaba, e incluso ya se atrevía a ir al pueblo por las mañanas a desayunar algún día o ver las tiendas y comprar algo de ropa que hacía falta, ingresar cheques al banco y todo el mundo ya la conocía y la invitaba a su casa.

Cuando aprendió a conducir, ya iba sola los jueves a por la compra y desayunaba en el café de Bonny.

Algunos días comía con los trabajadores y Logan se unía a ellos y comentaban cosas del rancho. Se sentía muy bien, se había integrado perfectamente a la vida allí y era feliz como nunca lo había sido.

Una tarde la llamó su hermana para decirle que se casaba. Y ella la felicitó, pero no podía ir tan lejos en tan poco tiempo. Esperaba que vinieran a visitarla y que le enviara fotos de la boda.

Y cuando fue al pueblo, le envió una buena cantidad de dinero que ella tenía ahorrado del alquiler de la casa, como regalo de bodas.

Y cuando su hermana lo recibió, le echó una buena bronca, pero ella le dijo que era para su viaje de novios. O para cuando vinieran en verano a verla.

Le hubiese gustado ir, pero no quería dejar a Logan solo tan pronto.

CAPÍTULO OCHO

Hablaba con su amiga Amalia y con su hermana casi todas las semanas.

Y cuando su marido volvía de estar algunos días fuera, hacían el amor toda la noche y él se tomaba el día siguiente libre.

Algunos fines de semana iban a la cabaña. Otros se quedaban en casa y paseaban a caballo... O salían a cenar.

Cuando llegó noviembre, celebraron en el barracón con todos los chicos el día de Acción de Gracias. Conni se fue con Mani al barracón para, entre los dos, preparar la comida.

Prepararon unas mesas grandes y comieron todos juntos por la noche. Fue un día especial. Ella lo pasó muy bien. Posteriormente, los chicos fueron al pueblo a ver los fuegos artificiales, porque en el rancho estaba prohibido por los animales, que podían asustarse.

Así que Mani, que no quiso irse, Conni, Jack, Logan y Ana, se quedaron recogiendo el barracón y la cocina, para no dejarle todo el trabajo solo a Mani.

En Navidad, hicieron lo mismo. La cena de Navidad se celebró en el barracón, pero ella también había comprado un árbol para su casa y lo había decorado para poner los regalos de sus suegros que volvieron por Navidad, como todos los años, pero que no tuvieron inconveniente en cenar el día veinticuatro con todos los chicos en el barracón. Allí habían preparado entre Ana y Mani un árbol que decoraron y decoraron el barracón también.

Algunos de los chicos se tomaron unos días de vacaciones, pero el resto celebró la Navidad y tuvieron sus regalos que Ana se había encargado de comprarles a todos sin excepción.

Sus suegros pasaron una semana con ellos en el rancho y todo lo que hacía Ana, le gustaba, porque era muy detallista y trataba muy bien a todos, al igual que a su hijo.

Se intercambiaron los regalos y Logan le regaló a Ana una cadena de oro con una media luna preciosa, ropa y toda la colección de libros escritos por Oscar Wilde, su autor favorito, que le encantaron. Se sintió muy emocionada.

Sus suegros le regalaron ropa, botas y recuerdos de Miami. Logan, recibió ropa de sus padres y una caja de vinos muy caros de reserva.

Ellos les regalaron a sus padres un viaje a Nueva York para una semana, porque su madre no había ido nunca. Les hizo mucha ilusión.

Y solo quedaba el regalo que ella le hizo a Logan, aparte de su perfume caro, un sombrero nuevo, para que se lo pusiera en las ocasiones especiales, una cartera de piel, ropa. También le regaló unos guantes de trabajo nuevos y un kit de cerveza artesanal que le hizo mucha gracia.

Era la primera Navidad que pasaba en el rancho y fue inolvidable. Hacía mucho frío y estaba todo nevado, pero era maravilloso para ella.

Habían pasado ya seis meses desde que llegó al rancho. Estaban a primeros de abril y era muy feliz. La primavera empezaba a florecer en el rancho y el duro y frío invierno iba dando paso a las mañanas preciosas y templadas. Las flores se posaban en los prados haciendo del paisaje y las praderas, un manto de colores. Parecía que después del frío invierno, el rancho cobraba vida.

Ana nunca había visto el rancho en primavera. Y era una delicia. Por las mañanas se daba un paseo antes de desayunar para respirar el aire puro y hacer un poco de ejercicio, ya que pasaba muchas horas en el despacho sentada. Aunque también se encargaba de las flores y a veces le gustaba entrar en el huerto.

Iba a dar un paseo a caballo por las tardes en el rancho, aunque fuesen paseos cortos, para que su yegua se acostumbrara a ella.

Se había acomodado a la vida allí, a querer a la gente. Nunca tuvo un roce con nadie. La respetaban y la querían. A veces hasta los trabajadores bromeaban con ella y ella se lo tomaba bien. O la llamaban para jugar al billar antes de la cena, porque era malísima. Y se lo pasaban en grande.

Hicieron una barbacoa un sábado e invitaron a mucha gente de los alrededores. Se había convertido en una anfitriona perfecta. Había crecido como persona. Le encantaba el estilo de vida americano de ese pueblo, donde todos eran como una gran familia.

Conni y Jack estaban muy contentos, pues el rancho había recobrado vida. Ella los trataba como si fuesen sus padres, porque era muy cariñosa, siempre estaba abrazándolos y ellos la acogieron como la hija que nunca tuvieron y la querían tanto como a Logan.

En junio, su amiga Amalia fue a visitarla. Fue muy emocionante. Hacía casi un año que no la veía. La recogió en el pueblo y desayunaron en el café de Bonny. Le compró un sombrero y unas botas. Amalia era alta, rubia y muy guapa.

Y cuando llegaron al rancho, los chicos le revoloteaban alrededor y Ana se reía.

—Ana. Esto es maravilloso. ¡Eres una auténtica vaquera! ¿Eres feliz? —le

decía toda emocionada por todo lo que veía—. No me extraña que no quieras volver ni irte de aquí.

—Muy feliz, tengo un marido al que adoro y este es mi rancho. Dice que todo es de los dos y vine casi sin dinero.

—Sin dinero, no, tenías una buena cantidad, Ana, y yo te he metido regularmente la renta de la casa. Así que no te subestimes.

—Sí, pero él es tan rico, que lo mío comparado con lo que tiene, es una gota de agua en un océano. Y cuando digo rico, digo millones de dólares, Amalia. A mí solo me importa él. Por eso cuido tanto del dinero y no quiero gastar a no ser que sea imprescindible. Es tan generoso, honesto, trabajador y guapo... que no tiene defectos.

—Si Logan no le da importancia al dinero, no se la des tú. Si no, vas a estar preocupada siempre por una tontería, mujer. ¿Y en la cama? —preguntó curiosa.

—A ti precisamente tenía que contártelo yo.

—Quién mejor que tu amiga para darte un consejo. Anda, cuenta.

—La primera noche ya fue maravillosa. Fue muy delicado conmigo y se extrañó que fuese virgen.

—Mujer, es que a los veinticinco casi nadie lo es. Yo dejé de serlo a los dieciocho, el día de la fiesta de graduación del instituto.

—¡No me lo puedo creer! ¿Quién fue el afortunado? Eso me lo tienes que decir, vamos...

—Es cierto. ¿Recuerdas a Alberto? El inteligente de la clase.

—Jajaja. No me lo creo, pero si lo tenías al pobre acosado y te metías con él.

—Pero me gustaba en el fondo. Fue increíble. Me costó un poco porque la tenía muy grande, jajaja. Lo pasé muy bien, que lo sepas.

—Y ¿por qué no saliste después con él? —preguntó intrigada Ana.

—Porque sus padres se cambiaron de residencia a Madrid y ya no nos volvimos a ver más. Una pena.

—Cuántos secretos...

—Bueno, y ¿cómo es Logan?

—Es guapo, honrado, honesto, altísimo y muy sexual.

—Pero... porque aquí hay un *pero*, te conozco Ana —le dijo algo preocupada.

—Pues cuando hablamos de amor, él no quiere tocar el tema. Dice que no se ha enamorado nunca, me trata estupendamente, me es fiel, pero que el amor no es importante para él, que no cree que se enamore nunca, pero se comporta como un enamorado hasta las trancas y a veces hasta se ha mostrado celoso. Me gustaría que me dijese que me ama, que me quiere, sobre todo cuando hacemos el amor. Me dice cosas cariñosas, y especiales, pero esas palabras nunca. Y esa es la única pena que tengo. Pero demuestra sus emociones. Me conformo. Soy muy feliz, en serio.

—Pero ¿nunca has hablado de este tema abiertamente con Logan?

—Sí, hace tiempo, al principio, aunque siempre me decía lo mismo, que el amor está sobrevalorado, que él nunca había sentido eso, que no creía que existiera.

—Yo creo que lo que le pasa es que al no haberse enamorado nunca, no reconoce ese sentimiento, pero por lo que me cuentas, seguro que está enamorado de ti hasta la médula. ¡Déjame que lo observe mirarte y te cuento!

—¿Qué eres, una bruja?

—Jajaja. Un poco, sí.

Y cuando vino Logan del campo, le presentó a su amiga Amalia y le dijo que iba a quedarse con ellos quince días.

—Encantado, Amalia, puedes quedarte el tiempo que quieras. Esto es tuyo. Las amigas de mi mujer siempre son bienvenidas.

—Gracias, Logan. Ana me ha hablado tanto de ti, que parece que te conozco de toda la vida.

—Espero que te haya contado cosas buenas de mí —dijo, mirando con adoración a Ana. Se acercó a ella y cogiéndola por la cintura le dio un beso en los labios.

—No te preocupes. Todas buenas. Está encantada contigo y con el rancho. No conseguiré jamás llevármela de vuelta a Cádiz.

—Yo tampoco dejaría que te la llevaras. —Sonrió—. La necesito aquí conmigo. Ya no podría vivir sin ella. Además, ¿quién iba a llevar todo el papeleo del rancho?

—¡Qué malo eres! ¿Quieres tomar algo? Conni nos ha dejado bocadillos en la cocina. Ha salido a su casa un momento —dijo sonriente Ana.

—Sí, cielo, porque tengo que irme. Tenemos trabajo que hacer. Tendrás que perdonarme, Amalia, cuando vuelva por la noche me contarás cómo era Ana cuando vivía en Cádiz. Quiero saberlo todo.

Y cuando terminaron unos bocadillos y un vaso de limonada, se despidió de ellas y se fue de nuevo.

—Eres una exagerada. Ese hombre, es un pedazo de tío bueno que está hasta las trancas por ti. Si no te dice esas palabras que tú quieres oír, no pasa nada. Te dice otras. Quizá tenga otra cultura o creció con una educación diferente a la nuestra. Date cuenta de que los andaluces, somos demasiado abiertos y no tenemos tapujos a la hora de expresar nuestras emociones. Así que déjate de tonterías y no pienses tanto. Vive, mujer, que esto es el paraíso.

Más tarde cuando descansaron un rato y ella le enseñó la casa y le presentó a Conni, subieron a la habitación que le había asignado.

Era grande como todas, con su baño privado, algo alejada de la de ellos. Le ayudó a colocar la ropa, mientras hablaban de sus padres, de que el trabajo le iba muy bien, había hecho un curso de cocina y otro con un chef importante y quería poner un restaurante o bar de tapas bonito y coqueto en Cádiz.

En cuanto volviera, empezaría a buscar locales y haría una memoria estudiada para ver qué capital debía pedir al banco.

Cuando se cansaron decidieron dar un paseo por el rancho y luego almorzarían y la dejaría dormir hasta la noche, porque la pobre estaba cansada.

Fueron a ver a Mani, porque ella quería presentárselo y él, que tanto se reía cuando Ana le hablaba de Amalia, se quedó sin habla al verla. Amalia hablaba inglés con alguna dificultad, pero se desenvolvía bien. Al momento conectaron.

Hubo química entre ellos y Ana pensó en mandarla cada dos por tres con alguna tontería en busca de Mani. Y qué decir tiene que los dos jueves, vendría con ellos al pueblo en busca de las compras y la hamburguesa. Aunque llevaba tiempo yendo sola desde que aprendió a conducir, esas dos veces, se llevaría a Mani con alguna excusa.

—¿Qué pasa aquí, todos los vaqueros son guapos y altos? —dijo para romper el hielo. Amalia, al igual que Ana, no tenía pelos en la lengua a la hora de decir algo.

—Jajaja. Los de mi rancho, sí. Voy a hacer un catálogo por Navidad. ¿Verdad, Mani?

—Seguro, me pondrá en la portada con una sartén que pueda taparme algo. —Se rieron los tres de buena gana.

Después de charlar un rato con Mani, se despidieron de él, y Ana le guiñó un ojo a Mani al salir, sonriendo, y este sonrió también moviendo la cabeza de un lado a otro, como si su jefa no tuviera solución.

Se había empeñado en emparejarla con su amiga. Pero la verdad es que cuando Mani la vio, se quedó prendado. Era alta y rubia y era toda una belleza, sintió una química especial hacia ella. A lo mejor su jefa era una bruja que no estaba mal encaminada. Le había gustado.

Cuando salieron del barracón, Ana le dijo:

—Ese va a ser tu marido. Es el que he elegido para ti.

—Estás más loca que una cabra, Ana. El rancho te ha nublado los sentidos.

—Sí, sí, ¿pero a que es guapísimo?, además de un encanto y una buena persona.

—Tienes razón, me ha gustado mucho.

—Lo sabía, lo sabía. —Dando un salto de satisfacción.

—Vamos, anda, enséñame tu yegua.

Cuando llegó a cenar por la noche Logan, este le preguntó por anécdotas de Ana, quería saberlo todo y se reía mucho cuando Amalia le contaba cosas de cuando jugaban de pequeñas en la calle.

También, la vida tan dura que tuvo que llevar cuando sus padres murieron. Y le dijo a Logan que esperaba que la tratara bien, porque su amiga era la mejor mujer y la mejor amiga que había conocido. No sabía decir nunca no a nadie a la hora de ayudarles, y a veces se habían aprovechado de su buena fe.

Él le dijo que allí la trataban como una reina. Que era la dueña del rancho. Incluso que a él le llamaban Logan y a ella, la jefa. La cena transcurrió muy amena y luego se tomaron un café en el salón. Al día siguiente iban a comprar porque era jueves.

Le quería enseñar todo a su amiga. Además, aunque su amiga le podía haber ayudado, ella quiso que Mani, como antes, la acompañara. Empezaba su papel de Celestina.

Cuando se acostaron por la noche Logan y Ana, y después de hacer el amor apasionadamente y recuperar el aliento, ella estaba recostada en su pecho.

—¿Qué te parece Amalia?

—Me gusta, se ve una mujer simpática y muy guapa y te quiere mucho. Pero me tiene a los muchachos revolucionados.

—Mientras a ti no sea...

—No seas tontita. Me gustan pequeñas y manejables y con carácter cuando tienen que tenerlo —le dijo tocando sus pechos.

—Creo que se han gustado. He notado la química entre ellos.

—¿Entre quién?, ¿de quién hablas, cielo? —dijo, ignorante de a quiénes se refería.

—De Mani y de Amalia. Ya nos podemos buscar a otro cocinero. Ya verás.

—¡Cómo eres! Anda, duerme.

—Cuando te diga: te lo dije, ya me darás la razón.

—Dame un beso antes de dormir, casamentera mía, jaja.

—Ya te reirás, ya. —Le dio un beso y se acurrucó a su cuerpo.

Al día siguiente fueron los tres al pueblo e hicieron la compra como siempre. Pero quisieron dar una vuelta para que lo viera Amalia, y Mani no tuvo más

remedio que acompañarlas. Participaba activamente en la conversación. Era ameno y divertido y después se fueron al banco y a por su hamburguesa, antes de pasar a por la compra.

A Amalia le encantó la hamburguesa.

—Te ha pasado como a mí la primera vez que la probé. Que estaba buenísima.

Volvieron al rancho con la compra y ella mandó a Amalia a que fuera a ayudar a Mani a descargar lo de los barracones, después de haber dejado la compra de Conni y la de la casa grande.

Cuando llegaron a descargar, Mani le dijo mientras iban descargando cosas:

—Lo ha hecho aposta, ¿lo sabes, no?

—Jajaja, sí, Ana es tremenda cuando se propone algo y se ha propuesto emparejarnos.

—Pues no me importaría lo más mínimo. Eres preciosa.

—Gracias —dijo Amalia toda roja.

—¿No eres un poco mayor para ponerte roja por un piropo? —dijo en tono irónico, pues le había encantado ese gesto en ella.

—Jaaja. No se te escapa una. Me intimidas un poco. Eres muy alto y guapo también.

—Pues si tú me pareces guapísima y yo te parezco guapo, ¿por qué no salimos el viernes?

—No sé, Mani, le tendría que preguntar a Ana. No quiero tampoco dejarla sola.

—Ella tiene compañía de la buena. Logan no la deja ni a sol ni a sombra. Está colado por ella.

—Bueno, aun así, se lo preguntaré y te lo digo, ¿vale?

—Vale. Démonos los teléfonos, si quieres.

—Claro.

Y se dieron los teléfonos. Ella terminó de ayudarlo y se fue con Ana a la casa grande.

—El fin de semana, Mani me ha invitado a salir. Bueno, mañana —le dijo a Ana.

—Pues claro tonta, ve a divertirte. Es un chico estupendo.

—¿Quieres casarme con él?

—Por supuesto, ya se lo dije en cuanto vine. Haréis buena pareja.

Durante el tiempo que Amalia estuvo en el rancho, salió los fines de semana con Mani. Hasta su marido Logan le comentó que al final iba a tener razón, pero que ella se iría y eso se acabaría.

Y Ana le decía que cuando era amor verdadero, no había distancias y él se reía.

Se fueron una noche a la cabaña, las dos solas. Logan le dijo que tuviera cuidado y que lo iba a abandonar una noche sin sexo. Y ella se reía. Era insaciable.

—Es una noche solo, cielo. Lo pasaré con una amiga. Y te echaré de menos.

—¿Y me dejas sin sexo esta noche?

—Jajaja, qué bobo. Te compensaré...

—¿Cuándo?

—Cuando quieras, encanto.

—¿Ahora?

—¡Ven, pequeño...!

Le enseñó a Amalia la ciudad más cercana que estaba a dos horas de distancia y pasaron allí el día, eso sí, llamaba de vez en cuando a Logan para decirle que estaban bien. Dieron muchos paseos por el rancho y charlaron muchísimo.

Comieron algunas veces en el barracón con Mani, sobre todo a media mañana y la mandaba con cualquier excusa a por algo, para que Mani y ella estuvieran solos. Algunas noches los había visto pasear después de la cena.

Y cuando su amiga tuvo que irse, le dijo que Mani era especial. Le dio mucha pena tener que irse. Mani la había besado y habían hecho el amor en el campo. Ana no se lo podía creer. Se alegró mucho por ella.

—Hemos quedado en escribirnos y llamarnos, pero nos va a costar una pasta, mejor escribirnos o hablar por *Skype* por las noches, cuando él termine su tarea. Y ya veremos en qué acaba esto. Me ha encantado ese hombre.

—Ya te dije que tenía a un vaquero para ti.

—Es cocinero.

—Mejor. Así podéis poner el restaurante entre los dos.

Ella quería llevarla a Cheyenne, pero eran muchas horas de viaje y no quería que viniera sola de vuelta al rancho después de tantas horas conduciendo cuando ella podía tomar el autobús. Cogería el autobús.

Así que se despidieron en el rancho llorando y ella mandó a Mani a que la llevara a la estación de Jackson Ville, para que así pudieran despedirse a solas.

Le dijo que la fuese llamando en cada parada que hiciera hasta llegar a Cádiz para quedarse tranquila de que había terminado bien todo el viaje.

El tiempo le daría a Ana la razón. Amalia volvió a Cádiz, pero cuando Mani tuvo vacaciones en agosto fue a visitarla y se casó con ella. Fue una boda relámpago.

Habían estado en contacto desde que Amalia se fue del rancho. Pusieron juntos un restaurante en Cádiz. Su amiga la llamaba diciéndole lo feliz y bueno que era Mani. Se divertía con él. Y estaba enamorada de ese hombre hasta las cejas.

Y Logan le dijo que de verdad era una casamentera y que ahora se habían quedado sin cocinero. Tuvieron que contratar otro.

Esta vez, contrataron a uno de más edad, que le habían recomendado de un rancho cercano. Estaba sustituyendo en el rancho a Mani en agosto. Se llamaba Thomas y tenía cuarenta y dos años.

Había sido chef en Nueva York y cocinero toda su vida. Pero quería una vida tranquila y se había ido a Wyoming. Era más serio que Mani, pero agradable y honrado. Y ella le explicó cómo llevaba con Mani el tema de los pedidos.

Y no puso ningún problema. Incluso Ana le enseñó los pedidos de Mani de los dos últimos meses para que tuviera una idea de lo que se cocinaba y gastaba en el rancho. Se hizo pronto al rancho y a su rutina y se integró muy bien.

A los diez meses de estar allí, en agosto, cuando Mani fue a Cádiz, su hermana y su cuñado hicieron un viaje a Nueva York y ella los invitó al rancho. Estaba deseando ver a su hermana.

Y los visitaron en el rancho. Estuvieron dos semanas con ellos. Logan se portó muy bien y congenió perfectamente con su cuñado. Le dedicó mucho tiempo, a pesar del trabajo y ella lo agradeció inmensamente.

Montaron a caballo, le enseñó el rancho y la forma de trabajar y como eran abogados, tenían muchas cosas en común para hablar.

Fueron al pueblo a cenar y a bailar, e incluso a veces su cuñado se levantaba temprano y se iba con Logan a trabajar.

Ya que estaba allí en Wyoming, y tenían aún unos días de vacaciones, iban a hacer un tour y visitar los sitios más importantes y pintorescos.

Iban a alquilar un coche y luego lo dejarían en el aeropuerto de Cheyenne. Con el coche podían visitar a su antojo todos los sitios turísticos e ir parando donde quisieran. E invitaron a Ana.

—Vamos, Ana, serán unos diez días. Seguro que a Logan no le importará — le dijo una noche en que cenaban los cuatro juntos—. ¿Verdad Logan que no te importa que nos la llevemos? Nunca ha salido a ver nada. Cuando estábamos en Cádiz era una monja.

A Logan no le hacía gracia quedarse solo sin ella tantos días, pero no podía ser egoísta. Ni siquiera habían ido de viaje de novios y la pobre llevaba casi un año metida en el rancho sin quejarse. Se lo merecía.

—Por supuesto que irá con vosotros. Necesita respirar un poco hasta que vendamos el ganado y hagamos algún viaje nosotros.

—Pues nada, prepara las maletas que salimos mañana por la tarde. Ya veremos dónde vamos. Lo vamos a decidir sobre la marcha.

Ella estaba muy entusiasmada por el viaje, pero, por otro lado, no quería dejar a Logan solo. Quizá le viniese bien que se echaran un poco de menos y se

diera cuenta de que la quería. Iría con su hermana y su cuñado a ese viaje. Necesitaba salir un poco y aprovecharía para estar con su hermana.

Cuando esa noche estaban acostados, le dijo a Logan que si le importaba quedarse solo.

—No, no me gusta quedarme solo, pero quiero que te diviertas. Te voy a echar mucho de menos, pequeña.

—Ya verás que vengo pronto y cuando venga, pongo al día el despacho.

—Eso es lo que menos importa ahora, Boba. Ahora tienes que compensarme por todos los días que te vas a ir. —Y tocó su sexo listo para él. Siempre que la tocaba.

—Jajaja. Aprovechemos. —Y se colocó encima de él, dispuesta a que no la olvidara.

Después de comer a mediodía, uno de los muchachos los llevó al pueblo a Ana, a su hermana y a su cuñado, en el todoterreno. Allí tomaron el autobús que los dejaría, no en Cheyenne, sino en una ciudad cercana, Casper, donde podían alquilar un coche y dejarlo cuando acabaran su viaje en el aeropuerto de Cheyenne.

Al primer lugar donde se dirigieron fue a ver el Parque Nacional de Yellowstone, el centro histórico de Búffalo Bill. En los siguientes días les dio tiempo a ver infinidad de sitios, ya que querían ver lo máximo posible.

Entre los lugares que visitaron: el Parque Nacional del Gran Tetón, la Montaña del Gran Tetón, el Old Faithful de aguas termales volcánicas, la caldera de Yellowstone, que también tenía un cañón de aguas termales volcánicas, la Gran Fuente Prismática de aguas termales también (ya le había advertido Logan de que en ese testado había muchas piscinas y jacuzzis de aguas termales naturales, y ella pensó en él).

Fueron un día a ver el Monumento Nación, la Torre del Diablo en las colinas negras. Jackson Hole, ciudad donde se realizaban los rodeos más importantes, situada en el valle de las Montañas Rocosas.

Y visitaron algunos lagos, el lago Jenny, el lago Jackson, y la cascada Canyon. Algunos lugares para decirle a Logan dónde había ido y, se les olvidaría

apuntarlo, pero estaba cansadísima del tour que hicieron. Sin embargo, su entusiasmo le llevó a vivirlo todo con una gran emoción.

Ella, que no había salido de su pueblo y del rancho, le parecía todo maravilloso, alucinantemente bello.

No sabía que vivía en un estado tan peculiar con paisajes inimaginables y se acordó de la pareja para la que trabajaba en Cádiz: tenían razón. Le encantaba y era todo una maravilla de la naturaleza que merecía la pena ver.

Comieron de todo lo típico de las regiones y condados que visitaban y ella quiso pagarse sus hoteles y algunas veces le dejaban pagar la comida o alguna entrada a los parques.

No iba a permitir ir sin pagar nada. Lo pagó de la cuenta particular de ellos, porque sabía que luego Logan miraría y le reñiría si pagaba del dinero que ella tenía guardado para nada, la verdad. Porque no pensaba volver a España, salvo de visita. No dejaría a su hombre solo.

Lo echó tanto de menos... Le hubiese gustado que no tuviera tanto trabajo y la hubiese acompañado. Sin embargo, el estar con su hermana, las había unido mucho. Por supuesto que su hermana le preguntó una tarde que tomaban café si era feliz.

—¿Eres feliz aquí de verdad, Ana? Dime la verdad. No quiero que me mientas —le dijo en un tono serio.

—Soy más feliz que en toda mi vida. Es un hombre especial y ya no podría vivir sin él. Y el rancho es mío, o eso dice. Y me encanta la vida en el rancho. Y en el pueblo todos nos conocemos, como en España. Somos una gran familia. Logan trabaja mucho para hacer un rancho próspero, se preocupa por todos y por mí también. Me trata como a una reina. Si no discutimos nada. A veces discutimos porque no quiere que gaste dinero de mi cuenta particular. Tenemos la del rancho a nombre de los dos y la de la empresa que llevo del rancho, también. Se fía de mí, incondicionalmente. Eso es más de lo que puedo pedir en un hombre. De verdad, María. No tienes que preocuparte por mí, si no, me iría contigo dejando ahora mismo todo en el rancho.

—Me alegro mucho, Ana —dijo esta con lágrimas en los ojos. Sé todo cuanto hiciste por mí y si ahora puedo devolvértelo...

—No me debes nada. Hice lo que tenía que hacer. Además, me saqué una carrera en la que estoy trabajando y me asigno un buen sueldo por ello. Te quiero. No seas tonta. Lo que sí me gustaría es que al menos nos viéramos una vez al año o cada dos y estar en contacto como ahora.

—Eso ni lo dudes. A nosotros nos va muy bien. Trabajamos los dos en un bufete de abogados y estamos encantados. Nos vamos a comprar una casa, pero si necesitas dinero, no tienes más que decirlo.

—No necesito dinero. Logan es rico y cuando digo rico, es que tiene millones de dólares.

—¡Madre mía, Ana!

—Así que os puedo decir lo mismo. Si necesitáis algo, me lo pides.

Se abrazaron y alguna lagrimita se les escapó por todo cuanto habían pasado, porque estaban solas y lejos. Se dijeron que se querían, que ya les quedaba un día para irse y que se quedaba más tranquila viendo a su hermana feliz en el rancho.

Y al día siguiente fue donde los llevó su cuñado y su hermana, a Cheyenne, donde pasaron un día de descanso. Ella había comprado un montón de recuerdos para los chicos del rancho y para Conni, Jack y, sobre todo, para Logan.

Incluso algunas cosas para colgarlas en la casa y en el barracón de los chicos. Adornos de los rodeos que compró en Jackson Hole.

Y llegó el momento en que su hermana y su cuñado se fueron. Los despidió en el aeropuerto, y dejaron el coche, una vez pagado, en la agencia misma donde lo alquilaron en Casper, pero en una filial que tenía en el aeropuerto de Cheyenne.

Iban a Nueva York y de allí, a Madrid.

Una vez que se despidió de ellos, le pareció seguir la misma rutina de la primera vez que vino.

Eran las cinco de la tarde cuando se fueron y se le quedó un vacío grande, pues lo había pasado con ellos fenomenal y ver que su hermana menor se iba de

nuevo y no sabía cuándo volvería a verla, se le hizo un nudo en la garganta.

Quiso quedarse en el aeropuerto un rato más, pues lo prefería a estar en la estación de autobuses, porque hasta las nueve de la noche no salía en autobús a Jackson Ville.

Dio una vuelta por el aeropuerto, comió allí, tomó un café y llamó a Logan, para decirle que llegaría al día siguiente. Estuvieron hablando como una media hora.

Le dijo que tuviese cuidado, que quería verla sana y salva y que la echaba de menos. Habían hablado todas las noches y él decía que la echaba tanto de menos, a ella, y a ella en su cama. Que estaba acostumbrado a tenerla entre sus brazos cuando llegaba del trabajo.

Y era verdad. Logan, en todo el tiempo que la tuvo, nunca la había echado tanto de menos, ni incluso cuando se iba él de viaje o a los campos del norte, porque sabía que estaba allí en su casa, esperándolo.

Sin embargo, tuvo miedo de que al ver a su hermana, se lo pensase mejor y pudiera irse de nuevo a España. Si se iba, ¿qué iba a ser de él? Tuvo un miedo horrible tan solo pensarlo. Ahora, cuando lo había llamado, y le dijo que su hermana y su cuñado se habían ido y que ella estaría al día siguiente en el rancho, supo de su corazón henchido de felicidad.

Ya no era solo su cuerpo, su gracia y su honestidad, sino que tuvo un sentimiento de felicidad que se preguntó si eso no era amor. Debía ser amor.

¿Cuántas veces le había dicho a ella que el amor estaba sobrevalorado y que él no se enamoraría nunca? Mentira. Estaba totalmente enamorado de esa pequeña latina. Y sabía que ella lo estaba de él y que había cometido el error de no decírselo.

Ella había estado esperando que se lo dijera. Había tenido toda la paciencia del mundo con él. Era tan generosa que no le había pedido nada. Pero a partir de ahora, no iba a tener que pedirle nada. La haría la mujer más feliz del mundo.

Le diría que la amaba, que la quería, que era su vida, su risa, su voz, su perfume y su forma de ser, lo que lo tenía loco y no solo su cuerpo que le respondía siempre. Sabía que la hacía feliz en la cama y fuera de ella.

Aparte de que ella era una mujer feliz por naturaleza, la veía contenta siempre, con todo. Había sido un tonto en no darle más, lo que se merecía. Esas palabras que a él tanto le costaba decir y que no le costarían nada ahora decirle.

Era su Ana, la mujer de su vida, su amor eterno, su pequeña latina. Y no veía el momento de verla. Había estado huérfano como nunca. Quería que volviera un trozo de su corazón que lo había dejado solo, diez largos y solitarios días. Estaba impaciente.

Ella, por su parte, también lo había echado de menos. Aunque había estado tan ocupada absorbiendo todo cuanto veía, que cuando más pensaba en él era por las noches. Además, estaba acostumbrada a quedarse sola durante algunas semanas en las que él se iba a comprar o a la otra parte del rancho.

Y le vino muy bien estar con su hermana, esos días. Era una forma de liberarse también y salir fuera. Y lo pasó tan bien... Le hubiese gustado que estuviera Logan con ella, pero no podía ser.

Cuando terminó el café, fue a arreglarse un poco al baño y tomó un taxi hasta la estación de autobuses. Allí compró en un supermercado unas latas y bocadillos para el viaje. Repetía la misma rutina de la vez anterior, la primera vez que llegó allí.

Eran las ocho de la tarde y dentro de la estación de autobuses, cenó en una hamburguesería. Y estuvo anotando en su cuaderno de viaje sus últimas anotaciones para luego contárselo a Logan y guardarlo.

Y a las nueve menos cuarto con su billete en mano, se montó en el autobús de vuelta a casa.

Pero ahora, esta vez, sabía dónde iba y estaba deseando llegar. Cerró los ojos y se quedó dormida. El viaje se le hizo más largo que los diez días fabulosos que había pasado con su hermana y su cuñado. Estaba cansada. Y se despertaba de vez en cuando. Parecía que el tiempo no pasaba.

Pensó en cosas, como en que tendría que volver a poner al día las facturas de esos diez días, pero sobre todo quería ver a Logan. No se había separado de él tanto tiempo, o al menos no había sido ella la que se había ido.

Cuando llegó por fin a la estación de Jackson Ville, y salió fuera con su maleta y un bolso grande, lo vio.

Allí estaba Logan, en toda su altura, tan guapo, al lado de la camioneta, con su sombrero y un ramo de rosas rojas, esperándola.

Pensaba que sería Jack el que iría a recogerla. El trabajo del rancho requería mucho sacrificio y tiempo. Pero allí estaba Logan, guapísimo, con una sonrisa radiante al verla. Ella se quedó parada mirándolo y corrió a su lado. Dejó la

maleta en el suelo y saltó sobre Logan, que la agarró fuerte y la pegó a su cuerpo, besándola intensamente.

—¡Te he echado de menos, pequeña latina!, me has dejado mucho tiempo solo. Por un momento creía que te ibas a España con tu hermana y he tenido mucho miedo.

—¿Logan Slater, miedo? —preguntó, mirando sus ojos azules y transparentes que tanto amaba.

—Mucho. Te he necesitado en mi vida y en mi cama, señora Slater.

—Vámonos o daremos un espectáculo aquí. —Porque él no dejaba de besarla y acariciarla.

—¿Has desayunado? —le preguntó, porque la vio muy cansada.

—No y tengo hambre. Me muero por un buen desayuno.

—Pues eso hay que solucionarlo. A desayunar.

Fueron a la cafetería favorita de ella, la de Bonny y desayunaron juntos.

—Casi siempre venía aquí con Mani y ahora que sé conducir vengo sola. Me encanta.

—Vendré contigo algunos jueves que pueda —dijo con cierta envidia por no poder acompañarla.

—¿Otra vez celoso?

—Sí, te quiero para mí solo.

—Soy tuya. Lo sabes mejor que nadie. Luego te lo demostraré. Tenemos que recuperar el tiempo perdido. No puedo dejar tanto tiempo solo a un hombre como tú. Me lo pueden robar y me moriría.

—¡Qué bobita! Nadie te va a robar lo que es tuyo y yo, soy todo tuyo. Estoy impaciente. Y loco por tus huesos. ¡Vamos, come rápido!

—No seas tonto, jaja.

Por el camino, ella le fue contando todo lo que habían visto, lo bien que se lo había pasado. Todas las anécdotas del viaje, los lugares que habían visitado, etc. Le mostró su cuaderno de viajes que ya se lo enseñaría. Todo cuanto había visto

y lo que más le había gustado.

—Aún tenemos pendiente nuestra luna de miel.

—Pero Logan, si hace ya diez meses que vine. No te preocupes, pero tenemos que volver a ver las termas tan preciosas de los parques. Alguna vez iremos juntos también.

—Sí, señora, hay que ver el estado en el que uno vive. Iremos juntos de nuevo en cuanto tengamos unos días libres. Necesito unas vacaciones.

—Es verdad. Trabajas mucho, Logan. Tenemos que ir a algún sitio. No puedes trabajar tanto. Jack es muy eficiente y cuidará del rancho. Lo que pasa es que eres muy cabezota y quieres controlarlo todo. Pero tienes que aprender a delegar alguna vez.

—¿Qué te parece que vayamos el mes que viene?

—Me parece pronto, con el tute que me he dado. Esperemos que pase un poco el calor y vamos a nuestra luna de miel, aunque sea cerca.

—¿Las Vegas te parece bien?

—Casi prefiero Nueva York. Tanto juego me aburriría. Además, está muy lejos y a mí me gusta más el paisaje.

—Hecho, vamos a Nueva York. Te lo prometo. Iremos unos días y si quieres ir a otro sitio, también vamos.

—¡Te quiero, te quiero! —Se abrazó a él en la camioneta.

—Loca... yo también te quiero.

Él la miró sonriente, pero ella no fue consciente de las palabras que le había dicho. Lo hizo impulsivamente, pero era cierto, la quería y la amaba. Y una vez abierta la caja de Pandora no se iba a dar por vencida. Ya era hora.

—¿He oído bien? ¿Me has dicho que me quieres? —dijo, toda sorprendida, con la boca abierta.

—Cierra esa boca. Has oído bien.

—Pero si tú crees que el amor está sobrevalorado y no te ibas a enamorar nunca.

—Siempre se puede cambiar de opinión. —Aparcó la camioneta en el arcén en la entrada del rancho, y la besó con pasión—. Te amo, te quiero y no me he dado cuenta hasta ahora que te has ido. Y he sufrido mucho pensando que no volvías.

—Dios mío, Logan, con lo que yo te amo... Estoy enamorada de ti desde la primera vez que fuimos a la cabaña. Jamás pensé que me lo dirías. —Y empezó a llorar.

—Vamos, pequeña, no llores, te quiero y te lo diré todos los días de mi vida para compensar lo tonto que he sido.

—Te quiero, Logan, mi hombre.

—Te amo, amor mío, pero vámonos ya o tendré que poseerte aquí mismo en medio de la carretera y nos verían y seríamos la comidilla del pueblo.

—Jajaja. Vamos a casa.

Era viernes cuando llegaron a la casa. Abrazó a Conni y a Jack. Les llevó regalitos a los trabajadores. A Thomas le compró un delantal con la bandera del estado y a Conni y a Jack, les llevó una chaqueta de lana larga para ella y de lana gordita para él. Se emocionaron mucho.

Subieron la maleta al dormitorio y abrió el regalo para él. Un reloj de oro. Era precioso. Se lo había comprado con sus ahorros y aún tenía dinero. Pero le encantó y no se pudo resistir. Él se lo puso en la muñeca emocionado.

Nunca había tenido reloj. Con el móvil se apañaba. En la universidad tampoco tuvo. Era algo de lo que había prescindido, porque en el campo no lo necesitaba. Así que le hizo mucha ilusión. Se lo pondría en las ocasiones que salieran juntos. También le compró ropa, camisas y jerséis preciosos para vestir.

—¿Con qué dinero has comprado el reloj?

—Con el mío, que es nuestro también. No tiene importancia. Tengo dinero de la casa y es un regalo.

—Vamos a ver, Ana, me voy a enfadar contigo un día de estos. El dinero que tenemos es nuestro. Quiero que te quede claro.

—Ay, mi niño, no te enfades hoy, mañana, ¿vale?

—Vale, pequeña, pero ya hablaremos de eso. Por no sé cuántas veces.

—¡Ven aquí! —Le cogió el brazo.

Y le dio un empujón que lo tumbó en la cama pillándolo de sorpresa, se echó encima de él, y este la abrazó con fuerza, la besó y empezó a desabrocharle la blusa, ella le desabrochaba los pantalones liberando su sexo duro y lleno para ella. Se quitó los pantalones y se colocó de nuevo encima introduciendo el miembro de Logan en su sexo húmedo y moviéndose rítmicamente, mientras Logan mordisqueaba sus pezones.

—Me han cambiado a mi esposa. Es una salvaje vaquera del Oeste.

—Te echaba de menos tanto... eres tan sexy y tan guapo... y te amo tanto...

—Tú sí que eres guapa. Mi amor, y como sigas así, después de tanto tiempo no voy a durar nada.

—No quiero que dures, te quiero ya...

Y como si hubiese pasado un año desde que no tenían sexo, Logan acalló con su boca un grito y vació su lluvia blanca en ella, mientras resbalaba por su piel.

Estaban agitados.

Cuando recobraron las respiraciones...

—¡Mira lo que has hecho, hay ropa por todos lados! Tengo un marido desorganizado.

—Mira quién fue a hablar. —Y le dio una palmada en el trasero—. Me encanta tu trasero.

—En serio, te he echado tanto de menos, cielo, tu cuerpo, tu calor, amanecer y acostarme contigo... creo que estoy tan enamorada de ti, Logan —le dijo, mientras se acurrucaba en sus brazos—. Te amo. No puedo evitarlo. En este tiempo en que he estado fuera me he dado cuenta de que no podría vivir sin ti, y eso tiene que ser amor. Ya sé que has tardado más en darte cuenta, en enamorarte de mí, pero quiero liberarme y poder decírtelo ya. Quiero decirte lo que siento, no me importa. Mi amor es tan grande que no necesito que me digas palabras. Solo con que estés conmigo, me basta.

—Ana... no seas tonta. Si te lo digo ahora, es porque lo siento, porque te amo más que a nada y a nadie en este mundo. Porque eres la mujer que más me ama, lo sé y he sido un tonto que no te he correspondido con las palabras que querías oír, pero eso ya no sucederá.

—Soy muy feliz por estar en casa y contigo. Porque me digas que me amas y por quererte tanto como te quiero.

—No más que yo, y siento tener que irme ahora un rato a trabajar y me pesa, pero mañana sábado aprovecharemos, ¿vale? Intentaré venir pronto y seguiremos con esto. Y me contarás todas las aventuras que has vivido en tu viaje.

La abrazó y la besó tiernamente. Ella se quedó un rato en la cama, pensativa. Logan era una caja de sorpresas y no podía estar más contenta. Había logrado lo que tanto tiempo llevaba esperando. Ahora Logan la amaba de verdad y se lo decía, ¿qué más podía pedir?

Llamó corriendo a su amiga Amalia para decírselo. Y esta, para su felicidad completa se enteró de que Mani estaba con ella en España y se iban a casar.

Le dijo después de hablar durante una hora, que se lo pasara. Y se estuvieron riendo un buen rato. Sus intenciones eran comprarle la casa y reformarla. Ella le dijo que sí, que por supuesto.

Ella ya no iba a volver. Por otro lado, habían encontrado un local precioso y coqueto y estaban montando un bar de tapas y restaurante. Se casarían en una semana.

Lástima que ella no pudiera ir, pero como regalo de bodas, les enviaría un buen regalo. Estuvieron hablando del precio de la casa y de cómo podían hacer para venderla sin que ella estuviese ahí. Así que hablaría con su hermana y le comentaría.

Al colgar el teléfono después de felicitarlos, pues Mani había tenido el mes de agosto de vacaciones y se había ido directo a Cádiz y allí todo se desarrolló de un modo vertiginoso para ellos.

Se habían enamorado en el rancho y habían mantenido contacto y allí estaban, y ella con un cocinero suplente que tendría que proponerle contratarlo indefinidamente.

Tres días más tarde, llamaría a su hermana para vender la casa. Su hermana no se opuso y se la vendieron por un buen precio, que repartieron a medias, porque María quería que se quedara Ana con ella, pero ella dijo que la casa era de las dos y como se iba a comprar ella una, necesitaría dinero para amueblarla, así que repartieron el dinero.

Con estos pensamientos se quedó dormida y cuando se despertó, eran casi las cuatro de la tarde. Se duchó, deshizo la maleta y colocó todo en orden. Le metió en el vestidor de Logan la ropa que le había traído y el reloj en uno de los estantes.

Se vistió con una falda hasta las rodillas de flores moradas y negras, un top morado y una rebequita negra, pues aunque era casi finales de agosto, por las noches la temperatura bajaba. Había sido un verano ajetreado, primero su amiga Amalia, y luego su hermana y el viaje.

Había sido precioso. Y además tenía que contarle a Logan cuando volviera que tendrían que contratar a Thomas, cocinero sustituto de Mani, si este quería quedarse en el rancho y que tendrían que enviarle a sus amigos su finiquito y un regalo de bodas, que ella prefería que fuese un dinero, que seguro les haría falta para montar el negocio, la boda y la casa que le quería comprar. Eso tendrían que hablarlo los dos.

Así que se fue directa al barracón a hablar con Thomas y este estuvo encantado. Ya llevaba casi un mes en el rancho y se hacía a la vida de este y le gustaba. Dijo que sí y ya tenían el problema del cocinero resuelto.

Se metió en el despacho un rato. Conni le dijo que se iba a su casa y le dio las gracias por los regalos.

Aprovechó una hora que tenía antes de que viniera Logan para poner en orden todas las facturas, hacer transferencias y preparar las nóminas para final de mes, el nuevo contrato de Thomas, las fotocopió y selló, listas para hacer las transferencias. Organizó cada papel en su carpeta e hizo las anotaciones pertinentes.

Como había estado poco tiempo fuera, no había mucho que hacer. Así que el lunes trabajaría otro rato.

También tenía que hacer la declaración de Hacienda y eso lo haría la semana

siguiente. Le gustaba llevarlo todo al día. Se había vendido ganado y tenía los cheques en el cajón.

Los subió a la caja fuerte, hasta que el jueves fuese al pueblo a ingresarlos. Al final del año anterior, habían obtenido beneficios muy rentables en el rancho, pero este año ya casi iban por la mitad del año y si todo seguía igual obtendrían más beneficios que el año anterior.

Miró al patio y miró la piscina que, aunque pequeña, a ella le encantaba tener una para el verano. Si no fuese porque de noche refrescaba se hubiese metido.

Estaba mirando la piscina y el huerto desde el despacho cuando Logan entró y se la quedó mirando. Ella no se había dado cuenta. Le parecía enigmática y preciosa.

Miró lo hermosa que era, él también estaba enamorado de ella. Pero, aunque le había costado mostrar sus sentimientos, a partir de ahora no sería así. Y eso que ella era muy cariñosa. Él había preferido demostrar lo mucho que le importaba y la necesitaba, que le gustaba y lo excitaba.

Se acercó por detrás y la abrazó.

—¿Qué miras, preciosa?

—Lo bonito que está el jardín y la piscina. Pienso bañarme mañana. —Se dio la vuelta sin soltarse de Logan y este la besó.

—Tengo que ducharme, cielo. Ahora bajo y cenamos. He tardado un poco más, estamos reparando las vallas. Tenemos que repararlas todas antes del invierno.

—Te espero en la cocina. Tenemos que hablar de un tema. Ya he terminado aquí. Lo he dejado todo en orden de nuevo, voy a ver qué ha dejado Conni para la cena. Me dijo algo, pero estaba enfrascada en esto y no me enteré.

—Eres tan trabajadora... y tan guapa... ¡espérame!

Cenaron y salieron al fresco un rato. Ella le estuvo contando la belleza de los paisajes y el viaje. Estaba muy contenta por haber visto a su hermana y a su cuñado que lo conocía menos, pero que era una gran persona. Muy divertido.

—¿Te preguntaron si eras feliz aquí conmigo?

—Claro, me lo preguntaron. Es mi hermana y se preocupa por mí, date cuenta de que estamos solas las dos y a miles de kilómetros de distancia. Es como si ella estuviese en casa y yo fuera.

—Me interesa qué le dijiste.

—No te lo pienso decir.

Logan le echó el brazo por encima y la apretó contra su pecho.

—Sí, sí me lo vas a decir o no tendrás sexo esta noche.

—Jajajaja. ¿Me estás chantajeando?

—Te estoy chantajeando —dijo con total seguridad jugando con ella.

—Tendré que pensarlo. Sexo sin ti sería muy duro para mí, sobre todo esta noche.

Y lo besó apasionadamente y él respondió y ella sintió su sexo excitado. Lo tocó.

—¡Qué poca convicción!

—Es que contigo no me puedo resistir, nena.

—Les dije que era muy feliz, que esta era ya mi casa, que te amaba más que a mi vida. Que no podía vivir sin ti.

—Esa es mi esposa. Mi preciosa y pequeña latina. Ven aquí.

—No, que te conozco.

—Ven...

Se levantó y de la mano la metió jugando en la casa, cerró la puerta, apagó las luces y subieron al dormitorio donde Logan sabía muy bien expresar lo que sentía.

Cuando estaba descansando, ella le contó que Mani estaba en España.

—¿Y qué hace Mani en España? —Ella sonrió.

—¡No! —exclamó, incorporándose.

—Te lo dije. Esos tenían algo. Se van a casar la semana que viene. He hablado con ellos. Quieren comprarme la casa de mis padres y están montando

un restaurante entre los dos. Mani no va a volver, así que le he preguntado a Thomas si quiere quedarse y me ha dicho que sí.

—Menos mal, creía que nos quedábamos sin cocinero.

—Thomas es muy eficiente también. Ya le hemos puesto precio a la casa y lo repartiremos entre mi hermana y yo. Pero tenemos que hacerles un regalo a los novios y además tengo que preparar el finiquito de Mani. Él no me ha pedido nada, pero lo legal, es lo legal y se ha portado muy bien. Aparte del finiquito que le corresponde, que lo calcularé, he pensado enviarle una cantidad de dinero como regalo. La que tú me digas. Les vendrá muy bien para el negocio que van a montar.

—¿Te parece bien dos mil dólares? —dijo Logan.

—Me parece muy generoso de tu parte. Haré las cuentas mañana y los llamaré para que me den una cuenta y mandarles su finiquito y su regalo. Mi amiga va a alucinar. Eres muy generoso, Logan. Ten en cuenta que el finiquito, será una buena cantidad de dinero, Mani llevaba años contigo.

—Eso no importa. Es lo que merece, aunque se haya ido, le pertenece.

—Por eso te quiero tanto. No te aprovechas de nadie y eres el hombre más generoso que conozco. Intentaré ahorrar en la declaración de la renta todo lo que pueda. Te amo, mi amor.

—Yo también te amo. —La abrazó.

Y se quedaron dormidos.

CAPÍTULO NUEVE

Al día siguiente, era sábado y como siempre Logan salió unas horas y volvió. Cuando fue a meterse en la cama, ella lo sintió, pero tenía el estómago revuelto. Se levantó corriendo de la cama a vomitar. Cuando Logan llegó al baño, estaba blanca y mareada.

—Creo que no me ha sentado bien la cena. O habré cogido un virus por ahí. Me encuentro fatal, cariño. Estoy muy mareada.

Volvió a vomitar un par de veces más. Logan estaba preocupado y decidió llamar al médico. Ana no quería, pensó que era solo la cena que le había sentado

mal. Y ya empezaba a encontrarse mejor.

Se hizo una manzanilla para calmar el estómago y prefirió tumbarse en el sofá mejor que en la cama. Logan se quedó con ella hasta que el médico llegó. Hizo salir del salón a Logan, aunque este protestó. Pero ella quiso que saliera.

El médico la examinó y no le encontró nada inusual. Le preguntó si le había venido la regla.

—Estoy tomando anticonceptivos. Es imposible. He tenido la regla todos los meses.

—Quiero que vayas el lunes a mi consulta y te haré un análisis para descartarlo. A veces, se tiene la regla y en algunas ocasiones, los anticonceptivos no funcionan. Nada es efectivo al cien por cien. Así que ven el lunes a la consulta. Si estás embarazada, dejarás de tomar las pastillas inmediatamente.

—Gracias, doctor. Prefiero que no le diga nada a Logan de momento. Quizá solo sea la cena o algún virus que he cogido en el viaje —dijo, más para creérselo ella misma que para pensar que pudiese estar embarazada.

—Bien, reposa este fin de semana y nos vemos. Ven en ayunas.

Cuando el médico salió, Logan preguntó y le dijo que quería hacerle unos análisis el lunes.

—Tiene que reposar hasta entonces.

—Iré con ella, no se preocupe. La llevaré el lunes a primera hora.

Estuvo reposando todo el fin de semana. Logan no dejaba de cuidarla. Parecía un león enjaulado. Estuvieron viendo la tele, un partido, pelis, y ella leyó libros.

—Estoy aburrida de reposar. No puedo estar así. Y no des tantas vueltas que me pones nerviosa. No será nada grave. No tienes que preocuparte tanto, cielo. Solo tengo el estómago revuelto y estoy algo mareada a veces.

—No te desesperes. Mañana ya verás que el médico te va a decir que no tienes nada, pero es que me pongo nervioso pensando que puedas tener algo grave.

—¡Qué tontería! Estoy cansada. Debe ser del viaje. Habré cogido un virus y

tengo el estómago revuelto a todas horas.

—Bueno, preciosa, descansa. Yo me ocupo de todo. Lo que quieras, me lo pides. —Y se sentó en el otro sofá, mientras ella dormitaba y descansaba.

Logan estaba muy preocupado por ella. Si le pasaba algo, no sabría qué hacer. No podía vivir sin ella. Se dio cuenta de cuánto la necesitaba y la quería.

No podría pasarle nada. Deseaba que no estuviera enferma. Cuidaría de ella hasta que se recuperara y le volviera el color.

No quiso decirle nada a Conni, porque esta no se iba a retirar de ella y no iba a tener la pobre su fin de semana libre.

El lunes por la mañana, Logan la llevó en el coche al doctor. Tuvieron que esperar un poco, pues había más pacientes. Pasó ella sola y Logan se quedó impaciente en la sala de espera. Parecía un león enjaulado.

—Siéntate, Logan —le dijo la secretaria—. No puedes hacer nada si te mueves así, y me estás poniendo nerviosa.

—Perdona, Carol. Lo siento.

Cuando entró Ana, el médico le dijo que lo primero que le haría sería un test de embarazo. Si era positivo, le haría un análisis completo para ver cómo estaba. Tenía que esperar un poco. Hizo lo que le pedían y esperó fuera. Cuando volvieron a llamarla al cabo de media hora, entró.

—¡Enhorabuena! Vas a ser mamá —le dijo el doctor todo contento, porque ya en el rancho lo había imaginado por los síntomas.

—¿Qué? ¡No me lo puedo creer! Pero si tomo pastillas y he tenido la regla. Y no creo haberme olvidado de ninguna.

—¿Estás segura?

—Ahora no me haga dudar, por Dios.

—Ya te dije de todos modos que eso no era seguro. O si has tomado algún antibiótico, eso reduce los efectos de las pastillas. Quiero que te eches en la camilla, vamos a ver de cuánto estás.

Le hizo una ecografía. Estaba de doce semanas. De tres meses. Ella se preocupó porque tomaba las pastillas y podían haberle hecho daño al bebé. Pero

el médico le dijo que todo estaba bien. Sintió el corazón de su hijo y lo vio moverse en su vientre y lloró como hacía tiempo que no había llorado.

—Vamos, Ana, cuando se lo digas a Logan se va a alegrar mucho. Vais a ser unos padres excelentes. Ahora me queda extraerte sangre. Y en cuanto te la saque, te vas a desayunar y en un par de horas, vuelves de nuevo para ver cómo ha salido el análisis. Veré cómo estás y si tengo que recetarte vitaminas, las compras, antes de irte al rancho. Felicidades. La próxima visita, Logan que entre. Quizá sepamos el sexo del bebé.

Ana salió sin haber asimilado la noticia. ¿Cómo podía haber ocurrido?, creía que había tomado todas las pastillas y la regla, aunque había sido poca, mínima, no le había dado importancia. Cuando volviera al médico a por el resultado de los análisis se lo preguntaría.

—¿Qué tal? —le preguntó Logan todo preocupado por ello.

—Necesito desayunar. Hasta dentro de dos horas no podemos volver a por el resultado de los análisis. Tengo que contarte algo. No sé si decírtelo cuando desayunemos o antes.

—Quiero que me lo digas antes, antes de que me dé un infarto. Lo estoy pasando fatal, Ana.

—No tengo nada malo, aunque me están haciendo unos análisis. Solo estoy embarazada. Vamos a ser papás.

—¿Qué? ¿quééééé?

—Que vas a ser padre y yo madre. Estoy de tres meses. Te juro que no he dejado las pastillas ni un solo día y he tenido la regla. Si bien muy poca, pero no le he dado importancia.

—¡Dios, Ana! —dijo incrédulo.

—Tanta cama...

—Hasta para eso tienes sentido del humor. Es inaudito. No me lo puedo creer.

—Espera que me ponga gorda y verás el sentido del humor.

—¡Dios! —repetía una y otra vez.

—Deja de decir eso —dijo, mientras se metían en el coche para ir a desayunar—. Lo siento, Logan. —Y empezó a llorar—. Yo sé que tú no querías niños todavía, y yo no he podido evitarlo. Estoy feliz y no lo estoy. ¿Qué voy a hacer?

—Calla, pequeña. No llores. Estoy muy feliz. ¡Un hijo! ¿En serio? Te amo tanto... un hijo. Ya empezamos a tener familia. Quiero más hijos, que lo sepas.

—Ahora el loco eres tú. Espera que tengamos este primero y luego ya pensaremos en tener otros.

—Sí, mi loca y pequeña latina, la madre de mis hijos. Te quiero y te amo. Estoy loco. He estado muerto desde el sábado pensando que podría perderte, que podrías estar enferma. Estoy tan contento... No sé cómo actuar de padre —dijo, todo preocupado por un momento—. Tengo que leer libros.

—No serás un padre de esos. No lo permitiré. Ya verás cómo lo llevaremos bien.

La besó apasionadamente diciéndole las palabras que ella había esperado casi un año.

Y en menos de veinticuatro horas, se las había repetido un sinnúmero de veces. Era un exagerado. Y luego decían de los andaluces...

—Si lo llego a saber me quedo embarazada mucho antes.

—¡Mala...!

—Logan...

—Dime, cariño. —No dejaba de darle besos por todas partes.

—¿En serio te parece bien?

—Estoy emocionado, ilusionado. Voy a ser padre. Le enseñaré a cabalgar. Le puedo enseñar a hacer tantas cosas... Le gustará y amará el rancho tanto como yo.

—¡Eh, para el carro! Que vas corriendo mucho. Será lo que quiera ser. Pero lo que me preocupa y me da miedo es que pienses que lo hice a propósito.

—Deja de decir tonterías. Yo no pienso eso. Eres la mujer más honesta y honrada que conozco y la más sexy. Vamos a alimentar al niño. Tienes que

desayunar. En dos horas vamos a por ese resultado y vas a cuidarte y a cuidar a mi pequeño.

—Aún no sabemos si será niño o niña. El mes que viene quizá podremos saberlo.

Desayunaron, él quería que comiera de todo. Luego fueron de nuevo a la consulta y entraron juntos.

—Ya lo sabe, doctor —le dijo Ana.

—¡Enhorabuena, Logan!, serás un padre estupendo. Bueno, los exámenes han salido perfectamente. Tienes que cuidarte más, hacer ejercicio todos los días, una caminata de al menos media hora. Las pastillas, eliminadas. Más fruta y verdura y plancha o asados, ya sabes. Nada de beber. Sé que te cuidarán bien. Probablemente no tengas muchas más náuseas, ya estamos en el tercer mes. Tendremos bebé a finales de febrero o principios de marzo. Ya iremos calculando con más precisión conforme hagamos más ecografías. Puede haber sexo. No os preocupéis. Si manchas o algo me llamas, ¿vale? Toma, esto son vitaminas que necesitarás para el cansancio. Cómpralas en la farmacia antes de iros. Quizá tengas más sueño de lo normal. Duerme. ¡Echa una siesta todos los días! Y nada más, te espero el mes que viene, me pides cita si no hay ninguna novedad.

—Gracias, doctor. Hasta el mes que viene.

—Adiós, adiós.

—Vamos a comprar las vitaminas y nos vamos a casa, estoy cansada.

—Venga —le dijo, mientras le cogía de la mano.

Cuando llegaron a la casa grande, se lo dijeron a Conni y a Jack y todo el mundo se enteró. Eran como una gran familia. Todo el mundo estaba muy contento y todos los chicos felicitaron a Logan.

Como era ya casi mediodía, Logan tomó algo y se fue, no sin antes decirle que se podía quedar con ella, pero ella no quiso.

—Logan, estoy cansada y embarazada, no enferma. Pienso dormir en cuanto Conni me dé algo y me tome las vitaminas. Me tumbaré en el sofá y pondré todo a oscuras y dormiré todo lo que pueda.

La besó y se fue. Conni le preparó una bandeja con bocadillos pequeños y un zumo de naranja natural.

Se lo tomó con las vitaminas y se recostó en el sofá. Cerró los ojos y se quedó dormida. A pesar de tantas emociones, se había quedado sin fuerzas.

Cuando despertó, leyó una nota de Conni que iba a su casa pero que la llamara si necesitaba algo. Miró el reloj y eran las seis. Se echó la mantita por lo alto, ya que sintió frío. Logan llegó casi una hora más tarde. La encontró acurrucada en el sofá.

—Vamos, dormilona, voy a ducharme y cenamos. Tienes que comer.

—Quiero ducharme también.

Subieron juntos a la ducha y él se ocupó de ducharla con suavidad y dulzura tocándole especialmente el vientre donde crecía su primer hijo.

Se puso el camisón. No tenía ganas de vestirse. Así que él hizo lo mismo. Se puso el pijama y bajaron a la cocina.

Pasaron unos cuantos días y no hicieron el amor. Pero dormían abrazados y se acariciaban. Logan dijo que cuando ella tuviese más fuerzas, volverían a hacerlo.

Su vida transcurría entre el despacho un par de horas, se daba un paseo de media hora y luego se metía en la piscina.

Connie le reñía por tanto ejercicio, pero ella le decía que era lo que el médico le había recomendado. Le hizo el finiquito a Mani, y se lo firmó Logan.

Los había llamado para darles la noticia y su hermana se encargaría de venderles la casa y firmar los documentos. Ella le envió un poder. Entre el finiquito y el regalo para ellos, le tenía que enviar cinco mil dólares.

El jueves se sintió fuerte para ir al pueblo. Y les ingresaría el dinero en el banco a sus amigos.

La casa ya se la pagarían aparte. Mani no quería que les enviara su finiquito, pero ella le dijo que Logan había insistido en darle lo que le correspondía.

Le enviaría por email la confirmación, con los datos y el resto que le enviaban era un regalo de bodas.

Cuando recibieron el dinero, dos días después, Amalia la llamó diciéndole

que estaba loca, que eso era un regalo muy grande. Y ella le dijo que comprara cosas y mobiliario para el restaurante. Ya la invitaría cuando fueran.

—Pero si no vas a venir ya más —dijo Amalia.

—Que no lo dudes. No me muero sin ver de nuevo mi Cádiz y comer pescaíto. Logan me lo ha prometido. Y cuando él promete algo, lo cumple.

—Muchas gracias, amiga, y ya me vas contando cosas del embarazo.

—Y yo quiero ver fotos del restaurante en cuanto lo terminéis.

—Hecho. Besos. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Llamó a su hermana para decirle que iba a ser madre y una noche Logan llamó a sus padres para decirles que iban a tener su primer nieto o nieta. Y todo el mundo se sintió muy feliz.

Tras dos semanas, se sentía más fuerte que nunca, con una gran vitalidad y ganas de hacer cosas. Logan le reñía y la cuidaba de más. Ella se enfadaba a veces, pero sabía que lo hacía por su bien. No intentaba hacerle el amor y se estaba desesperando. Una noche...

—Logan...

—Dime, preciosa.

—Quiero hacer el amor, estoy desesperada.

—No me lo puedo creer, el que está desesperado soy yo. No se diga más. Ven aquí, mi amor. ¿No le haremos daño?

—El médico dijo que no. No te demores. Te necesito. Me tienes a dieta —dijo suplicante. Porque tenía unas ganas tremendas de hacer el amor durante el embarazo, sobre todo, desde que se sintió mejor. Se sentía excitada y con muchas ganas de hacer el amor. Y Logan la tenía loca sin hacer nada. Y deseaba el cuerpo de su marido más que nada en el mundo.

Y fue tocándola como a ella le gustaba y estaba tan excitado que no podía controlarse.

Y fue apasionado, amoroso y le decía las palabras que ella quiso siempre

escuchar. Y cubrió su piel con su sexo liviano y alborotado y con movimientos lentos, pero seguros, se liberó con aplomo sobre su cuerpo.

Ella estaba sofocada del tórrido deseo que la había acompañado esos días y le faltaba la respiración cuando él la llevó al más íntimo deseo.

Cuando alcanzaron el orgasmo, fue potente, saltaron chispas y fue lo más hermoso que ambos habían compartido. Lo habían sentido los dos.

A partir de ahí, la vida y su embarazo, transcurrían apaciblemente. Cuando fueron al mes siguiente al médico y Logan escuchó el corazón de su hijo, se emocionó tanto que ella nunca lo había visto así.

Vieron al bebé moverse y el doctor le preguntó si querían saber el sexo. Dijeron que sí. ¡Un niño!

—¡Un niño!, mi marido está contento doctor, era lo que quería.

—Sí, quería un niño para enseñarle a montar y a amar la vida en el rancho.

Se fueron contentos al rancho y se lo dijeron a todo el mundo. Logan iba como un pavo real diciéndoselo a todos los trabajadores. Estaba muy orgulloso y contento.

Ya estaba de cuatro meses. Y Logan quería preparar la habitación para el peque. Estaba que no cabía en sí de gozo. Eligieron una frente a ellos para oírlo. Así que compraría pintura el jueves siguiente cuando fuera al pueblo y la dejarían vacía para arreglarla e ir comprando cosas para el bebé.

También tendría ella que comprarse alguna ropa, que ya le apretaban los vaqueros y se le iba notando el vientre.

Cuando por la noche venía Logan y se duchaba, le tocaba el vientre y se lo besaba. Era como un ritual. Todas las noches. Estaba como un niño con zapatos nuevos. Luego, la besaba a ella.

—Ana... —dijo preocupado y pensativo.

—Dime, cariño.

—Estaba pensando que te prometí un viaje de luna de miel.

—Ahora no puedo volar y además no me apetece, tengo aquí todo lo que quiero. Ya iremos cuando el peque esté más grandecito.

—Eres una mujer excepcional. Todo te viene bien. No quiero que pienses que no sales de aquí por culpa del trabajo o peor, por culpa mía.

—No pienso eso, porque soy feliz. No necesito grandes cosas para serlo.

—Nunca has querido que te compre una joya.

—Ni querré. ¿Para qué quiero una joya en el rancho? Hay que ahorrar en otras cosas. Lo que quería ya lo tengo. Deseaba que me amaras como yo te amo y que me lo dijeras y eso es todo lo que pido. Tengo aquí una gran familia y te tengo a ti. Y pronto tendremos a nuestro bebé. Va a nacer un poco antes de primavera, cuando el campo está más bonito, cuando el rancho se encuentra más hermoso.

—Te amo, mi pequeña latina. Tú, sí que eres hermosa. Ya sabía yo que debía elegirte a ti en cuanto te vi en aquella foto que no te hacía justicia. Ahora estás bella y embarazada.

—Te amo, vaquero, así que deja de pensar tonterías. Ya haremos nuestros viajes.

El tiempo pasaba, iba todos los meses al médico. Ella no dejó de trabajar ni un día. Se sentía de maravilla, descansaba en la siesta y hacía ejercicio paseando por el rancho de un lado a otro. El verano pasó, y el otoño llegó enseguida.

Pintaron el cuarto de azul. Bueno, lo pintó Logan entre un sábado y un domingo, aprovechando que el lunes venían a hacer la limpieza grande.

El sábado siguiente fueron al pueblo a comprar las cortinas, el carro, para lavarlos, una cestita cucú con ruedas de mimbre para los primeros meses, ya que hacía mucho frío, una cuna y toda una lista de biberones, ropa, ropa de cama, de cuna y de sillita, y utensilios necesarios para el bebé y para ella.

Un par de muebles y un armarito, una mecedora, etc. Un bolso con lo necesario para el hospital y alguna ropa más para ella. Cuando acabaron, estaban cansados, al menos ella. No les faltaba nada, ni pañales. Todo lo cargaron en la camioneta. Ya los chicos le ayudarían a subirlo a su habitación.

Fueron a tomar una buena hamburguesa a la cafetería de Bonny.

—¿Crees que nos faltará algo? —dijo Logan preocupado.

—Sí, irnos, hemos gastado hoy una fortuna. Eres muy exagerado, los niños

crecen rápido y tendremos que ir comprando más ropa. Tú has comprado ropa para un regimiento.

—No quiero que le falte nada a mi hijo, ni a mi mujer.

—Pero si no me falta, me sobra, exagerado.

—¿Y si falta algo?, se nos olvida...

—Si se nos olvida algo, lo compro los jueves cuando venga. No te preocupes.

Cuando llegó al rancho, estaba tan cansada, que se echó en el sofá y se quedó dormida. Logan aprovechó para dar una vuelta por donde los chicos en cuanto subió todo a la habitación del pequeño y dejó la ropa de ellos en el dormitorio. Cuando vino...

—¿Qué pasa? —le preguntó preocupada.

—Tenemos que ir a la parte norte, ya sabes. Estaremos unos cuantos días y no quiero dejarte sola.

—¿Cuándo vais?

—Ahora mismo. Le diré a Conni que se quede en casa hasta que vuelva.

—Ni hablar, tengo el móvil y el teléfono. No voy a privarla de sus días libres. No estaré sola. Estaré con tu hijo.

—Cuídate mucho, cariño. Te llamaré cada dos horas. Y llama a Conni si necesitas algo, por favor. Me quedo más tranquilo.

—No seas pesado, Logan.

—Bueno, cada tres.

—Jajaja. Anda y vete. Te amo.

—Yo más a ti. —Y la besó largamente, tocó su vientre. Y subió a por unas cuantas cosas que necesitaba.

—¿Lleváis comida?

—Sí, Thomas está preparándola.

—Muy bien, cariño.

—Cuidate de verdad, Ana. Llama a Conni si necesitas algo.

—Que sí, mi amor. Vete tranquilo. —La besó de nuevo y salió por la puerta.

Cuando se fue, la casa se quedó tan vacía y estaba tan sensible, que lloró un poco, pero no quería, porque su hijo iba a sentirlo.

Así que llamó a su hermana y estuvo hablando una hora con ella. Luego la llamaron sus suegros. Les dijo que no estaba Logan y habló otro rato con ellos. Le dijeron que se cuidara mucho y que si necesitaba algo, buscara a Conni.

Conni y Jack no habían tenido hijos, así que ella le dijo que serían los padrinos del bebé y sus abuelos, y estaban contentos y felices.

Luego se duchó y se puso el pijama, cogió la manta, una almohada y pensó en dormir en el sofá.

No quería dormir arriba con la barriga que tenía y la cama sin Logan vacía. Cenó algo frugal. Puso la televisión, una película, cerró la puerta, y allí durmió esa noche y las siguientes.

Afortunadamente el sofá era ancho y muy cómodo. Logan la llamaba por lo menos cinco veces al día y por la noche como media hora.

Ella se ocupó de colocar la ropa esos días y de la habitación del pequeño. Uno de los chicos se ayudó a colocar los armaritos y las cómodas y ella se dedicó a poner la ropa y la decoración. Estaba la habitación preciosa. Esperaba que a Logan le encantara.

El jueves, como siempre, desde que se enteró que estaba embarazada, fue con Thomas al pueblo. Logan no quería que fuese sola como antes.

También tenía que ingresar cheques en el banco. Pasaron, cómo no, por la cafetería y tomaron la hamburguesa semanal que se permitía.

También pasó por la librería y compró un libro de nombres para bebés. Y un par de ellos de lectura.

Ella quería ponerle Logan, como su padre, pero nunca habían hablado de ello, así que compró el libro por si Logan quería ver otros nombres.

El tiempo se le hacía eterno sin él. Era extraño cómo ella, que llevaba un año allí y estaba tan adaptada a todo y a todos.

Si alguien le hubiese dicho que, en un año, su vida iba a cambiar radicalmente, que se iba a ir al otro lado del mundo, al campo que tanto le gustaba, que iba a casarse y a tener en su cama al hombre más guapo que ella había conocido y que se moría por esos ojos azules transparentes que le encogían el alma, no se lo hubiese creído.

Daba gracias a Dios todos los días por haber sido tan feliz, por todo lo que le había dado y tuvo una idea. Una idea que le comentaría a Logan en cuanto volviera.

Por fin el viernes vino Logan. Era de noche y ella estaba ya preparada para dormir en el sofá, viendo la tele. Se asustó al oír la puerta.

—¿Ana? —preguntó, llamándola.

—Cariño, estoy en el salón, espera que me levante.

—Ya voy yo. No te muevas. Estoy en casa.

—¡Me alegro tanto de verte! —Lo abrazó y lo besó y se le escaparon algunas lágrimas—. Te he echado tanto de menos...

—Vamos, nena, no llores preciosa.

—Es que estoy muy sensible con el embarazo.

—Yo también te he echado de menos. —Y la besó hasta dejarla sin respiración, luego le tocó el vientre como siempre hacía y lo besó.

—¿Te has portado bien con mamá?

—Se ha movido un poco más de la cuenta. Ha salido potro.

—Jajaja. Mira que eres... ¿pensabas dormir aquí?

—Sí, he dormido aquí todas las noches. No podía irme a la cama sin ti, tan vacía.

—Pues hoy vas a dormir en tu cama. Mira que eres tontita.

—El sofá es cómodo, no creas, pero hoy dormiré con mi marido.

—Espera, me ducho y bajo... con pijama. Tengo un hambre que me muero. De todo.

Estaba tan feliz... Ella ya había comido, pero se levantó a prepararle pollo y ensalada que Conni le había dejado y un buen trozo de tarta. Le sacó una cerveza de la nevera.

Cuando Logan acabó de cenar, estaba exhausto. Se sentaron en el sofá un rato antes de irse a la cama, y le explicó lo que habían hecho. Estaban reuniendo el ganado para el invierno.

—Vamos a tener que poner ya el fuego, va haciendo frío aquí.

—Sí. Ya es hora. Han llamado tus padres. Probablemente vengan en Navidad, como siempre, y luego vendrán cuando nazca el bebé. Me vendrá muy bien la ayuda de tu madre. Y desde el invierno pasado no los hemos visto.

—Están muy bien en Miami. Allí el tiempo es estupendo y a mi padre le viene bien para sus huesos. Lo que pasa es que a mi madre le encanta la Navidad. Vendrán como el año pasado.

—Me gustó mucho que vinieran. La Navidad en familia es lo mejor del mundo.

Ellos le enviaban un cheque mensual a sus padres, pues ese fue el trato por el que Logan se quedaba con el rancho hasta que le llegara el tiempo de la jubilación de su padre. Aún le quedaban unos años. Por eso, Ana les enviaba su cheque mensual a una cuenta de ellos como una anotación de gastos del rancho. El rancho era próspero y Logan trabajaba muy duro para eso.

—Logan...

—Dime, cariño.

—Aún no hemos pensado en cómo llamar al bebé.

—¿Qué has pensado tú?

—He comprado un libro de nombres de bebés, pero a mí me gusta Logan, como tú.

—Lo sabía. Sabía que querías ponerle mi nombre. Me parece bien si a ti te lo parece. Pensaba que querías ponerle el nombre de tu padre o algo así.

—No, quiero ponerle el nombre del suyo. Es precioso y me encanta. Y ya les he dicho a tus padres que sean los padrinos, ya que Jack y Conni fueron los de la

boda, ellos se merecen ser los del bebé, su primer nieto.

—Se habrán puesto muy contentos. Mi madre estará que salta.

—Están que se salen, jajaja. Son felices. Les estás proporcionando una vejez feliz. Se lo merecen. Quiero que Conni me acompañe al hospital cuando el niño nazca. No sabemos si tus padres vendrán con tiempo, quizá lo mejor sea decírselo cuando ya haya nacido. Tengo el presentimiento de que nacerá antes.

—Tú y tus presentimientos. —Le cogió la mano y la llevó a su sexo—. Y ¿qué presentes ahora?

—Que el otro bebé está muy soliviantado y requiere mi atención.

—¡Bingo! Soy un pobre hombre casado que lleva una semana sin sexo.

—Eso se puede solucionar rápidamente.

Y fueron a la cama y lo solucionaron, más de una vez esa noche. Al día siguiente era sábado y podían quedarse más en la cama.

Ese sábado se fueron a la cabaña, pues probablemente ya no pudieran ir hasta pasado el invierno. Ya empezaba a hacer frío. Estaban a primeros de noviembre y Ana estaba de poco más de cinco meses y ya se le notaba la barriga y tenían que aprovechar estar a solas en su lugar favorito.

—He estado pensando en una cosa, Logan... quiero pedirte algo. Ya sabes que no te pido joyas ni nada, pero el otro día cuando te fuiste al campo y estuve sola pensé lo feliz que he sido durante este año que llevo aquí y que debemos darle gracias a Dios por lo que tenemos.

—Y ¿qué quieres, mi vida? Lo que quieras, lo tendrás. Dímelo.

—¿Sabes dónde a veces subo a la colina, la que está frente a la casa que me gusta mucho?

—Claro, donde contemplas tus propiedades.

—Jajaja, calla, bobo. Esa. Quiero poner una capillita pequeña, solo un arco ahuecado, con un Cristo de piedra que ya compraré, lo incrustamos a la pared y que el cura nos lo bautice. Un lugar donde venir a dar las gracias, poner flores. Sabes que no vamos mucho a la Iglesia. Y quería tener un rinconcito privado donde dar las gracias a Dios.

—¿Eso quieres? Pensé por un momento en que me pedías la joya que nunca quieres que te regale.

—Nada de joyas. Eso, me gustaría tanto... tengo un boceto hecho.

—Me lo das, se lo doy a un par de chicos y tendrás tu capilla. Compraremos un Cristo y el cura la bautizará.

—¿En serio, cielo?

—Y tan en serio. La tendrás antes de que nazca nuestro hijo. Me das el boceto y cuando volvamos yo me encargo.

—Gracias, mi amor. Te amo tanto...

—No más que yo a ti. —Y la besó largamente.

Y en quince días ella tuvo su pequeña capilla o, más bien, altar. Le compró una cruz de piedra y unos pequeños floreros de pared, para que ella metiera flores. Y frente a la bóveda, un sillón de piedra sin respaldo.

Habló con el cura y este fue un jueves por la tarde a bautizarlo. Subieron los dos a la colina con flores frescas que ella había comprado ese mismo jueves en el pueblo y las colocó a ambos lados de la cruz.

La bóveda medía más de dos metros de alta, pintada de blanco como ella quiso y el Cristo en gris de granito. En el suelo había puesto dos plantas preciosas iguales. Dos rosales, para que crecieran. Ella subiría y las regaría de vez en cuando para que florecieran.

El cura se sintió orgulloso, porque no había nada igual por los alrededores, pero en cuanto algunos ganaderos de otros ranchos lo vieran, seguro que lo imitaban.

Ana estaba contentísima. Pues a primeros de diciembre, ella tenía su capilla en su rancho. Cuando llamaron los padres de Logan, ella se lo contó y estaban deseando verla. La idea les pareció de lo más original.

En noviembre, como el año anterior celebraron el Día de Acción de Gracias en el barracón de los chicos, colocaron las mesas para todos, y esta vez fue Conni y Thomas los que hicieron la comida para todos como una gran familia.

Era la segunda vez que lo celebraba en el rancho y esta vez había en camino

uno más en la familia.

Luego, como siempre, los chicos se fueron a celebrarlo al pueblo y ellos recogieron todo como si no hubiese pasado nada.

Casi todas las semanas hablaba con Amalia. Le habían enviado fotos del restaurante junto a la playa que habían puesto y que les iba muy bien.

También recibió el dinero de su parte de la casa que Logan quiso que lo metiera en su cuenta.

Ella se enfadó y le dijo que si luego compraba algo con ese dinero no le dijera nada. Él la cogía por detrás y le besaba en el cuello y se le pasaba el enfado. Tenía una capacidad exorbitante para deshacerle sus enfados. No podía verla enfadada.

Llegó diciembre. Hacía mucho frío y el ganado lo tenían resguardado en las cuadras. En el rancho se formaba un manto de nieve y Logan salía menos.

Solo tenían que darles de comer y de eso se encargaban los chicos. A no ser que vendieran ganado, vacunaran, etc.

Y ella sacó el árbol de Navidad que habían comprado el jueves, cuando Thomas y ella fueron al pueblo. Logan no quería que fuese más, pero ella insistía en que estaba bien, que todavía le quedaban casi tres meses de embarazo, y las carreteras estaban bien.

Logan colocó el árbol y ella se quedó toda la tarde tras descansar un ratito, poniendo adornos.

Quedaba la estrella y cuando vino Logan de las cuadras, la colocó. Quedó precioso. Ya tenía ella los regalos para todos, comprados y guardados, todo lo había hecho con tiempo.

La Navidad, como el año anterior fue preciosa. Vinieron sus padres a pasar una semana con ellos. Hubo regalo para todos y Conni hizo comida para un regimiento. Luego, sus padres se fueron y se quedaron de nuevo solos.

Logan los llevó a Cheyenne, pero esta vez, ella estaba muy pesada para hacer en coche un viaje tan largo y Logan no quiso que fuera y ella tampoco estaba para tantas horas de viaje.

Ya estaba de casi ocho meses y se encontraba muy pesada. Tanto, que subía

poco a la colina. Iría después de que naciera el pequeño, además de que el camino estaba nevado, había hielo y podía resbalarse y caerse. Y no iba a poner en peligro al niño.

Y así, era ya finales de febrero y cualquier día podría ponerse de parto. Ella tenía fuerzas y ánimos, pero ya se encontraba un poco pesada. Tenía todo preparado por si acaso en cualquier momento tuvieran que salir al hospital.

El hospital donde tenía que dar a luz, estaba a casi dos horas de camino, así que debía tener todo preparado para cuando llegara la hora.

Estaba inquieta y en cierto modo ilusionada y con miedo por dentro, porque era su primer hijo. Conni la ayudaba a que estuviera más relajada. Y eso que ella no había tenido hijos nunca.

El niño se retrasaba y estaba un poco nerviosa, pero el doctor del pueblo le dijo que no se preocupara, que todo estaba perfectamente.

El diez de marzo se levantó un tanto rara; era lunes y Logan se había ido a trabajar, pero ya no se quería retirar del rancho. Se quedaba en las cuadras o en los alrededores.

Al levantarse ese día, rompió aguas y llamó a Conni que estaba en la cocina y subió corriendo asustada.

—No te asustes, Conni, voy a ducharme, y me visto. Tú llama a Logan que venga a arreglarse que nos vamos. Coge tu bolso también. El mío está en la habitación del niño, encima de la cama, cógelo y lo llevas abajo. Yo cojo mi bolso de mano y bajo también.

Logan vino corriendo, se dio una ducha rápida, cogió sus documentos y los tres emprendieron el camino al hospital. Los dos no paraban de preguntarle durante todo el camino.

—No me pongáis nerviosa. Tengo contracciones pequeñas, pero llegaremos a tiempo, las madres primerizas tardan hasta un día en dar a luz. Logan hijo, esperará a que su madre llegue para tenerlo bien. Por favor, Logan, no corras. — Se refería al coche.

Cuando llegaron al hospital, tenía contracciones fuertes, pero no quería preocupar a nadie. La llevaron a la sala de maternidad y cuando el ginecólogo la

vio, le dijo que estaba casi lista, así que la metieron en el paritorio y Logan fue con ella.

A la media hora de llegar al hospital, el pequeño Logan estaba en el mundo. Era un niño precioso, igual que su padre. Rubio y de ojos azules.

Cuando la llevaron a la habitación estaba muy cansada y al rato trajeron al bebé, que lo cogió su padre en brazos un buen rato, besándolo.

Se lo dejó a Conni, mientras bajaba a desayunar, porque no habían tenido tiempo. Cuando subió, bajó Conni a regañadientes y se quedaron solos. Entró la enfermera y le dijo que si le iba a dar el pecho se lo pusiera.

Y así comenzó la vida del pequeño Logan. Era un bebé muy tragón.

A los tres días estaban en la casa grande todos. Incluso los padres de Logan que habían venido a ver a su nieto. Así que el pequeño iba de mano en mano.

Todo eran jolgorios para el niño. Los trabajadores le hicieron un regalo. Celebraron una gran cena. Thomas y Conni la prepararon y cenaron todos juntos en el barracón, que ya se empleaba para las fiestas grandes, porque tenían más espacio. Después, los chicos se fueron al pueblo a celebrarlo.

Conni recogió y se fue a casa con Jack. Sus padres también estaban cansados y se acostaron y ellos se quedaron solos un rato en el salón con el fuego encendido y el niño durmiendo en el regazo de su padre que no lo soltaba ni a sol ni a sombra. Iba a ser, si no lo remediaba, su niño mimado.

—¡Qué linda noche! ¿Verdad?

—La linda aquí eres tú. No puede haber mujer más preciosa que tú ahora mismo, mi amor.

El pequeño Logan era un bebé muy bueno, dormilón, comía mucho y era como su padre. Y su padre no cabía en sí de gozo. Estaba pendiente, todos los minutos que tenía libres.

—Voy a ponerme celosa. Le haces más caso al bebé que a mí.

—Eso no es verdad, encanto. Pero es que es tan pequeño... —Mirándolo con adoración.

—No te querría si no estuvieses con tu hijo así.

Pasaban los días y el niño crecía a pasos agigantados. Cada jueves que iba al pueblo, cuando se recompuso del parto, tenía que comprarle alguna ropita.

La vida seguía siendo igual. Todos cuidaban al niño. Conni se hizo la abuela del pequeño y Jack cuando llegaba se sentaba con el niño en brazos hasta que llegaba Logan y se duchaba. Entonces era suyo. Parecían dos críos.

—Me lo vais a malcriar —les decía Ana.

—Un niño no es nadie si no está malcriado, jajaja —decía Jack.

CAPÍTULO DIEZ

Doce años después...

En esos doce años de felicidad que había pasado con Logan, habían ocurrido muchas cosas, muchas vivencias, pero, sobre todo, llegó tarde lo que le había prometido, pero llegó.

Habían viajado con su hermana, algunos de los años que habían venido al rancho. Logan los había acompañado a todos los viajes. Incluso fueron a ver lo más hermoso y típico de Montana, Idaho, Utah, Dakota del norte y del sur, Colorado, Nevada, etc.

Habían ido a muchos lugares turísticos de otros estados cercanos. Logan tampoco conocía ni había viajado a esos lugares. Todos los años, se hacían sus rutas.

Ella consiguió que él descansara al menos veinte días al año. No podía estar metido siempre en el rancho y, la verdad, que venía renovado. Tenía que reconocerlo y tuvo que darle la razón a ella.

Además, dejaban a los niños con Jack y Conni y los cuidaban perfectamente. Se iban muy tranquilos.

Ya tenían, él cuarenta y dos años y ella treinta y siete, pero seguían igual de enamorados que el primer día. Habían formado una familia y supieron llevar el rancho de la mejor manera posible.

Llevaban doce años casados y en junio, Logan le dijo que estaba cansado, que ese año quizá fueran antes de lo previsto de vacaciones. A ella no le importó nada.

—Si quieres ir en junio, no me importa. Cuando los niños tengan vacaciones en el colegio, las cogemos, si quieres.

—Sí, quiero y lo necesito. Voy a mirar lugares dónde ir. —Ella lo miró rara, pues siempre le dejaba a ella elegir el lugar de vacaciones y la planificación, pero, si él quería hacerlo por un año, se lo dejaría. Estaba un poco raro.

Logan quería darle una sorpresa. Lo sabían todos. Todos, menos ella. Le preparaba una gran sorpresa.

Eran ricos e incluso si gastasen un millón de dólares en un viaje no iba a mermar en lo mínimo sus ahorros.

Ella merecía que la tratase como una reina. Le había dado un hijo maravilloso y una hija preciosa. Había trabajado como una loca en el rancho y era una mujer estupenda y maravillosa madre. La amaba con locura.

No había disminuido un ápice su amor por ella. Aún recordaba cuando la vio en la fotografía por primera vez y sintió un vuelco en el corazón. No se había equivocado. Esa pequeña latina estaba hecha para él.

Era su media naranja y por ello iba hacer lo que debía. No había podido hacerlo antes, pero ahora, no escatimaría en gastos para hacerlo.

Así que se puso manos a la obra. Irían en coche a Cheyenne. Dejaría el coche en el *parking* del aeropuerto. Allí tomarían un vuelo a Nueva York. Se quedarían dos noches allí para visitar la ciudad.

Había reservado un hotel precioso en Manhattan, el Sixty Soho, era como un dúplex con azotea y unas vistas preciosas. ¡Maravilloso!

Cuando llegaron, ella estaba muy emocionada y el sitio era estupendo. Lo miró.

—No digas que es caro, ni nada. Este viaje no lleva tarjeta de crédito que mirar. Compraremos e iremos a donde queramos y no escatimaremos en gastos ni miraremos precios. Aunque nos gastemos un millón de dólares. Por una vez, vas a hacerme caso. Nos lo merecemos. —Y por primera vez, estuvo de acuerdo con Logan.

Pasaron dos días maravillosos en Nueva York, visitaron todos los monumentos visitables que les dio tiempo y él le compró ropa y una joya, por

primera vez. Un collar de perlas a conjunto con una pulsera.

No pudo comprarle algo más caro, porque Ana se negó en rotundo. Le gustaba el collar.

Fueron a restaurantes caros y ella sí que se compró ropa, no de marca, pero prendas preciosas, algunos trajes de chaqueta y vestidos hermosos. Y ropa interior elegante.

Logan estaba encantado y quería que la estrenara toda.

Cuando se dirigían al aeropuerto, ella creyó que el viaje se había acabado, hasta que Logan se dirigió a facturar las maletas, destino Madrid.

—¿Estás loco? ¿Vamos a España? —preguntó incrédula.

—¿No te gustaría? —le dijo sonriendo Logan.

—Sí, sí, sí... —Y lo abrazó. Empezó a pegar saltos, como una niña—. Te quiero, mi amor. Te amo. Eres el hombre de mi vida. Y no habrá otro como tú.

El viaje a Madrid no se le hizo muy largo, pero se recostó en el pecho de Logan y durmió un ratito. Se tiró todo el viaje besando a Logan, y este no podía ser más feliz.

—¡Estate quieta ya, loca! —Y se reía.

—Es que te amo mucho y eres tan guapo...

Aunque había cumplido años, parecía una niña siempre entusiasmada con todo. Y a él, eso le encantaba. No perdía la felicidad que la embargaba con cualquier cosa.

En Madrid reservó un hotel de cinco estrellas en el Paseo de la Castellana, el Heritage Madrid Hotel, céntrico y precioso. Todo iba a ser de lujo en ese viaje. Lo reservó durante dos noches también.

Su hermana y su cuñado fueron a esperarlos al aeropuerto y se emocionaron, y eso que se veían casi todos los años o cada dos años. Su hermana y su cuñado tenían dos niños también. Rubén y Pablo. Eran preciosos y les dieron unos regalos que les compraron en el aeropuerto de Nueva York.

Los llevaron al hotel que habían reservado y quedaron la siguiente noche para cenar. Ellos ya visitarían la ciudad. Ana se la enseñaría.

—Me encanta este viaje, cariño. Mañana veremos Madrid. El desayuno son churros, así que prepárate, aquí la comida es distinta. La grande se hace al mediodía, sobre las dos de la tarde. Y la cena a las nueve, o así.

—Si te has adaptado tú doce años a Wyoming, mi amor, ¿cómo no adaptarme unos días aquí? Estoy a tus pies.

—Me encanta, me encanta. Ya no tengo acento español... cielo.

—Yo te lo noto todavía. Eres dura de pelar, pero ahora, ya sabes, una ducha, estrenar la cama y comer. Pedimos que nos suban algo.

—¿No quieres salir?

—Mañana. Hoy quiero estrenar España y este pedazo de cama. ¡A la ducha!

Cuando salieron de la ducha, desnudos, él la cogió en brazos, abrió la cama y la tumbó en ella.

—No me canso de ti. Llevamos casados doce años y sigo tan excitado como el primer día. —Mientras, empezaba a besarla en la boca.

—Yo también te deseo como el primer día. Eres mi hombre, mi vaquero, el amor de mi vida. El hombre que más amo.

—Espero que no ames a ninguno más —le dijo, mordisqueando sus pezones, mientras ella ahogaba los gemidos que avivaban el fuego en su interior.

Ella tomaba su miembro, erguido y endurecido como siempre y lo llevaba a su cavidad caliente, mientras se rendía inclinada y encendida ante sus embestidas. Era su dueño.

El dueño entre sus muslos temblorosos, el que llevaba consuelo a su último abandono. Y Logan se dejaba aturdir por el placer al que ella le conducía.

Una vez que pasaron la tormenta sexual entre ellos, y se calmaron llevando aire a sus pulmones, pidieron que les subieran la cena. Estaba buenísima y vieron la televisión mientras cenaban.

—Ha estado genial esta noche, ¿verdad, pequeña?

—Has estado genial, vaquero —dijo, comiendo con satisfacción—. Ya no somos tan jóvenes.

—¿De qué hablas viejita? Espera que terminemos de comer y te demostraré lo viejito que estoy.

—Miedo me das, jajaaja.

Y se lo demostró, durante la noche. Era un hombre fuerte, que trabajaba y estaba en plena forma. Iba a matarla sexualmente. Era insaciable y tenía la capacidad de recuperarse pronto.

Pero ella siempre le respondía. No había pasado un día de su vida en que no lo deseara o le dijese que no, salvo cuando tenía la regla, pero nunca, en cuanto la tocaba, podía resistirse a él.

Era un vicio para ella. Con él nunca podía disimular nada. Siempre la hacía feliz y la llevaba al máximo cielo. Nunca, nunca, por más que buscase un hombre, y aunque no hubiera conocido a ninguno más, sabía que no había para ella otro como Logan.

Al día siguiente, lo llevó a desayunar churros. Le encantaron y pidieron más.

No sabía lo que eran, pero le encantó. Ya le dijo ella que no comiera muchos, que eran pesados, pero con ese cuerpazo que tenía, podía comer lo que quisiera.

Después dieron un paseo por la Gran Vía. Vieron el museo del Prado y la Cibeles y la plaza de Neptuno y se fueron a almorzar a un barecito precioso. Pidió un bocadillo de calamares y cerveza, unas tapas de ensaladilla y un par de platos de jamón y queso. La verdad es que a Logan le encantó la comida.

Decía que era maravillosa. Se fueron a descansar un rato al hotel y pidieron allí el café. Se echaron una siestecita con sexo incluido. Al final, tanto paseo y sexo, se quedaron dormidos hasta la tarde.

Decidieron quedarse en el hotel hasta ir a la cena en la que habían quedado con su hermana y su cuñado a las nueve en la puerta del hotel.

Llamaron al rancho para ver cómo estaban los chicos y cómo iba todo. Logan estuvo dando instrucciones a Jack para los chicos y este lo puso al día.

Cuando llegó la hora bajaron a cenar. Se habían vestido muy guapos, porque seguro que su hermana y su cuñado los llevaban a sitios elegantes.

Dieron un paseo hasta llegar a un restaurante en el que habían reservado. Era un restaurante en el que pidieron platos de raciones para todos.

Logan estaba sorprendido de lo bueno que estaba todo.

—Si sigues comiendo así, engordarás antes de volver diez kilos.

—No te preocupes, solo se trata de hacer un poco más ejercicio de lo normal. —Y todos se rieron.

La noche terminó muy bien, después fueron a tomar una copa y un café a un pub muy elegante. El marido de su hermana lo pagó todo. No quiso que Logan pagara nada y este que estaba acostumbrado a pagar se sintió muy incómodo.

—Venga cuñado, que cuando vamos a Wyoming, no dejas que paguemos nada, ahora te toca a ti, hombre.

Así que al final tuvo que aguantarse. Pasaron una noche muy buena, pero se tuvieron que despedir de su hermana hasta la vuelta, porque iban a ir a Cádiz. Cuando se lo dijo a Ana, esta se echó a llorar como una niña.

—Vamos, mi amor, no pensarías que íbamos a venir y no pasar por Cádiz a ver a Amalia y a Mani, ni a comer gratis en su restaurante, ¿no? —dijo, levantándole la barbilla para darle un beso entre las lágrimas.

—Soy la mujer más feliz del mundo, mi amor.

—Bueno, aún nos queda un día y medio en Madrid. Pasado mañana nos vamos en el Ave a Sevilla a las dos de la tarde. Ya tengo los billetes sacados. Allí nos quedamos otros dos días y alquilaremos un coche en el aeropuerto para ir a Cádiz.

—¿Todo eso lo has hecho solo? —preguntó incrédula.

—Yo también sé organizar viajes. Y tu hermana me dijo que Sevilla era preciosa y que debíamos pasar otro par de días allí. Así que he reservado en el Alfonso XIII una habitación.

—¡Madre de mi vida! Estás loco de remate. Nos vamos a gastar un pastón.

—De eso se trata, mi pequeña latina.

E hicieron el amor por la noche, como siempre, ahora más relajados que nunca.

Cuando se levantaron al día siguiente, él quiso comer de nuevo churros y otra

vez fueron a la misma cafetería.

Una vez que desayunaron, estuvieron callejeando, viendo tiendas por la calle princesa hasta Moncloa. Se sentaron un rato en el parque del Oeste. Le compraron algunos regalos a los niños, como en cada sitio al que iban. Y como ella esperaba, él se decidió a ir de tapas o platos para compartir. No podía dejar que no probara los callos y todo le gustaba. Era increíble.

Por la tarde, después del café y descansar un rato, decidieron ir a ver una obra de teatro a la primera función; así, cuando salieran, podían cenar y no terminar muy tarde. Se decidieron por *El Rey León*. Un musical que a ella le maravilló y a él también.

En la cena, él le dio a elegir entre el hotel y algún sitio desde el teatro hasta el hotel, si veían algún lugar que les gustase.

Ana estaba cansada, así que tomaron un taxi al hotel, se ducharon y pidieron la cena. Y allí, tranquilos, cenaron. La cena también estaba exquisita. Pidieron de la carta y ella le explicaba qué era cada cosa.

Al final eligieron jamón y queso, que siempre pedía porque le gustaba mucho y unos bocadillos pequeños de diferentes clases. Un café y un trozo de tarta.

Cuando se levantaron al día siguiente, desayunaron en el hotel, pues se despertaron tarde y aprovecharon todo el tiempo hasta que tuvieran que salir a las doce que se fueron, pagó el hotel y tomaron un taxi hasta la estación de Atocha.

Llegaron casi a la una y como el tren salía a las dos, se sentaron y ella compró unas revistas.

Estuvo ojeando algunas, y le explicaba a Logan algunas cosas porque sabía algo de español, pero ella le dijo que tendría que aprender más para estas situaciones, pero no tenía casi tiempo con el trabajo del rancho.

Eso sí, sabía palabras en español, pero para hacer el amor, y esas no iba a utilizarlas en público.

Tomaron el Ave y comieron en el tren. Ella lo dejó en el asiento y fue a la cafetería y pidió dos bocadillos grandes de jamón y dos cervezas.

—Me recuerda cuando era estudiante —se le ocurrió decir a Logan.

—Jajaja. Hay que comer bocadillos también, no solo carne.

—Está bueno, pero no tanto como los que hemos probado en Madrid.

—Ni como los que probarás en Sevilla. Dicen que allí el jamón es ibérico y no tiene comparación con ninguno. Ya verás. Tendremos que llevarnos un par de jamones a Wyoming, jajajaja...

Al llegar a Sevilla, tomaron un taxi para ir al hotel. Un hotel precioso y ajardinado en el centro de la ciudad. Allí iban a permanecer dos noches también. Luego alquilarían un coche e irían a Cádiz para terminar en Málaga y desde allí tomarían el vuelo a Nueva York.

Una vez dejaron las maletas, salieron a dar un paseo y se tomaron un café en la Avenida de la Constitución. Luego fueron a ver la Plaza de España y el parque de María Luisa y a través de los Jardines de Murillo llegaron al barrio de Santa Cruz y allí cenaron en una de las terrazas que había. Estaban ya agotados, entre tanto viaje y lo mucho que había que ver.

Se hicieron fotos en todos los sitios, para que luego la vieran los chicos. Cuando llegara al rancho, pensaba comprar un par de álbumes de fotos y papel fotográfico de impresora e imprimir todas las fotos, para tener unos recuerdos, como había hecho los años anteriores.

La salita de al lado del despacho, la de lectura, como ella la llamaba, estaba llena de fotos de los viajes que habían hecho.

Cuando terminaron de cenar, se fueron al hotel, y aunque estaban muertos, como dijo Logan, había que estrenar todas las camas de los hoteles. Y como ella nunca decía no a su hombre, la estrenaron.

Al día siguiente, se levantaron sobre las once. Salieron a desayunar. Tostada con aceite y jamón ibérico. Le gustó a Logan el desayuno. Pero decía que el de Wyoming era más completo.

Y ella le dijo que ahora comprendería cómo no se podía meter huevos por la mañana. A pesar de los doce años que llevaba en el rancho, no había consentido comer huevos y beicon por la mañana. Ella seguía con sus tostadas con tomate o aceite.

Después de desayunar, fueron a ver la Torre del Oro, la Catedral y subieron a

la Giralda y dieron un paseo por Triana, cruzando el puente. Y allí comieron. Por la noche dieron un paseo en uno de los barquitos y fueron a cenar a la Judería.

Cuando Logan le dijo que las tapas en Sevilla eran magníficas, y que el jamón era más bueno que en Madrid, ella se rio.

Sabía que iba a gustarle. Probaron todas las tapas que pudieron comerse y que para él eran una maravilla, porque así podía probar tres o cuatro diferentes. También le gustó mucho la cerveza española.

Y Sevilla le encantó. Le pareció una ciudad con mucha luz, con un encanto especial y muy antigua, de edificios bajos y eso le pareció maravilloso. Todo el estilo árabe de la ciudad.

Le dio pena irse de Sevilla, pero al final le gestionaron un coche de alquiler en el hotel y se fueron rumbo a Cádiz. Allí también habían reservado dos noches en el Hotel Spa Cádiz Plaza, donde llegaron a la hora de comer. Así que ocuparon las habitaciones y salieron a comer *pescadito* frito, cómo no.

—Cielo, a este paso, de verdad voy a engordar ¡Mira! —dijo Logan tocándose la barriga. No sé cómo tú venías delgada y aún sigues teniendo un cuerpo estupendo, después de tener a nuestros hijos.

—Jajaja. Porque me haces trabajar mucho por el día y sobre todo por la noche. No engordamos porque perdemos mucha energía y además debe ser genético. Tu padre es delgado, por tanto, tú también debes de serlo. Mi madre también era delgada.

—Ya estás con tus cosas de brujita.

—Que no, bobo, que eso es ciencia pura. A propósito —dijo cambiando de conversación—, tenemos que ir esta tarde a ver a los chicos. Vamos a ver qué tipo de local han puesto. Esta noche vamos y cenamos con ellos. Pero en cuanto descansemos, me voy al spa, a que me den un masajito. No me voy a perder eso por nada del mundo.

—Me quedaré en la habitación descansando mientras tú vas. Y no me lleses más de turismo.

—No, mañana playita por la mañana y comemos por ahí, por la calle de la

Plaza de las Flores.

Cuando llegó la noche fueron al restaurante de Mani y Amalia. El encuentro fue muy emocionante para los cuatro.

Su restaurante era muy coqueto, no muy grande, pero tenía una terraza con mesas y sillas y daba a la playa. Era perfecto. Servían comida americana y tapas españolas. Y tenían mucho éxito tanto para los turistas extranjeros como para los españoles.

Y cenaron allí en la terraza. No quisieron cobrarles nada. Y comieron de todo lo mejor que tenían.

Mientras Logan y Mani hablaban, Amalia y Ana, también.

—Eso no puede ser, Amalia, tienes que cobrarnos.

—Ni loca podría hacer eso. Tú no lo harías. ¿Cómo va todo? ¿Y los niños?

—Perfectamente. Logan sigue enamorado de mí y yo de él como el primer día. He tenido mucha suerte, amiga. Y mis dos hijos son mi vida junto con Logan y mi rancho. No podía pedirle nada mejor a la vida. ¿Y tú?

—Yo no sabía que cuando me dijiste que tenías a mi media naranja para mí, fuese cierto. Es el mejor hombre que me he echado a la cara. Es guapo, es sexy, estoy colada por él y me quiere. No tenemos problemas ni para trabajar. Si me enfado, me trata mejor y se me quita el enfado.

—Logan es igual en ese sentido. Estos americanos están hechos de otra pasta.

—Sí, pero son dos hombres magníficos. Y mis hijos, también son mi vida. El restaurante nos va fenomenal, ¿qué más podemos pedir, amiga?

Y estuvieron recordando su infancia, todo cuanto habían pasado juntas, sus anécdotas, cómo habían crecido y madurado.

Como la mayoría de la gente se había ido ya, se sentaron los cuatro a tomar un café y les hablaron del rancho, que habían tenido que remodelarlo de nuevo y modernizarlo, conforme los avances tecnológicos más nuevos.

Que Jack y Conni no querían jubilarse. Aún eran jóvenes, pero ya tenía hecha otra casa, para cuando ellos se retiraran y se jubilaran. Si querían quedarse en el

rancho, allí tendrían la casa en la que habían vivido siempre. Que eran unos abuelos para sus hijos.

Todo cuanto había que contar.

Y ellos les hablaron de su vida en Cádiz y cómo Mani se había adaptado perfectamente a esa vida. Cada dos años iban a Montana. Alguna vez pararían en el rancho a ver a todo el mundo.

Logan y Ana le dio unos regalos que habían comprado para ellos y para los chicos.

Se despidieron de ellos, pues tenían trabajo y estaban ocupados y ella quería ir esa tarde al pueblo donde nació, para que Logan viera la calle donde nació y su casa.

Y después de descansar un rato, fueron al pueblo. La casa estaba distinta y reformada, y ella se emocionó y lloró. Logan la consoló, porque comprendía sus sentimientos.

Luego cenaron en el hotel y al día siguiente por la mañana, se fueron a la playa y allí estuvieron hasta la una de la tarde. Volvieron al hotel y se ducharon y dieron un paseo por la calle del *pescaíto*, como ella decía, y probaron las mejores tapas de pescado.

Al día siguiente salían para Málaga, al aeropuerto. El viaje llegaba a su fin. Dejaron el coche de alquiler y tomaron un avión destino a Nueva York. Tuvieron que comprar una maleta más en Cádiz para meter todos los regalos y ropa que Ana se había comprado. Para ella y para todos.

A Ana le invadió una cierta melancolía, mientras se montaba en el avión de vuelta a casa, dejaba atrás de nuevo España, que siempre sería su tierra, e iba al país en el que vivía maravillosamente y tenía ganas de llegar y ver a sus hijos que preguntaban a diario cuándo llegaban, que tenían muchas ganas de verlos. Pues en un día o dos estarían con ellos.

—¿Lo has pasado bien, mi amor? —preguntó Logan, mientras iban en el avión rumbo a Nueva York.

—Muy bien, cielo. Es el viaje más emotivo que he hecho y estoy muy emocionada. Quiero irme y me duele, por otro lado. Pero no sé cómo pagarte

esto que has hecho por mí, con todo el trabajo que tenemos.

—Te mereces eso y más, y no hemos podido estar más tiempo, pero ya vendremos alguna vez más con los chicos algún año para que conozcan a los hijos de Mani. Te amo, pequeña latina. Y voy gordo por tu culpa.

—Jajaja. Ya lo perderás. Cuando empieces a trabajar duro, se te van esos kilitos, ya verás, cielo. Tengo ganas de ver a los chicos.

—Yo también. Son excelentes, ¿verdad? —dijo, mirándola interrogante.

—Son tan buenos como su padre.

—Y tan guapos como su madre.

—Han salido con ojos azules, así que se parecen más a ti. Después del trabajo que he hecho...

—Jajaja. Sigues siendo graciosa. Por eso me tienes siempre duro. —Y cogió su mano y la puso en su sexo.

—Logan, ¡que van a vernos! Y tenemos una edad.

—Vamos en primera, y solo hay dos sillones y me he puesto de lado. Ahora no podré moverme.

—Jajaja.

Cuando llegaron a Cheyenne, cogieron del *parking* el coche y se dirigieron rumbo al rancho. Tenían ganas de llegar, pero había unas cuantas horas, así que pararon un par de veces.

Y en Jackson Ville, desayunaron en la cafetería de Bonny antes de irse a casa.

Ni qué decir tiene que cuando llegaron todo fue un alboroto. Los niños buscando sus regalos, abrazos y alegrías.

Los chicos estaban de vacaciones en el colegio y su madre le contó todo lo que habían visto y les enseñó las fotos del móvil.

Mientras los chicos miraban las fotos, Logan fue al barracón a dejar los regalos para los chicos, perfectamente envueltos y con el nombre puesto. Ana era así. Siempre lo hacía siempre que iba de viaje, les traía algo a todos, aunque fuera algo pequeño, así que los chicos también les traían cosas a ella.

Ella les dio sus regalos a Conni y a Jack y se fue a deshacer las maletas.

Luego, cuando almorzaron, se acostaron hasta el día siguiente. No habían podido dormir nada.

Cuando se despertó Ana, Logan ya se había ido a trabajar y todo volvió a la normalidad.

Ella se metió en el despacho a poner en orden el papeleo.

La vida seguía como siempre. Como si no hubiera pasado nada. Pero había pasado. Logan la había hecho más feliz, si cabe. Y esos recuerdos la acompañarían siempre.

DOS AÑOS MÁS TARDE...

La vida transcurrió con normalidad. Había pasado catorce años de felicidad junto a Logan. Eran cuatro de familia. El pequeño Logan que tenía trece años y era igualito a su padre, alto, guapo, rubio y de ojos azules.

El próximo curso iría al instituto. Era muy trabajador. Rondaba siempre a su padre y quería hacer todo lo que su padre hacía en el rancho, y la pequeña María que tenía diez años y era morena, con el pelo largo, pero los ojos también azules como su padre.

Era una niña extrovertida y activa. A Ana le daba que iba a ser abogada como su hermana.

—Mi cuñado y tú. —Y así se lo dijo un día a Logan.

—Ya estás con tus premoniciones. Luego tendrás razón, seguro —dijo, moviendo la cabeza de un lado a otro.

Su padre le había comprado a cada uno un caballo.

Iban al colegio y ella seguía llevando la contabilidad del rancho que había prosperado mucho en esos años.

Conni y Jack no se querían jubilar aún. Querían estar un par de años más.

De todas formas, hicieron otra casa como la de ellos, para los próximos capataces, porque querían que siguieran viviendo en el rancho cuando se jubilaran, si no querían irse a ningún lado, porque nunca tuvieron hijos.

Cuidaban a los niños y estos los querían como sus abuelos.

Su hermana la visitaba de vez en cuando, porque ahora tenían hijos y no viajaban tan lejos. Pero seguía hablando con ella por *Skype* todas las semanas. Y con sus sobrinos, o todos los niños juntos con sus primos.

Los padres de Logan habían vuelto hacía dos años por Navidades, pero se hacían más mayores y el padre no podía viajar ya, así que quisieron irse a una residencia y vender la casa que compraron en Miami.

Logan viajó a Miami a buscarles la mejor residencia que encontró. Era de lujo, un apartamento independiente para ellos, con todas las comodidades y con médicos, enfermeros y auxiliares que estaban pendiente de ellos.

Y Logan era ahora el que se desplazaba una vez al año a verlos. A veces iba ella o algún chico, porque no se habían querido ir al rancho, ya que el padre no soportaba a su edad el frío invierno.

Con Amalia y Mani, también mantenían contacto al menos una vez al mes. El día que cerraban el restaurante, hablaba con su amiga y se contaban todo.

Ahora estaban en la cabaña, pasando el fin de semana. Todo era paz y felicidad.

—Te amo —le dijo Logan.

—¿Después de tantos años? —preguntó ella, sabiendo la respuesta.

—Siempre, desde que viniste como una pequeña latina, te quise. Aún recuerdo cuando viniste a casa. Eras virgen.

—¡Calla, calla, no me lo recuerdes!

—Te lo recordaré siempre. Eres mía desde el momento que entraste por este rancho. Mía en cuerpo y alma.

—Me has dado todo, un rancho maravilloso y dos hijos estupendos.

—¿Y tu marido? ¿No se te olvida algo, cielo?

—Mi marido es un hombre guapo, alto y sexy, a pesar de su edad. Muy trabajador y el mejor padre para mis hijos. Y el hombre que quiero por encima de todo. Ven, pequeño, que el agua del jacuzzi está calentita. Por si te interesa, estoy desnuda.

—Eso no me lo perdería por nada del mundo...

FIN